FRAY MOCHO



"ROSAS"

N.° 779

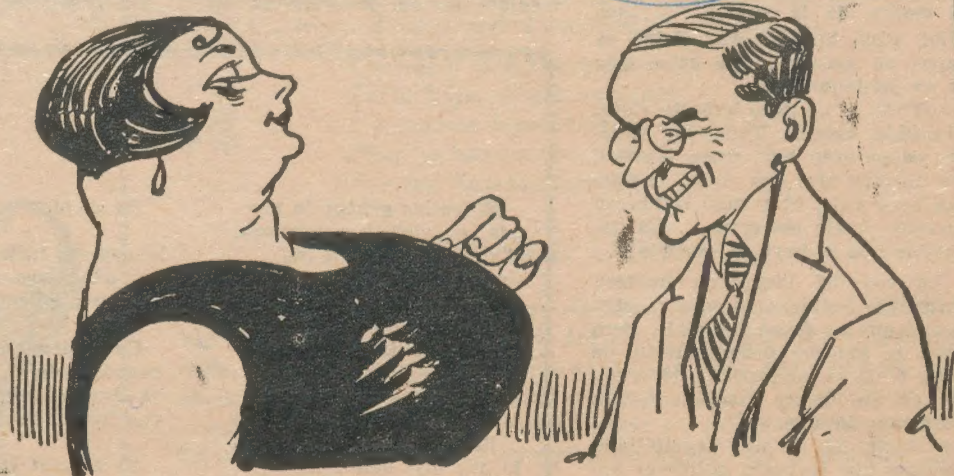
29-3-1927-

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI — Buenos Aires, 29 de marzo de 1927 — N.° 779

Otoño, por Rojas



—El otoño es muy peligroso para las personas que tienen el pecho débil.
—Pero eso no reza conmigo.



—Parece que la temporada otoñal se presenta bien para el teatro.
—Al teatro, lo que le hace falta son obras y más obras; créame usted.
—¿Es usted autor?
—No, señor; soy albañil.



—¡Qué cosa bárbara! Ya se cayeron las hojas del libro.
—No es extraño; ahora, en otoño, es natural que se caigan las hojas.



ELLA. — A mí me da tristeza esta estación, porque todos los árboles se desnudan.
EL. — Entonces, ¿por qué vive usted en otoño todo el año?

Dos maridos y dos esposas

Por Gianni Naldi

Al pasar Cremilde por la calle Dante, en un veloz taxímetros, tiernamente abrazada por el ingeniero Alberto Ai, un buen amigo de su esposo, emitió de repente, un grito de espanto, desapareciendo rápidamente la expresión de profunda beatitud que reflejaba su rostro, e hizo un movimiento brusco arrinconándose en un extremo del vehículo, toda temblorosa.

—¡Mi marido! ¡Imprudente! ¡Imprudente! Ya te había dicho que era muy peligroso pasar por el centro de la ciudad... ¡Dios mío! ¡Qué haré ahora? Pablo es capaz de matarme; ya sabes que él no perdonaría...

—Pero, si no debe haberte visto, Cremilde, créeme. Todas las mujeres se parecen hoy, unas a otras, los mismos ojos con rimel, la misma boca roja, el mismo sombrero hundido hasta las cejas... Es imposible que te haya reconocido...

La voz del ingeniero, hubiera infundido ánimo a cualquiera otra mujer que no fuese Cremilde. Pero ante la enorme desesperación de ésta, tenía la inseguridad de la llama de un fósforo expuesta a una corriente de aire.

Alberto Ai, de una sensibilidad enorme que lo hacía palidecer ante la menor contrariedad, estabaa acaso, más consternado que la mujer. Probó renovar el abrazo consolador y hasta acentuarlo, pero fué enérgicamente rechazado.

—¡Te digo que estoy perdida, perdida! Me matará, ya lo verás, me arrojará de la casa. ¡Tengo tanto miedo, Alberto; piensa en el escándalo que nos amenaza, piensa en tu mujer!... Tengo la seguridad de que me ha visto; me miró con unos ojos que brillaban con carbones encendidos, dos bocas de fuego.

Alberto Ai, intentó nuevamente reanimarla. Quiso convencerla, de que cuando un automóvil va rápido es imposible que los peatones puedan lograr ver bien el interior y reconocer a los que van en él.

Cremilde, podía, además, negar si el insinuase algo. No los habría perdido de vista. Hubiera buscado la forma de ver el desenlace. Pero él, Alberto, no la perdería de vista, la acompañaría a su casa y quedaría esperando el desarrollo de los acontecimientos, pronto a intervenir en su defensa si fuese necesario.

El taxímetro había llegado entre tanto, a la célebre encrucijada de la calle Orefici, donde una multitud de vigilantes, con la complicidad de numerosas luces coloradas y verdes causaban la impresión de que deseasen, a toda costa, turbar el movimiento normal de la población, creando interminables filas de vehículos y peatones.

Pero los milaneses son tan buenos, que cuando un silbido lanzado en forma estridente, autorizaba a todos los que iban en una misma dirección, a ponerse en marcha, sólo se veían caras sonrientes y expansivas, como si aquella espera hubiese emparentado a todos.

Finalmente, el taxímetro, como un corazón henchido de pena, reanudó su marcha a través de calles silenciosas, hasta llegar a las inmediaciones del domicilio de ella.

Cremilde recompuso el rostro, dándole la heroica expresión de los que afrontan el martirio con serenidad. Era necesario. No podía dejar de volver a su casa.

Las últimas palabras de Alberto fueron éstas.

—Niega. Estate tranquila. Sé fuerte. Yo estaré cerca. Si te sientes amenazada, si temes, no vaciles, asómate al balcón y yo correré a tu lado.

—Pero tú, ¿cómo vas a esperar? ¿Qué dirá tu mujer al ver que tardas tanto?

—No pienses en mi mujer... ¡Es tan buena, tan ingenua! Creerá todo cuanto yo le diga. Estoy absolutamente resuelto a no retirarme, hasta que te vea segura; hasta que por ejemplo, te vea salir con tu marido como todas las noches... ¡Valor Cremilde mía!

La siguió con una mirada de temor y de amor. Cuando ella desapareció, sus sufrimientos aumentaron vertiginosamente. Era amigo de Pablo y conocía bien su carácter. Impulsivo, bueno, amable, hasta afectuoso, más en la ira no conocía límites. Era capaz de todo. Siempre dispuesto a encontrar natural, lo increíble, tratándose de los demás, pero la más mínima desviación de la moral, en lo que a él se refería, lo hallaba susceptible y lo enfurecía.

Y Alberto imaginaba a su joven y frágil Cremilde, en medio del huracán doméstico. Su cerebro se transformó pronto en un vasto escenario, en el que una a una, iban desfilando las imágenes ensangrentadas de los adúlteros de la leyenda y de la historia.

Recorriendo la calle en una y otra dirección, levantaba continuamente los ojos al balcón, imaginándose que a cada momento iba a aparecer la mujer con los cabellos en desorden; los ojos fuera de las órbitas, gritando angustiosamente.

¡Estar tan cerca y no poder saber nada!

Pronto le asaltó una duda angustiosa. Pablo podía muy bien golpearla ante de que ella pudiera pedir socorro! Esa idea arrojada como un enorme peso sobre la balanaz, ya desequilibrada de su espíritu, lo impulsó a una resolución nueva y arriesgada.

Deseó subir a la casa para convencerse de la realidad. Después de todo, pensaba, siendo amigo del marido, hallaría pretexto para la visita. Porque la espera en la calle, ignorando lo que ocurría, se hacía ya imposible.

Pero cuando se encontró delante de Cremilde y de Pablo, tranquilos ante la mesa, su rostro debía conservar evidentes rastros de su turbación, pues Pablo se levantó y avanzó a su encuentro, sorprendido y preocupado.

—¿Qué te ha pasado Alberto? ¿Estás demudado? ¿Qué tienes? ¿Te encuentras mal?

Alberto advirtió un poco tarde el peligro y el error de no haber tratado de serenarse antes de entrar. Leía en los negros ojos de Cremilde, un violento reproche por la imprudencia de presentarse. El no supo que responder.

Entonces Pablo hizo un gesto, miró a su esposa y la indicó que saliese de la habitación, luego se acercó a su amigo.

—¿Cuestión de mujeres?

Alberto aceptó con entusiasmo la excusa que se le ofrecía y asentía.

Pablo, con la convicción común a muchos, de tener presentimientos infalibles, con la certeza de haberlo adivinado todo, no vaciló.

—¿Se trata de tu esposa, verdad? Lo sé. Lo sabía. Hubiera querido decírtelo, de no haber temido causarte demasiado daño. Pero fatalmente tenías que saberlo. Paciencia, amigo mío. Valor, Supongo lo que sufrirás, comprendo tu enorme pena... Tanto más, cuanto tú la creías un angel. Trata de cobrar ánimo. No es digna de tí y no merece la pena llorarla tanto. ¿Pedirás la separación? ¿Qué vas a hacer? ¿Perdonarla?... Pero no estés tan abatido!...

A medida que las palabras salían de la boca de Pablo, los ojos de Alberto se abrían a efecto del estupor y de la pena.

Con una mirada de alucinado, sin fuerza para reaccionar, escuchaba la inesperada revelación.





Sátira

Entre las gentes de pro
que, en singular aventura,
el de la Triste Figura
con su lanza libertó,

Condenado a las galeras
iba un anciano barbudo,
por sus palabras, agudo,
y altivo, por sus maneras.

Recordáis a esta sazón,
lo que dijo don Quijote
cuando del buen galeote
conoció la profesión?

Que aquel honrado ejercicio
de terceros del placer
debía, a su juicio, ser
un muy delicado oficio.

Que por ser tan conocidas
las ventajas de estas artes
requieren las buenas partes
de las gentes bien nacidas.

Y deben estar en manos
discretas y previsoras,
no en las manos pecadoras
de brujas y de villanos.

¡Ay, Don Quijote, si vieras
cuanto estuviste en lo justo!
¡Cuál no sería tu gusto
si en nuestro siglo vivieras!

Fué tu voluntad cumplida
por lo que toca a ese oficio,
que ya es común ejercicio
de gente muy bien nacida.

Que en estos años postreros
suelen, con muchos honores,
practicar los escritores
el oficio de terceros.

Ya es bien notoria y bien
pública
la copiosa utilidad
con que aquesta facultad
se ejerce en nuestra república.

Cualquier muchacho hoy en día
cuando sale de la escuela
ya escribió alguna novela
con humos de tercería.

Si antaño leyes severas
de odiosos inquisidores
a estos lindos vividores
condenaban a galeras,

Hogaño no se hace tal,
pues somos tan... europeos,
que no hay mejores empleos
para un varon principal.

¡Oh leyes liberadoras!
¡Oh costumbres peregrinas!
Ya no hay viejas Celestinas
que no se llamen señoras!

En punto a empleos y a
nombres
en tal confusión vivimos,
que ya apenas distinguimos,
a las hembras de los hombres.

Con tal de allegar dineros
por arte de mala ley,
se juntan en una grey,
pícaros y caballeros.

Que en las letras, verbigracia,
ya todos ponen las manos,
caballeros y villanos...
y viva la democracia.

RICARDO LEON.



SINTÉTICAS

PRESTIGIOS DE ULTRAMAR

La Liga de las Naciones, acaba de publicar un informe relativo a la trata de blancas, y movido por las sensacionales revelaciones que en el mismo se hacen, el periódico londinense, "The Times," inserta un vigoroso artículo pidiendo al mencionado organismo internacional emprenda la más enérgica persecución de dicho abominable tráfico y, al mismo tiempo, le incita a que haga públicos los nombres de aquellos países que toleran tan inmoral comercio.

El informe de la Liga no cita nombres, pero hace mención de Buenos Aires y de una ciudad anónima de Turquía.

Gracias a la información
De la Liga, viento en popa
Vá nuestra reputación;
Pues ya nos conoce Europa
Por tan honrosa mención.

PROBLEMAS LIQUIDOS

Hace pocos días, el sindicato de fabricantes de cerveza, de Baviera, acordó subir en un treinta por ciento, los precios de dicha bebida. Inmediatamente se formaron varias ligas para combatir el mencionado aumento de precio, y como primera providencia, se resolvió declarar la huelga general entre los bebedores del producto, movimiento al cual se han plegado numerosas localidades bávaras.

No sabemoshasta que grado llegará la abnegación de los consumidores, en la suprema actitud que han asumido, pero sospechamos que cualquiera que sea la intensidad del conflicto, lejos de alarmar a los dueños de cervecerías, ha de causarles cierto regocijo, porque, profundos conocedores de la psicología de su clientela, están seguros de que

Con dicha resolución
Ganarán un capital,
Pues, a la heroica abstención,
Seguirá, sin remisión,
Un desquite "koolosal"

CONSEJO TARDIO

El obispo sueco, monseñor Soederbloem, durante un sermón que recientemente pronunciara condenando las actuales modas femeninas, aconsejó a las mujeres que usaran pantalones en lugar de faldas, porque, según su ilustrísima, esa sería la única manera de conseguir que el sexo femenino volviera a las costumbres decentes de años atrás.

Atendiendo a la realidad de lo que sucede en la vida de familia y en la de sociedad, creemos que

Monseñor, con sus razones,
Nos llega un poco atrasado,
Porque ya existen legiones
De mujeres, que han logrado
Ponerse los pantalones..

SIN TRASPLANTE GLANDULAR

El turco Zaro Agha, vecino de Constantinopla, estaba un tanto orgulloso porque creía, firmemente, que no existía nadie capaz de matarle el punto a los 153 años de edad que cuenta actualmente; pero he aquí que, de pronto, aparece, en Angora, la turca Fatma Hanem, procedente de una región de la Tracia, y lo derrota ganándole por 7 tantos, con sus 160 cumplidas primaveras.

Si allá se ven, día a día,
Gentes con siglos detrás
No hay duda de que, en Turquía,
Sobra la injertomanía
Y está Voronoff de más.

LISPETH

Por Rudyard Kipling

Era la hija de Sonoo y Jadéh habitantes de las montañas.

Un año la cosecha del maíz faltó y dos osos se pasaron toda una noche desvastando la única propiedad que tenían los indios, consistente en un campo de adormideras, sobre el valle de Sutlej cerca de Kotgarh. Por eso en la primera oportunidad se hicieron cristianos y llevaron a la pequeñuela a la Misión para que fuera bautizada.

El capellán de Kotgarh le puso por nombre Isabel: Lispeth, según la pronunciación *pahari.* (1)

Mas tarde el cólera entró en el valle de Kotgarh y se llevó a Sonoo y Jadéh, viéndose Lispeth reducida a la condición de medio criada, medio compañera de la mujer del capellán.

Esto ocurrió después del reinado de los misioneros moravos, pero cuando ya Kotgarh había olvidado completamente su título de señora de las montañas del Norte.

No sé si el cristianismo favoreció a Lispeth o si los dioses de su pueblo habrían hecho más por ella en igualdad de circunstancias. Lo único cierto es, que creció haciéndose una muchacha encantadora, y cuando las doncellas de las montañas son hermosas, vale la pena de emprender un penoso viaje de cincuenta millas para verlas.

Lispeth tenía una cara griega, una de esas caras que se pintan a menudo y que rara vez se ven. Era pálida como el marfil, con unos ojos verdaderamente asombrosos, y muy alta, dada a su raza.

Si no hubiera estado vestida con uno de aquellos abominables trajes de colores chillones que tanto gustan en las Misiones, y os la hubiérais encontrado de pronto en el repliegue de la montaña, habrías creído que era la Diana de los romances saliendo a pelear.

Lispeth aceptó el cristianismo fácilmente sin abandonarle al llegar a la edad de la mujer, como hacen muchas muchachas de las montañas. Su pueblo la odiaba porque, según decía, se había vuelto una *mensahib* (2) y se lavaba diariamente: la señora del capellán no sabía qué hacer con ella.

Era imposible pretender que fregara platos y fuentes una diosa altiva que se elevaba más de cinco pies sobre sus zapatos; así que sus ocupaciones se reducían a jugar con los hijos del capellán, dar lecciones los domingos en la escuela, leer todos los libros que había en la casa y crecer, más y más hermosa, como las Princesas de los cuentos de Hadas.

La mujer del capellán decía que debía irse a Simla a vivir como doncella o de otro modo *elegante;* pero Lispeth no se sentía inclinada a hacerlo: era muy feliz donde estaba.

Cuando los viajeros — no había muchos en aquel tiempo — llegaban a Kotgarh, se encerraba en su cuarto, temerosa de que la cogieran y se la llevaran a Simla o cualquier otra parte de un mundo desconocido.

Un día, pocos meses después de cumplir los diecisiete años, salió a dar un paseo, que no se parecía ciertamente a los de las señoritas inglesas: una milla o milla y media, y vuelta en coche a casa. No; sus paseos habituales eran excursiones de 20 a 30 millas entre Kotgarh y Narkunda.

(1) Indio de las montañas del Indostán.

(2) Señora.

Este día regresó después de anochecido, descendiendo por el despeñadero de Kotgarh, con algo en los brazos que pesaba mucho.

La esposa del capellán dormitaba en el salón cuando Lispeth entró jadeante bajo el peso de su carga, la dejó sobre el sofá y dijo sencillamente:

—He aquí a mi marido; le he encontrado en Bagi Road. Está herido; le cuidaremos y cuando se restablezca, su esposo de usted le casará conmigo.

La esposa del capellán se estremeció de horror; pero lo que por el momento importaba más era el hombre del sofá, necesitado de inmediata asistencia. Era un joven inglés y tenía en la cabeza una herida que dejaba al descubierto el hueso, causada al parecer con un alma mellada.

Lispeth refirió que le había encontrado bajo el Khud y se lo había traido: el hombre respiraba dificilmente y estaba sin conocimiento.

Fué llevado a la cama y curado por la mujer del capellán, algo entendida en medicina, mientras la india esperaba a la puerta de la habitación por si se necesitaba su ayuda.

Al capellán le dijo después que aquel era el hombre con quien había soñado para casarse. El capellán y la esposa de éste la reprendieron severamente por la incorrección de tal conducta, y ella, después de oirles con perfecta tranquilidad, repitió su declaración.

El cristianismo cuida mucho de borrar los salvajes instintos orientales, entre los que descuella el de enamorarse, sólo por una mirada; pero Lispeth, habían encontrado el hombre en quien adorar, no vió la razón que le obligase a ocultar sus sentimientos.

Tenía la resolución de no separarse de él; le curaría, y cuando estuviese bueno, se casarían: este era su programa.

Después de quince días de ligeras fiebres, el inglés, mejorado ya, dió las gracias más afectuosas al capellán, a la mujer de éste y a Lispeth — sobre todo a Lispeth — por sus bondades. Dijo que viajaba por el Este (en aquellos días, en los que la flota Peninsular y Oriental estaba en sus comienzos y era pequeña, no se hablaba de viajes por todo el globo); que había venido desde Dehra Dun a buscar plantas y mariposas en las montañas, y que nadie le conocía en Sinla.

Supuso que debió caer sobre el acantilado, cuenda cogía un helecho con el tronco podrido de un árbol y entonces sus guías le robaron el equipaje y huyeron.

Pensaba regresar a Sinla cuando estuviera algo más fuerte y renunciar a nuevas correrías por las montañas.

Como demostrara impaciencia por marcharse, al ver lo lentamente que se restablecía, Lispeth formuló observaciones que le valieron consejos y advertencias del capellán y de la mujer.

Esta reveló al inglés lo que pasaba en el corazón de la muchacha, riéndose grandemente el viajero ante aquel hermoso romanticismo que era, según dijo, un idilio del Himalaya. Añadió que estaba ya comprometido con una joven de su país; pero que no acontecería nada, porque sabría proceder discretamente.

Con efecto, lo hizo así, aunque encontraba muy agradable hablar con Lispeth, pasear con ella, decirle las cosas más hermosas y prodigarle los nombres más cariñosos, mientras llegaba el momento en que sus fuerzas le permitieran marcharse.

Cuanto hacía no significaba nada para él, pero significaba mucho más para la india, y la doncella fué muy feliz durante quince días, porque había encontrado un hombre a quien amar.

Salvaje de nacimiento, no se preocupaba en ocultar sus impresiones, y esto divertía al inglés.

Cuando éste decidió marcharse, Lispeth le acompañó a la cúspide de la montaña hasta Narkunda, yendo muy turbada y muy triste.

La mujer del capellán, que era una buena cristiana, enemiga de alborotos y escándalos, viendo que la india no le hacía ningún caso, rogó al inglés que le dijese que volvería para casarse con ella. — Es una chiquilla — añadió; — ama, y temo mucho a estos salvajes.

Hizolo así el viajero, y las doce millas de cuesta las subieron ciñendo el hombre con su brazo la cintura de la muchacha y jurándole que volvería y se casarían; juramento que Lispeth le obligaba a repetir a cada paso.

Se separaron y la montañesa permaneció llorando en Narkunda Ridge hasta que le perdió de vista al final del sendero de Muttiani. Entonces secó sus lágrimas, regresó a Kotgarh y dijo a la mujer del capellán:

—Volverá y se casará conmigo: a ido a participárselo a su familia.

La mujer del capellán la acarició y dijo también:

—Volverá.

Al cabo de dos meses, Lispeth comenzó a impacientarse, y entonces le advirtió que el viajero había tenido que cruzar el mar para ir a Inglaterra. La muchacha sabía dónde estaba Inglaterra, porque había aprendido algunas nociones de geografía; pero como hija de las montañas, no tenía ninguna idea de lo que era el mar.

Había en la casa un mapa del mundo muy confuso y muy viejo, con el que jugaba siendo niña. Le desenterró, juntó sus pedazos y por la noche se hacía preguntas a sí misma tratando de averiguar dónde estaba el inglés.

La anestesia de los hombres

¿Cómo no oirán los gemidos del pobre?

Son las criaturas huérfanas, ateridas de frío; el cadáver de la madre, que rígido, yace sobre las frías losas; es el hogar de un pobre... Es la muerte, es el dolor de vivir. Pero los hombres proclaman que la vida es alegre. A traves de sus pupilas frías no se adivina un resto de espíritu. En sus labios exangües, marchitos, quedó un deseo: la legría de vivir. ¿Cómo han podido buscar tanto tiempo una base en el mundo? La base estaba en ellos. ¿Por qué no edificaron allí su vida?

Se anestesian y se engannan; se destruyen. Ya no son hombres. La vida hay que sufrirla: es el único medio de vivirla. No tenemos derecho de elección. Nuestro orgullo puede insensibilizarnos; pero es para morir, no para vivir. ¿Por qué no se darán a luz? Tendrían el trabajo y los dolores del parto; pero se verían reproducidos en sus obras. ¡Como si pudieran, sin este trabajo y sin estos dolores, desposarse fielmente con la vida! Y si no se han desposado con la vida, ¿cómo pueden hablar de la alegría de vivir? Sólo estando virgen se puede hablar así, candorosamente, en sueños. También estando prostituidos se puede hablar astutamente, perversamente, pretendiendo insensibilizarse. Más esta anestesia es una loca pretensión. La vida no les perdona ni les excusa. Recibirán el zarpaso y no tendrán consuelo. ¿Por qué huyen del dolor? El dolor les alcanzará...

Abrid los ojos y que despierten vuestros oídos. Lleguen hasta vosotros las quejas angustiosas de los huérfanos ateridos de frío, y ved sobre las losas el cadáver yerto de la madre. Es el hogar de la miseria, es la muerte, es el dolor de vivir.

V. GARCIA MARTI

Como no sabía nada ni de las distancias ni de los barcos de vapor, sus conjeturas eran algo erróneas; pero lo mismo hubiera resultado de ser exactas, porque el viajero no pensaba volver para casarse con la doncella de las montañas.

Había olvidado todo lo referente al tiempo en que estuvo cazando mariposas en Assam, hasta el punto de que más tarde escribió un libro de su viaje a Oriente y ni siquiera el nombre de Lispeth aparecía en las páginas.

Durante tres meses la india sigió dando su paseo diario para ver si aparecía su amante en el camino. Esto la consolaba, mientras el pensamiento que más halagaba a la mujer del capellán era que olvidase aquella bárbara y poco delicada locura.

Después los paseos dejaron de alentar a la montañesa, y su génio se volvió muy áspero.

La mujer del capellán creyó que aquella era la mejor ocasión para hacerle conocer el verdadero estado de las cosas, reveleléndole que el inglés le había hablado de amor para tranquilizarla, sin que jamás hubiera pensado en nada serio, y que era absurdo e impropio de Lispeth pretender casarse con un hombre superior a ella en clase y que además estaba comprometido con una joven de su misma raza.

Hízolo así, y Lispeth respondió que todo aquello era imposible, porque él le había ofrecido casarse con ella, y la mujer del capellán le había asegurado que volvería.

—¿Cómo puedo pensar — añadió — que él y usted no han dicho la verdad?

—Nosotros lo hacíamos para calmarte.

¡Entonces usteden han mentido! ¡Usted y él!

La mujer del capellán inclinó la cabeza sin responder. Lispeth permaneció también silenciosa algunos momentos.

Después descendió al fondo del valle y volvió vestida con su traje de hija de las montañas, horriblemente sucio, pero sin pendientes en las orejas, ni anillo en la nariz y con el pelo recogido en larga trenza y sujeto con hilo negro, según la costumbre de las mujeres.



—¡Al fin se ha decidido usted a ponerse la dentadura postiza!
—¡Sí, señor! ¡Pero no es más que por mascarle la nuez a mi yerno, que es un sinvergüenza!

—Me marcho con los míos — dijo. — Ustedes han matado a Lispeth; ya no queda más que la hija de la vieja Jádéh: la hija de un *pahart* y la sierva de Tarka Devi (1). Los ingleses sois unos embusteros.

Cuando la mujer del capellán se repuso de la sorpresa que le había causado la noticia que Lispeth se volvía a sus antiguos dioses, la joven había desaparecido para no volver jamás.

Lispeth se arrojó de un modo salvaje entre las costumbres de su desidioso pueblo como para desquitarse del tiempo que había vivido lejos de él, y poco después se casó con un leñador, que le pegaba, según la costumbre de los *paharis*, y su belleza se marchitó pronto.

—No puede uno fiarse de las humoradas de un salvaje — decía la mujer del capellán. — Creo que Lispeth en el fondo de corazón fué siempre hereje.

Recordando que la habían metido en la iglesia de Inglaterra a la tierna edad de cinco semanas, esta observación de la buena señora, no le dió mucho crédito.

Lispeth era muy vieja cuando murió. Siempre conservó un perfecto dominio del inglés, y cuando estaba muy borracha se podía, aunque con trabajo, inducirla a que contara la historia de sus primeros amores.

Parecía imposible que aquella criatura lagañosa y arrugada, semejante a una escoba de trapo carbonizado, hubiera sido en otro tiempo la Lispeth de la Misión de Kotgarh.

(1) Divinidad india.

El precio de un traje

Por Guy Peron

Días antes de su examen de licenciatura, Celestino Dupont, viendo que no era correcto presentarse ante el Tribunal con un traje tan deteriorado como el que usaba, escribió a su padre que le enviase trescientos francos, para comprarse un terno nuevo.

A los dos días recibía un giro de trescientos francos.

La primera idea de Celestino fué ir a cobrar el giro, y una vez cobrado, irse a la sastetrería. Pero una vez en su poder los trescientos francos, se acordó al pasar frente a un restaurante en cuyo menú figuraban platos tan suculentos como perdis escabechada y faisán salsa suprema, que tenía que ajustar una cuenta antigua con su estómago.

Entró, pues, en un restaurante, dispuesto a saciar su apetito. A la hora de pagar vió que la cuenta ascendía a sesenta y cinco francos, que celestino hubo de pagar de los trescientos que destina a la compra de su traje.

Como sólo le quedaban doscientos treinta y cinco francos, se dijo:

—¡Bah! En vez de comprarme un traje de lana, lo compro de lana y algodón.

Pero al pasar frente al Odeón, vió anunciado en los carteles "El mercader de Venecia", que se representaba aquella tarde. Deste hacía muchos años, Celestino había jurado ir a ver "El mercader de Venecia"; pero nunca había podido cumplir su juramento, por falta de dinero.

Se acercó, pues, a la taquilla. No quedaban más que palcos a treinta y cinco francos. Celestino compró uno y lo pagó de los doscientos treinta y cinco francos que le quedaban.

—¡Bah! — se dijo—. En lugar de comprar un traje de lana y algodón compraré uno de algodón.

Cuando salió del teatro, a las cinco, se encontró a un amigo, que le invito a tomar el a aperitivo y a jugar una pardida de póker.

Quiso excusarse diciendo:

No puedo; voy a comprarme un traje.

—¡Ya irás mañana!

Celestino se dejó arrastrar. Bebió muchos aperitivos, jugó al póker y perdió ochenta y cinco francos.

Como sólo le quedaban ciento cincuenta francos, se dijo:

—¡Bah! En lugar de comprar un traje completo de trescientos francos, compraré medio traje de ciento cincuenta.

Como era hora de cenar y los aperitivos le habían abierto el apetito, Celestino se dirigió maquinalmente al restaurante en donde había almorzado tan opíparamente.

La cuenta importó setenta francos. Y como no le quedaban más que ochenta, Celestino Dupont se dijo filosóficamente.

—En vez de comprar medio terno de ciento cincuenta francos, compraré un tercio de traje, y como el traje completo se compone de americana, chaleco y pantalón, compraré sólo una americana. abrochándomela, no necesito chaleco.

Cuando se dirigía a un almacén de confección, vió en una sastrería un cartel que decía:

"Aquí se vuelven los trajes viejos y quedan nuevos por cincuenta francos".

—¡Qué bruto soy! En vez de comprar una americana, lo que hago es volver el traje viejo que llevo, y se me queda nuevo.

Entro en la tienda, y el sastre le dijo que dejase el traje viejo para volverlo. Pero como no tenía más que el puesto y no podía salir en camisa, renunció a su proyecto.

—¡Bah! — se dijo—. Puedo seguir tirando con el traje viejo.

Y Celestino pasó la noche en un restaurante y se gastó los ochenta francos que le quedaban.

MI SANGRE

Yo tengo sangre de español. Me apena
el no usar una capa colorada,
y tendido dejar, de una estocada
un toro bravucón sobre la arena.

Otras veces, ser místico quisiera:
rezar y amar a Dios, sin mal ni engaño,
y vivir como un pálido ermitaño
acompañado de una calavera.

Pero, a veces, también siento vehemencia
de robar; sin temor a la conciencia,
un caballo alazán, de brios fieros,

y un puñal con grabados florentinos,
para ser, por la noche en los caminos
un bravo capitán de bandoleros!

OVIDIO FERNANDEZ RIOS

LA NODRIZA

Por Julio Lemaitre

El señor y la señora Loisel hacían una de esas vidas casi pobres pero casi elegantes; como la de una multitud de matrimonios parisienses. El marido, que tenía a su cargo una plaza de profesor, en una escuela municipal, con tres mil quinientos francos de sueldo al año, era muy dulce, muy laborioso, muy amante, muy bueno; la mujer hija de comerciantes al menudeo, era viva despierta, llena de inteligencia y naturalmente distinguida. Ambos habitaban el sexto piso de una casa, modesta pero bien ventilada, sita en las inmediaciones de la plaza del Trono.

A fuerza de industria y de gusto. sin gastar casi nada, aprovechando las "ocasiones" y los "saldos" de los grandes almacenes, la señora se hacía, con sus propias manos, vestidos y sombreros que después de todo le iban admirablemente.

El salón minúsculo de su casa, muy modesto en reealidad, tenía cierto aspecto alegre gracias a la multitud de objetos menudos y a los ramos de flores que adornaban las ventanas desde principios de abril hasta fines de otoño.

En cuanto a diversiones contentábase con ir al teatro cuatro o cinco veces al año y algunos domingos al concierto, con visitar las exposiciones y con hacer algunos paseos por las calles y por los alrededores de París. Siendo pacientes, entreteniéndose con cualquier cosa, esperando sin murmurar los tranvías de los boulevards y los vapor|citos del Sena, gozando platónicamente con la elegancia y la riqueza de la gran ciudad, explotando en fin, todas las diversiones gratuitas, hacían una vida agradable y sencilla, gozando aún del placer de economizar algo todos los meses.

* * *

Una ocasión la señora Loisel se sintió madre; y ese fué un día de fiesta para el matrimonio... ¡Un hijo! ¡Ah! Ella lo alimentaría con su mismo pecho, ella tomaría una muchacha que no costase muy caro, para el servicio de la casa; ella sería dichosa, muy dichosa... Y envolviendo sus esperanzas en el velo de los sueños, no tuvo en adelante más ocupación que la de confeccionar el atillo.

Al fin llegó el parto. Durante veinticuatro horas la pobre madre no hizo más que gritar. El dolor fué cruel y la operación difícil. Pero cuando pudo tener delante de sus ojos el recien nacido, su mueca de agonía se trocó en esa sonrisa profunda, pálida, llena de ternura que las mujeres guardan para tal ocasión...

Y hablando con las hadas de los cuentos azules:

—Es muy bonito — murmuró. — Y yo quiero que se llame Jorge... y que sea muy bueno... y que sea muy dichoso...

Al día siguiente, la señora Loisel sintióse acometida por los dolores de la metritis.

El médico que la asistía dijo:—

Si usted quiere salvarse, es necesario abandonar desde luego la idea de alimentar personalmente al niño.

—Entonces...

—Entonces... lo preciso, es buscar una nodriza. No hay otro camino, señora. Si fuese robusto, usted podría arreglárselas con un biberón; pero ¡es tan débil!

Los esposos pensaron en la situación... "¿Una nodriza en casa! ¡Imposible! Las más baratas costaban setenta francos mensuales. Además la habitación era demasiado pequeña y cambiar de alojamiento, dificilísimo. La enfermedad podía ser larga y entonces habría necesidad de una criada... Todos esos gastos iban a arruinarlos... Luego el recién nacido era raquítico y tenía necesidad de aire libre..."

El señor Loisel fué, pues, a la oficina de las nodrizas; después de mucho escoger se quedó con una que le pareció buena, no sólo por su cara amable, sino también por su estatura colosal, por su color de manzana normanda y por sus carnes abundantísimas. Rosalía Baulard, que habitaba una aldea de Beauce, a veinte leguas de París, era casada con un bravo carretero y tenía dos hijos: uno "grande" de 8 años, otro "pequeñín de quince días. Los certificados que el cura y el alcalde de su pueblo le habían dado eran excelentes. La enferma quiso ver a la mujer, en cuya casa iba su hijo a vivir.

—Usted lo cuidará mucho ¿no es verdad?

—¡Ah! Lo que es por eso, la señora puede estar tranquila... Todo el pueblo conoce mi honradez... Hasta sería capaz de dejar con hambre a mi hijo por no molestar al "niño"... Cuando se hace una cosa, es preciso hacerla como Dios manda... ¿No es verdad patrona?... Además el chiquillo es encantador... No hay más que mirarlo una vez para quererlo... Si la señora lo permite le daré de mamar en su presencia. La leche me hace mal...

La pobre madre estaba contenta —aunque un poco celosa—de mirar el buen apetito con que Jorge acercaba su boquita por primera vez al pecho de la nodriza.

Después de entregarle los pañales, la señora Loisel quiso hacer un regalo a Rosalía, y no contenta con darle unas enaguas nuevas, sacó del guardarropa un vestido suyo en buen uso todavía.

—Casi no me lo he puesto... Con ensancharlo un poco estará bueno para usted...

La nodriza se mostró muy agradecida:

—Mil gracias, un millón de gracias... Ya estoy mirando que ustedes son buenos... Dios se lo pague. Lo que es por el niño, no tengan ningún cuidado.

El momento de la separación fué terrible. La enferma no pudo contenerse. Su beso de despedida fué tierno, profundo, silencioso... Y sus lágrimas abundantes mojaron la carita pálida y arrugada de Jorge.

El padre condujo a Rosalía a la estación y dijo al volver:

—Decididamente, esta muchacha tiene buen aspecto y estoy seguro de que sabrá cuidar a nuestro hombrecito.

El estado de la señora Loisel — cuya conversación con la nodriza había agotado sus fuerzas — agravose mucho en los días siguientes. La fiebre y el delirio, siempre en aumento, hacían temer una peritonitis.

Al fin vino la mejoría, sin embargo, y luego la curación completa, pero su debilidad era tan grande que el médico le prohibió terminantemente poner los pies en la calle.

No pudiendo ver a su hijo empleaba su tiempo y gastaba sus fuerzas en hacerle un vestido de muletón lleno de dibujos complicados y constelado de cintas y de borlas de color rosa, que fué enviado a la nodriza junto con mil recomendaciones.

La familia de Rosalía, por su parte, no dejaba nunca pasar una semana sin escribir. Siempre sus cartas decían lo mismo: "Tomo la pluma para decir a usted que el niño goza de muy buena salud, y que si la señora lo viera no había de

ORIGEN DE LAS PULGAS

Reverberaba el sol esa mañana,
y Cristo, con San Pedro de bracero,
sin miedo a la terrible resolana,
iban por el otero
charlando mano a mano,
tú por tú, sobre el modo más certero
de hacer la dicha del linaje humano.

A la sombra de un árbol corpulento,
muellamente tentida,
viendo volar las moscas ciento a ciento,
estaba una mujer, moza lucida,
de labios de coral, cutis de nieve,
de esas que, en punto a edad, sin miramiento
a que mentir es cosa inoportuna,
plántanse en veintinueve
como el buen jugador de "treintaiuna".
¡De mujeres poblado se halla el mundo
que al treinta tienen un horror profundo!

San Pedro se detuvo y, campechano,
la dijo: — Dí, mujer, ¿qué haces ociosa?
¡qué! ¿no sabes hilar? — ¡Poquita cosa!
Cuando arrecia el verano,
prefiero estarme mano sobre mano.
Ruede, ruede la bola,
y siga yo tirada a la bartola.

El Divino Maestro, de Dios hijo,
miróla sonriente. — De lo malo
y vicioso (la dijo)
madre es la ociosidad. Te haré un regalo
que te ocupe y distraiga humildemente.
La pereza sacude... ¡ea!... entretente...
ráscate, si te pica, do te pique...
Sigamos, Pedro, y basta de palique.

Y Dios creó las pulgas ese día,
miscrocópicos seres
en cuya cacería
han sido y son tan diestras las mujeres.

RICARDO PALMA

LAS LIEBRES

Declarada en otro tiempo la guerra de exterminio, entre las liebres y las águilas, llamaron las liebres en su auxilio a las zorras, invocando favores harto públicos.

—Gustosas accederíamos—contestaron las zorras—, en vuestro favor, si no supiéramos por experiencia, lo que huye una liebre y lo que persigue un águila.

reconocerlo, de tal manera que está fuerte y gordo. También tengo la pena de decirle que si le fuese posible mandarme un suplemento, se lo agradecería en el alma, porque en estos tiempos las cosas se han puesto muy caras y tengo necesidad de comprar jabón y azúcar porque es necesario muchas cosas para mantener a un niño de buena familia, etc., etc.

Y los buenos señores aumentaban cinco francos a la pensión de Rosalía y le daban las gracias...

Todos esos gastos, sin embargo, comenzaban a causarles gran pena. La enfermedad había costado un dineral, y como además había sido preciso tomar una criada, las economías se agotaron. Luego, para colmo de males, la convalecencia se prolongaba, haciéndoles siempre dejar "para el domingo que viene su visita a Jorge.

* * *

—¡—Cuánto habría llorado la pobre señora Loisel si alguien hubiese podido revelarle la manera con que su hijo era tratado!...

En realidad Rosalía no era lo que se llama una mala mujer, pero teniendo ella también un hijo, consideraba muy natural comenzar por él... Y como Fred era muy grande y mamaba mucho, casi nunca quedaba leche para Jorge. Así el pobre "parisiense" tenía que alimentarse con leche de vaca, no siempre fresca, y aun con grandes empanadas que caían en su estómago delicadísimo como fragmentos de piedra.

Pero eso no era todo. Siendo muy buena y no conociendo, en su ignorancia, las delicadezas de conciencia que constituyen la honradez, Rosalía despojaba de sus pañales y de sus cosas bonitas al hijo ajeno en favor del hijo propio. Cuando llegó el trajecito de borlas rosadas, su primer movimiento fué vestir con él a Fred.

—¡Ah! ¡qué precioso!...

Y como a Jorge se le ocurriese protestar de la injusticia con gritos y lloriqueos:

—Cállese usted, parisiense — respondió.

—Totor, llévatelo al jardín para que no moleste.

Palabras que se repetían cada vez que Jorge lloraba; y estando mal alimentado y enfermo del estómago, lloraba a menudo.

Totor por su parte, no queriendo sacrificar su libertad en favor del pobre chiquillo extraño, lo depositaba tranquilamente entre los haces de heno y corría a jugar con sus camaradas de aldea.

Semejante manera de vivir había dado a Jorge un aspecto parecido al de esos monos raquíticos del Jardín de plantas, que se mueren lentamente de tisis y de tristeza...

* * *

Al fin—un día que la convaleciente se encontró mejor — el señor y la señora Loisel tomaron el camino de hierro con objeto de visitar a Jorge; y habiéndose decidido en un segundo, no tuvieron tiempo para avisarlo a la nodriza.

El pueblo de Rosalía se encontraba a una media legua de la estación del ferrocarril. El día estaba horrible. En medio de la planicie inmensa y monótona, bajo el cielo pesado y gris, un casería miserable se revolcaba entre el estiércol. La señora Loisel se figuró que su hijo estaba muy lejos de ella viviendo en un país tan feo.

Una mujer sentada en el umbral de una puerta les indicó, con el dedo, la casa de los Boulard.

La pobre madre sintió que el corazón se le oprimía al entrar en aquel cuarto de campesinos, sucio, desnudo y oliente a queso seco. Su casa de París, tan pequeñita y tan limpia, y la cuna comprada, de antemano, siempre vacía, siempre confortable, se presentaron ante su remordimiento... La alegría soñada comenzó a desvanecerse.

Fred estaba sentado en una silla pequeñita, junto a la chimenea, luciendo el hermoso traje de Jorge. El parisiense andaba por el jardín bajo la vigilancia de Totor y por casualidad no lloraba.

La señora Loisel se precipitó sobre Fred:

—¡Ah! mi chiquitín!... ¡mi Jorgito!... ¿Verdad que está divino?... Y además fuerte... Si no fuese por el traje no lo habría reconocido... ¡Por qué le pone usted el traje elegante todos los días?...

Rosalía comprendió lo difícil de la situación en un momento. Su respuesta fué decidida:

Le va tan bien — dijo — que no me atrevo a guardárselo sólo para los domingos... Vamos, niño, aquí está la mamaíta... Una risita para ella... Es admirable como se parece al señor. ¿No es verdad, señora?...

¡En realidad, lo que Fred parecía, rojo y lleno de grasa, era un salchichón, un salchichón enorme, muy enorme!

El señor Loisel dijo a su mujer, refiriéndose al bebé que ellos tomaban por Jorge:

—Pues mira, lo que es bonito, bonito no me parece. Y eso que soy su padre.

—¿Qué no es bonito? El señor tiene un gusto difícil de contentar, — replicó Rosalía con tal acento de convicción, tan secamente, que el señor Loisel se lo agradeció en el alma.

—¿Y vuestro chico, nodriza — preguntó la señora. — ¿No quiere usted enseñárnoslo?

—¿El mío?... Está en la casa de su abuela, con su hermano... La pobre señora quería verlo... Y como ya le tengo casi destetado... para darle toda mi leche al niño de usted, apenas le doy de mamar sino una vez en la mañana y otra en la noche...

—Pero usted hace mal nodriza... Usted podría repartir en partes iguales... A mí no me gusta que...

—¡Ah! Lo que es por eso no se inquiete. Mi muchacho es bien fuerte... Ustedes lo verán... si acaso se quedan algunos días...

—Tenemos que irnos por el tren de las seis.

—Entonces por lo menos comerá algo... ¿verdad?... una tortilla... un poco de marrano... Lo mejor es el vino, eso sí buen vino... Los señores no han de desairarme...

Y con pretexto de buscar los huevos, Rosalía salió de la habitación. En el jardincillo encontró a Totor:

—Mira — le dijo, — llévate al parisiense... a casa de la abuela... Adonde te dé la gana...

Ahí tienes el biberón... pero no vuelvas hasta la noche si no quieres que te rompa las costillas.

En el momento en que ella volvía a entrar, la señora Loisel murmuraba un éxtasis delante de Fred:

—¡Ya comienza a sonreirme! Mira, mira, como no me tiene nada de miedo! Parece que ya me hubiese reconocido, que ya supiese que yo soy su mamaíta...

* * *

Un mes después, el pobre matrimonio recibía una carta en que Boulard les anunciaba la muerte de Jorge: "Todos lo habían cuidado bien, sin embargo... La cosa era terrible, Rosalía estaba enferma de tristeza..."



—¿Te has enterado de que ahora piensan hacer el pan con harina de arroz?
—Oye: ¿se sabe si ese arroz llevará un poquito de pollo?

El pequeño parisiense había, pues tenido el destino inexplicable horroroso, de esos niños que, después de llorar y de sufrir durante algunos meses, abandonan el mundo sin haber comprendido nada en él.

Rosalía tuvo cuidado de enviar a Fred y a Totor, desde por la mañana, a casa de la abuela... Ella también lloraba, lloraba sinceramente y de tal manera que la señora Loisel fué desde luego a besarla.

Después, la pobre madre fijó sus miradas en la humilde cuna de mimbre donde yacía el cadáver.

Jorge llevaba, por primera vez, el traje elegante que Fred había ensuciado. Su delgadez era espantosa: su nariz y su boca entreabierta, pálida, llena de espuma en el fondo, avivábase en los bordes con un tinte violeta.

—Pobre chiquito de mi corazón— decía la madre sollozando ¡cómo estás cambiado!

El señor Loisel miró atentamente al niño muerto, sin decir una palabra, pero atormentado ya por una duda terrible:

—Vamos — dijo Rosalía — ¡no la miréis así, eso os hace daño!

De repente Totor entró sin prevenir, teniendo a Fred como un paquete, entre sus brazos.

Rosalía se puso pálida. El estúpido de Totor se puso a decir que la abuela estaba enferma y no había querido recibirlos. Y Fred, cubierto con un bonete de Jorge, calzado con sus zapatos, reventando de gordo, con un aire de buen muchacho, púsose a sonreir a las dos personas que tanto lo habían acariciado un mes antes.

Súbitamente ellos lo comprendieron todo. La señora Loisel miró a Rosalía como queriendo asesinarla con los ojos, y su marido levantó los puños con tal expresión que la nodriza tuvo necesidad de refugiarse en un ángulo de la pieza, la pobre madre comenzó de nuevo a llorar y el padre pensó: "¿Para qué hacer un escándalo? Ella lo negaría todo y de nada servirá que yo la reviente...

Y ambos volvieron a sentarse al lado de la cuna, con la cabeza sobre el pecho, mientras Rosalía, se revolcaba en el suelo desesperada, sollozando como un animal...

***

Al fin vino el carpintero y luego el cura acompañado de un monagillo sucio que tenía entre las manos una cruz vieja y desplateada que parecía querer escaparse del mango.

Esos entierro de niños parisienses que atraviesan a veces las calles desiertas de aldeas, llevando por todo cortejo, detrás del féretro, pequeño como una caja de violín, a un caballero y a una dama enlutados que van, con los ojos cubiertos, a dejar un pedazo del corazón en el extremo de un cementerio perdido, mientras los campesinos los miran curiosamente desde las granjas del camino, son desgarradores.

Cuando la primera paletada de tierra comenzó a ocultar las tablas minúsculas del ataud, la señora Loisel, a quien la enfermedad había hecho olvidar el único beso dado a Jorge, exhaló este grito:

—¡Ah! ¡hijito de mi corazón! ¡Ni siquiera pude besarte vivo una sola vez!...

Al volver del cementerio, Rosalía dijo inconscientemente a madame Loisel:

—Si la señora tuviese dentro de poco otro bebé, supongo que no se olvidará de darme la preferencia...

Reglas para la vida

Un hombre perverso está siempre cautivo en manos de su enemigo, pues a donde quiera que va no puede escapar de las garras de su propio castigo. Si el malo, huyendo de sus actos, consiguiera llegar al cielo, aun continuaría siendo desgraciado a causa de su misma perversidad.

**

Aplasta la serpiente con la mano de tu enemigo, lo cual no puede menos de producir una de estas dos ventajas: Si vence tu enemigo, has matado a la serpiente; y si esta triunfa, te has librado de tu enemigo.

**

En el día del combate no te consideres salvo porque tu adversario sea débil; pues el que está desesperado será capaz de derrocar a un león.

**

Cuando tengas que comunicar algo a alguna persona con la cual le destrozarías el corazón, mejor es que te calles y que lo sepa por otra persona. ¡Oh, ruiseñor, trae tú las alegres brisas de la primavera, y deja que las malas nuevas las anuncie el buho!

**

Ten cuidado como escuchas la voz del adulador; el cual, a cambio de lo poco que da, espera alguna ventaja considerable. Pues si algún día no accedes a sus deseos, en lugar de perfecciones encontrará en ti mil defectos.

Si alguien no advierte a un orador sus defectos, jamás será perfecto su discurso. No te envanezcas de la elegancia de tus discursos porque los alabe un ignorante, ni tampoco te aferres a esta idea por tu propio juicio.

**

La vida depende de un solo hálito, y la existencia mundana está entre dos no-existencias. Los que por el mundo venden la religión, son unos asnos: venden a José y no adquieren nada en cambio.

SA'DI

UNA BUENA PUJA

Por Max y Alex Fischer

Para recoger en París una pequeña herencia he dejado Pittiviers la semana pasada.

No sé, desgraciadamente, leer ni escribir. Mi absoluto desconocimiento de las ciencias matemáticas me ha parecido en esta ocasión más lamentable, y mientras llega a mi poder la carta del notario he comprado una aritmética y trabajo dos horas todas las tardes. A las cinco salgo a dar un paseo.

Hace días pasaba por la calle de Bronot. Me llamó la atención una gran casa al final de la calle. Mozos de mudanza entraban y salían. Pregunté a un señor que pasaba:

—¿Tendría usted la bondad de decirme a quién pertenece ese inmueble?

—Es el Hotel Bronot. Hay afluencencia de aficionados a causa de la almoneda X. Y. Z.

La respuesta no me enseñó gran cosa, y como los espectáculos gratuitos no son frecuentes en París, seguí a la gente que entraba en el edificio.

En un gran salón había apiñada gran concurrencia en pie. Detrás de la mesa, un caballero con un martillo mostraba al público un par de morillos, bastante feos por cierto. Algunos de los presentes contaban en alta voz: 8.727, 8.730. Pensé que toda aquella gente estaba fuerte en matemáticas. 8.732..., 9.000.

Siguió un corto silencio.

El señor de detrás de la mesa, trató de animar a los que contaban.

—Un poco más. ¿No hay quien hable?

Me extrañó que nadie supiese contar más de 9.000. Entonces yo me decidí y murmuré:

—Nueve mil quinientos.

Una señora anciana, que ya me estaba molestando con su empeño en demostrar sus conocimientos matemáticos, me miró como si se sintiera molesta con mi intervención y exclamó:

—¡Diez mil!

—¡Once mil! — grité yo.

—¡Doce mil! — prosiguió la anciana.

—¡Trece mil! — repuse.

—¡Catorce mil quinientos! — dijo ella.

Todas las miradas se volvieron hacia mí con admiración. Me recogí un instante, y con voz clara y tranquila dije:

—¡Veinte mil!

La anciana no contestó. Hubo un largo silencio. Yo estaba encantado. El señor dió con el martillo en la meso, y mirándome con afecto murmuró:

—¡Adjudicado!

No sé lo que aquella palabra significaba, pero estaba orgulloso. Me rogaron que diese mi nombre y dirección.

No comprendo nada de lo ocurrido. Me han obligado a pagar veinte mil francos. Me han regalado un par me morillos viejos. ¿Para qué los quiero?

Elegia de una tarde de otoño

Tornáronse en otoño evocadoras
las tardes del jardín, y en la liviana
paz de la tarde, alzara su fontana
la canción de las aguas gemidoras...

Hoja a hoja las secas trepadoras
lloraban su follaje en mi ventana.
como si fuera aquella fronda vana
la doliente clepsidra de mis horas...

Moría el sol; y la penumbra en duelos,
al creciente silencio de los cielos,
ahondaba en mi salón la paz del día.

Mientras oía mi alma, dulcemente,
cantar en el arrullo de la fuente
la tristeza de mi última elegía.

RICARDO ROJAS

El tesoro de Irene

Por María Enriqueta

Siempre, al volver de un viaje, nos encontramos con cambios.

Por eso no me extrañó que, al regreso del mío, Irene me dijese, tan pronto como entré a visitarla:

—Te hago saber que al fin tengo ya lo que tanto deseaba para mí.

—¿Qué es ello?

—Un novio.

—¿Es posible? — exclamé.

—Sí... no estoy ya sola en el mundo. Hay otra alma que va conmigo..

Y una gran suavidad pareció iluminar su rostro, tan inexpresivo siempre, de líneas inarmónicas, de tez un tanto cobriza y áspera.

—No sabes — le respondí —, cuánto me alegra esta noticia...

—Lo sé de sobra — me dijo Irene, conmovida —. Por eso después de mi abrazo de saludo, es lo primero que he querido referirte.

Hubo una corta pausa, en que la luz misteriosa de la felicidad volvió a transformar el rostro de mi amiga.

—Pero cuéntame — le dije —, cuéntame como ha sido el principio de esta bella historia. Me interesa tanto saberlo todo..

Irene sonriendo con dulzura, tomó entre sus dedos el largo collar de perlas que le adornaba la garganta, y entrecerrando los ojos como quien reconstruye con las manos un recuerdo tangible, me dijo:

—Fué en el tren, volviendo también de un viaje. Mi tocaya Irene me había invitado para que la acompañase al veraneo, y habíamos estado un mes en la playa, de donde regresábamos. Eran las siete de la mañana. Acabábamos de instalarnos en los asientos, cuando entró al compartimiento que ocupábamos un joven moreno, de ojos grises, profundamente interesante. Colocó sus maletas en las redes, y tras de arreglar los paquetes y el abrigo que llevaba consigo, se acomodó a nuestro lado. Momentos después el tren partía, y minutos más tarde, la conversación entre el viajero y nosotras, quedaba anudada. El, Irene y yó éramos los únicos que ocupábamos aquel compartimiento; pudimos pues, conversar libremente, exponiendo ideas y juicios, que, por rara coincidencia, estaban en perfecto acuerdo con los de nuestro compañero de viaje. Fué aquella conversación un verdadero banquete espiritual. Nos arrebatábamos los conceptos, idénticas palabras salían a veces de nuestros labios. Los mismos gustos, el mismo temperamento, las mismas excentricidades... No volvíamos de nuestro asombro. Las horas corrían sin darnos cuenta. Pero de pronto, cuando estaba ya el sol vertical, el viajero, al oir que el silbato de la máquina anunciaba el arribo a cierta estación, se puso en pié de un salto, y dándose una palmada en la frente, exclamó con premura: "A punto he estado de seguir a lor largo, sin ver que es aquí el final de mi viaje"... Con tristeza pero con solicitud, le ayudamos a recoger sus paquetes y maletas; y cuando ya estuvo todo reunido sobre el asiento, el joven, sacando violentamente de su cartera dos tarjetas, nos las entregó diciendo: "Para que no se olviden de su compañero de viaje, que es ya su amigo". Y en seguida, aprestando la pluma: "Ruego a ustedes, nos dijo, que me dén sus nombres; quiero conservarlos siempre en mi recuerdo". "Nuestro nombre es *Irene*, le dijimos a un tiempo, aunque el apellido es bien distinto". Apuntó lo que le dictábamos, añadiendo la ciudad y las señas de nuestras casas. Y minutos después nos estrechaba efusivamente las manos, y salía del compartimiento llevando su equipaje. Te confieso que cuando le ví cruzar el andén y alejarse a lo largo de él, sentí que una garra me estrujaba sin piedad el corazón... Tanto fué así, que al llamarnos a comer, y después por la noche, a cenar, casi nada probé. Mi garganta se rebelaba a tragar... Y cuando al dar las once de la noche llegamos por fin, la ciudad me pareció un desierto... Pero no, no tengo el derecho de quejarme, porque días después... Verás...

Mi amiga se puso en pié, corrió hacia su alcoba y volviendo enseguida con un cofrecillo de nogal, me dijo:

—Voy a enseñarte mi tesoro.

Y sacó de allí un montón de cartas que arrojó sobre el diván.

—Ya comprendes —añadió mi amiga —. Es la historia de siempre. No pretendo que leas estos papeles... Todas las cartas de amor dicen lo mismo, aunque suenen diferentes a los oidos interesados...

Sonrió como para mecer su idilio; y luego añadió:

—Seis meses cuenta ya mi dicha... Creo que el me quiere de veras...

—¿Y su nombre? — le pregunté.

—Rafael... Rafael Dorantes.

Los labios de mi amiga, prestigiados por el nombre amado, se extendieron, sonrientes, dibujando una línea bellísima — que no tenían —. Y luego agregaron en extasis:

—Ha resuelto venir bien pronto... Piensa hacerme una visita...

Como si estas palabras hubieran sido la única señal que se esperaba para que la visita prometida tomase cuerpo, el criado asomó la cabeza por la puerta, anunciando con voz muy clara:

—Don Rafael Dorantes...

Un grito ahogado de mi amiga fué la respuesta a ese nombre; y en seguida el dueño de él se presentó en la puerta, pidiendo nuestra venia para entrar.

Irene salió a su encuentro. El visitante era un joven alto, distinguido, amable. Sus ojos grises, alargados, de mirada profunda, tenía singular atractivo.

Hubo las presentaciones del caso, y cuando ya cada uno de nosotros se acomodó en la butaca elegida, Rafael Dorantes dijo a mi amiga, con asombro de las dos:

—No esperaba tener el gusto de ver a usted también. Cierto que pensaba ir a visitarla a su casa; pero crea me complace verdaderamente encontrarla aquí.

Mi amiga y yo cruzamos una mirada de sorpresa.

—No comprendo lo que dice usted — se aventuró a exclamar Irene.

Tocó su vez a Rafael Dorantes para vernos a las dos con asombro.

—Digo — repitió dirigiéndose a mi amiga —, que pensaba yo ir también a la casa de usted para visitarla. Pero me alegro mucho de encontrarla aquí.

—Esta es mi casa — afirmó la dueña de ella, con gran desconcierto.

—Pero entonces — dijo Rafael, titubeando — ¿ya no vive aquí la señorita Irene Díaz?

—Yo soy Irene Díaz.

—¿Usted... Irene Díaz?... ¿Cual es el nombre, entonces de la rubia que viajaba con usted cuando yo conocí a las dos?

—Irene Soler.

El visitante, desconcertado por completo, atónito, clavó los ojos en el vacío, mientras el rostro se le encendía vivamente. En sus miradas leíamos con gran claridad cuanto se estaba hilvanando. ¿Conque todas aquellas cartas que él había concebido para Irene Soler, la rubia, habían sido escritas y enviadas a Irene Díaz, la morena?... ¡Qué cosas fragua el destino!...

En el salón hubo un silencio expectante. Parecía que estábamos tomándole el pulso a la Vida. Se la oía latir...

—Comprendo todo—dijo de pronto mi amiga, dejando escapar un suspiro irreprimible —. Todo lo comprendo ya... Pero no se apene usted... ¿Quién podrá tener la culpa de esto?... Nadie.

Los ojos de Irene clavados en el muro, me trajeron la visión del que se queda en la playa mirando alejarse el barco donde va cuando tenía...

Rafael Dorantes, desconcertado, se había cubierto el rostro con las manos.

El silencio volvió a reinar. Eran los puntos suspensivos del drama...

Pero como se hacía preciso poner el punto final, Irene se levantó, y yendo hacia el diván donde estaba aún esparcidas las cartas de Rafael, comenzó a recogerlas una a una. Cuando ya estuvieron en orden, colocadas todas cuidadosamente en el cofre de nogal, mi amiga cerró con llave la tapa de éste, y luego, blandamente, como quien toma y transporta una reliquia, fué a depositar el arca en manos de Rafael.

—Creí que el tesoro era mío... Lo vuelvo a usted religiosamente....

La voz de mi amiga temblaba.

Quiso el visitante excusarse, explicar, decir alguna cosa; pero Irene, formulando un saludo cortés, se dirigió sin vacilar hacia el fondo del salón, y desapareció tras el cortinaje.

Entonces Rafael Dorantes, avergonzado ante mi ojos, confundido, alterado, sin saber lo que hacía, se puso en pié violentamente, y sin soltar el cofre que aún tenía en las manos, huyó por la puerta, con todo el aspecto del ladrón que acaba de cometer un hurto...

Una idea "ingeniosa"

El señor Berthiot, comerciante de París, observaba desde tiempo atrás que en su escritorio desaparecía el dinero continuamente, y como no pudiera atrapar al que lo hacía volar, ideó una trampa para sorprenderlo.

Berthiot se consiguió un diminuto cañón, lo cargó de pólvora y lo colocó en el cajón de la plata, de tal manera que al abrirlo, cualquiera que no estuviera en el secreto, el cañoncito se disparaba. Al día siguiente, mientras se hallaba en la habitación contigua, Berthiot oyó una detonación y corriendo a su escritorio se encontró a su esposa que sangraba profusamente de una herida que le había hecho en la cara el invento de su "ingenioso" esposo.

Lo curioso es que el invento le costó a Berthiot varios miles de francos... que tuvo que darle a su media naranja, para que ésta le perdonara el método empleado para descubrirla.

El honor de la raza

Por Eduardo Michel

—¡Adelante!

Jorge entró.

Su padre trabajaba. Levantó la cabeza, vió que era él y continuó trabajando.

—¿No te molesto?

—Un momento. En seguida te escucho. Siéntate.

El momento pareció un siglo a Jorge. Al fin su padre dejó la pluma, y le preguntó:

—¿Cómo no estás en el Banco a estas horas?

—No he ido a la oficina. Tenía que hablarte y he pedido permiso para no ir esta tarde.

—¿De qué se trata? ¿Otra de las tuyas?

—Una locura, papá; una locura después de tantas otras. ¡Si supieras!... Yo mismo me pregunto si no sueño, si es posible que yo, Jorge de Aprevil, haya sido capaz...

—Basta de palabras. ¿De qué se trata? ¿Una locura... contra el honor?

—Contra el dinero, en primer término; y como consecuencia de ello contra el honor.

—¡Habla! ¡Habla de una vez!

—Ayer volví a jugar. Jugué sin dinero, empeñando mi palabra. Jugué mucho; 20.000... He perdido. Deuda de juego. ¿Dónde encontrar para pagar? Esta mañana, loco, cogí de mi caja la suma para pagar. Faltan 20.000 francos. No han advertido nada, porque aún no se ha hecho arqueo; pero en cuanto se haga..., mañana tal vez..., pasado mañana a más tardar. Y he pensado que tú, una vez más, vengas en mi ayuda para reponer el dinero que me falta en caja.

El vizconde gritó.

—¡Miserable! ¡Eres de un cinismo!... De modo que mañana puedo leer en la Prensa que mi hijo, Jorge de Aprevil, ha robado y ha ingresado en la cárcel. ¿Pero no comprendes que es el presidio para ti y el deshonor de nuestro apellido? ¡Me avergüenzo de tenerte por hijo!

El vizconde recorría su despacho a paso largo, murmurando: "¡El presidio! ¡Un Aprevil en presidio por ladrón!" Se detuvo:

—Está bien. Pagaré; dentro de una hora por giro. No discuto y me abstengo de sermonearte. Hace ocho años que vengo haciéndolo. Hoy se trata del honor, del honor de mi raza. Es otra cosa. Tengo derecho a hacer justicia. Nuestros muertos lo exigen. Vas a subir a mi cuarto; al mío, sí. En el cajón del *secretaire* hay un revólver cargado... ¿Comprendes? Todo el mundo creerá en un accidente. Prefiero llorarte muerto a deshonrado. Anda. Yo voy a salir. ¡Pero anda! ¿Es que eres un cobarde?

Jorge salió y lentamente subió la escalera. Su padre vió la sombra perderse en la altura, y salió como había dicho.

Girados los 20.000 francos por su Banco al de Jorge, el vizconde se encontró más tranquilo. La reparación está en marcha. Los muertos descansarán en paz. ¡Los muertos!

El vizconde se estremece.

Luce espléndido el sol; la vida está en el aire, en los tejados, en los árboles; los niños juegan, gritan, se persiguen gozosos.

Ve a Jorge pequeño como ellos. Se siente conmovido y apresura el paso. Demasiado tarde; llegará demasiado tarde. ¡Estaba loco! A falta de argumentos se le ha ocurrido aquel disparate. ¿Estaba realmente cargado su revólver? ¡No no es posible que haya ocurrido semejante catástrofe! Jorge habrá retrocedido ante la muerte, el frío del arma habrá paralizado su gesto.

—¡Aprisa! Soy médico y voy a ver a un enfermo gravísimo. ¡Vuele usted!

¿Llegará a tiempo? ¿Habrá triunfado la juventud de su hijo de su amor propio? Porque le ha dicho: "¿Es que eres un cobarde?..." Lleva su sangre. Un Aprevil no es cobarde. Un Aprevil juega, pierde, paga y se mata... El taxi se detiene. Da 10 francos al chauffeur y sube los escalones de dos en dos. Su viejo corazón está a punto de saltar. Su puerta... Nada... Sus dedos tiemblan al abrir la puerta... Nada en el interior... Ni el menor ruido. Pone la mano sobre su corazón para contener los latidos. Corre a su cuarto... Se detiene... Escucha... Nada... Abre... y lanza un grito: "¡Jorge!".

Jorge está allí, vivo, bien vivo.

Fuma un cigarro.

Su padre lo mira busca el arma en el *secretaire.*

—El revólver... ¿Dónde está mi revólver?...

—Perdona, papá. Además de mi deuda de 20.000 francos no tenía ni un céntimo en mi bolsillo, y entonces..., ¿me perdonas papá?... he cogido tu revólver y hace veinte minutos lo he vendido en la trapería de la esquina.

Soledad...

Mientras cuido la marmita
y el gato flaco dormita,
La lluvia afuera gotea,
Y el viento en la chimenea...
Se revuelve airado y grita...

Sobre los rojos tizones
Hierve el agua a borbotones;
Y si se mueve la tapa
De la marmita, se escapa
Suave olor de requesones...

Miro en los brillantes leños
Cómo se forman los sueños:
Se encienden, brillan, se apagan,
Y entre cenizas naufragan...
¡Oh, engañadores ensueños!

Yo también tejí los míos
En estos tristes bohíos,
De aquesta lumbre al amor...
...Secóse la planta en flor
Cuando vinieron los fríos...

Mientras plañe y grita el viento
En paz y quietud me siento
Junto al fogón calcinado...
¡Cómo se oye en el tejado
El gotear suave y lento!...

Despierta el gato y suspira,
Baja del fogón, se estira,
El lomo alarga y arquea,
Viene hacia mí, ronronea,
Y luego mis ojos mira...

¿Su mirada indiferente
Pregunta por el ausente?...
No sé; más va la ventana
Y ve la extensión lejana
Tristemente, tristemente...

Y yo también el camino
Con ansiedad examino...
Nadie viene, nadie va...
El viento moviendo está
las ramas de aquel sabino...

Tras ver el confín lejano,
Tomo la aguja en la mano,
Y una tras otra puntada
Queda la tela cerrada...
Después, el lino devano.

Y al terminar la faena,
Abro la vieja alacena,
Y en ella guardo el cestillo
Con la aguja y el ovillo...
Después preparo la cena.

Ya la bruma se ennegrece...
Flotante crespón parece
Que se enreda en el sabino...
Ya el solitario camino
Se borra y desaparece...

La luz confusa e incierta
Cual una esperanza muerta,
Se refugia en lontananza...
"¡Adiós, adiós, esperanza!"
Le digo, y cierro mi puerta.

Sola quedo en mi bohío;
Tiritando estoy de frío...
Más prendo luego el velón
Y a la lumbre del fogón
Voy a calentar mi hastío...

También el gato tirita,
Y ansioso ve la marmita
Que borbota y cuchichea,
Y en mirándola que humea,
Se pone grave y medita...

Tiempo es de saborear
El cotidiano manjar
Que aderezo en los tizones
Con harina, requesones
Y miel de mi colmenar.

A tender la mesa voy.
...¡Qué sola, qué sola estoy!...
Fué nada más para mí
La mesa que ayer tendí:
¿Mañana será cual hoy?...

...Más alguien llama al postigo...
"¡Voy al punto, al punto!" — digo,
Y me lanzo en un momento
A abrir la puerta... es el viento,
¡El viento! mi único amigo...

Y viendo una luz incierta
Que en la llanura desierta
Alguien lleva en lontananza:
"¡Adiós, adiós, esperanza!"
Le digo... y cierro la puerta.

María E. Camarillo

Una mujer extralúcida

Por Antonio Wirschof

—Adolfo y Esteban se encontraron en el Ring de Viena.

—¿A dónde vas? — preguntó el primero al segundo.

—Voy persiguiendo una idea — contestó el otro.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. Ya conoces mi afición al espiritismo.

—Sí.

—Pues bien: ando buscando una mujer que me sirva de medium para ciertos experimentos que me propongo realizar. Estoy escribiendo un tratado sobre el asunto y deseo asegurarme de la certeza de la revelación de los sujetos sometidos a la sujeción hipnótica.

Al efecto he publicado un anuncio concebido en los siguientes términos: "Se desea una joven de buena familia, que se preste a ser hipnotizada".

—Me parece bien.

—Voy a sacrificar unos días en aras de la ciencia.

—¿Me invitarás a las sesiones?

—Con mucho gusto.

Al día siguiente Esteban recibió una carta, que decía:

"Caballero: Soy joven y pertenezco al gran mundo. Además, me creo fácilmente hipnotizable. *Frieda*". A continuación le indicaba su domicilio.

Al cabo de algunos días, Esteban y la joven se pusieron de acuerdo.

Esteban instruyó a la muchacha, en todos los detalles de los actos que tenían que llevar a cabo.

—En realidad — la dijo — usted sólo tiene que obedecer los mandatos de mi voluntad.

A pesar de la energía de Esteban, la joven mostraba alguna resistencia a ciertos mandatos.

Sin embargo, llegó un momento en que el hombre docto creyó a la joven suficientemente adoctrinada para los experimentos y, en consecuencia, se apresuró a avisar a su amigo Adolfo, para que asistiera a la sesión.

Al entrar Adolfo en casa de su amigo, le preguntó:

—¿Y qué tal tu sujeto?

—¡Maravilloso, amigo mío! — le contestó Esteban con entusiasmo.

—¿Es lúcida?

—¡Qué lúcida!... ¡Extralúcida!...

Vas a verlo muy pronto. Y apoyó el dedo en un timbre.

La puerta se abrió y apareció la joven.

—¡Diablo! ¡Es terriblemente hermosa!

—Sí: no está mal. Puedes hablar en voz alta, Se halla dormida y sólo oye lo que yo la sugiero. Acabas de decirme que te parecía muy bonita. Pues bien: yo voy a sugerirle la idea de que te parece horriblemente fea.

—¡Oye! ¡Oye!

—Déjame; ya sabes que está dormida.

—Sí: pero no me gusta decir cosas desagradables a las mujeres.

—No importa. Ahora verás. Señorita Frieda: este caballero, la encuentra horriblemente fea.

La señorita Frieda dió automáticamente tres pasos y colocándose delante de Esteban, le propinó una sonora bofetada.

Adolfo se hechó a reir, exclamando:

—La medium es maravillosa y, además, sabe hacer justicia.

—Yo no le había sugerido tal cosa — dijo Esteban, frotándose el carrillo.

—Acaso no esté dormida — indicó el amigo.

—No lo dudes.

He aquí — prosiguió Esteban — otro experimento. Voy a obligarla a beber una copa de champagne... persuadiéndola de lo que debe es vinagre... La prueba resulta extraordinaria... Hará gestos; pero lo beberá.

El amigo hizo saltar el tapón de una botella de champaña y llenó de líquido una copa.

Esteban se la entregó a la joven, diciéndola:

—Bébala usted... es vinagre puro!

La señorita Frieda tomó la copa, y después de hacer algunos gestos de contrariedad, apuró hasta la última gota. Del mismo modo se bebió otras tres o cuatro copas de champaña.

Inmediatamente Esteban ordenó a la medium que fuese a sentarse en un sofá, pero la señorita Frieda no se movió.

—¡Qué cosa más rara! — exclamó Esteban.

—Creo que queda algo de vinagre en la botella — indicó el amigo —: tal vez espere a que se lo demos.

La medium consumió el resto del líquido, y acto contínuo fué a sentarse en el sofá.

—¿Qué te parece? — exclamó Esteban.

—Que hace todo lo que ella quiere.

—Esto no es nada todavía. Es preciso irla entrenando poco a poco. En la actualidad, estoy sugeriéndola la idea de que me ame.

—¿Y te da resultado?

—Todavía no, porque el entrenamiento no es completo.

—¿Quieres que te diga una cosa? ¡Pero no te enfadarás!...

—Habla.

—Voy a someterla a una experiencia.

Y sacando varios billetes de banco de la cartera, exclamó, dirigiéndose a la señorita Frieda:

—¿Quiere usted darme un abrazo?

La medium se levantó acercóse a Adolfo y, después de coger los billetes, le dió un abrazo murmurando:

—¡Alma generosa! Usted es el que tiene fluído bastante para sugestionar al mundo entero.

Y asiéndolo del brazo, ambos salieron de la habitación.

Esteban, entretanto exclamó tristemente:

—¡Fíese usted de la amistad, de las mujeres y del hipnotismo!

Un libro extraordinario

Por Boy

Estábamos hablando en el ferrocarril. Mi amigo me dijo:

—¡Hombre!

Y yo le repuse:

—Sí. Por fin he recibido un libro extraordinario.

—¿Extranjero?

—Nacional. Mírelo aquí. Se titula "El cofre de mis angustias". Su autor se llama Rómulo Nano Lottero. Horacio Maldonado le ha puesto prólogo.

—¿Lo ha leído todo ya?

—No. Todavía no lo he empezado.

—Y entonces, ¿por qué asegura que es un libro extraordinario?

—Porque su autor no quiere que se venda.

—¡Hombre!

—Como lo oye. El señor Nano Lottero ha colocado al final un breve epílogo en el que dice que este libro no será puesto a la venta.

—¿Y entonces?

—Lo regala.

—Eso no es extraordinario, sino asombroso.

—Asombroso sería, si el autor se lo regalara a todo el mundo; pero no se lo regala a todo el mundo, sino a aquellas personas a quienes él considera espiritualmente capacitadas para sentirlo, para comprenderlo. Vea usted cómo lo dice: "Lleno de una esencia íntima, de una intensa fibra personal en la expresión del sentimiento, podrán gustar estas prosas sólo los que alcancen a sentirlas tanto como el que las escribió". Y agrega: "Para que esto suceda en lo posible, el autor eligirá sus lectores". ¿Qué dice usted?

—Yo digo que por ahora sólo tiene usted motivos de agradecimiento, puesto que está en el grupo de elegidos.

—¡Ah, claro! Pero como aparte de un hombre que personalmente sabe corresponder a las atenciones que recibe, soy también un cronista de la actualidad que debe acotar el gesto de cada acontecimiento, me considero en el caso de afirmar que finalmente he recibido un libro extraordinario.

—Para el señor Nano Lottero, mejor sería que el fenómeno pudiera usted radicarlo en la calidad del libro.

—Todo puede suceder, puesto que aun no lo he abierto. Pero crea usted que ya es algo que a un libro se le llama extraordinario antes de haberlo leído.

—El señor Nano Lottero lo preferiría después.

—Veo que usted rinde tributo a las supersticiones de un mercado que al señor Nano Lottero le importa poco. No necesita de eso para considerarse feliz el escritor que ya tiene la fortuna de poder elegir a sus lectores. Hasta podría suceder que la prueba fracasase a lo mejor porque tuviese que llegar a la desagradable conclusión de que no los había elegido bien. Bastaría con que el obsequiado entendiese mal el libro, cosa que el autor no podría evitar regalándoselo. Al contrario. En el campo literario es en el único en que al caballo regalado se le mira el pelo. ¡Y de qué modo! La falta de sistema de seleccionar a los lectores, aparece aquí agravada por el hecho de que nunca faltará algún elegido que arroje el libro diciendo: "¡Por quién me abrá tomado este atorrante!" ¡Y vaya usted a convencerle de que el escritor no se ha equivocado! Como que, en efecto, esa es la verdad: se ha equivocado.

—Desgraciadamente para el que recibe el libro.

—Y para el que lo envía. Al fin y al cabo, el que lo recibe no tiene la culpa de que se lo manden. ¿Porqué se lo mandan?

—Me parece que se cura usted en salud.

—Mi salud ya es una pasta impermeable. Además, no sé porqué, pero lo único que presiento acerca de este librito es que alguna cosa tiene de bueno.

—Por ahora lo que tiene de malo es que no se vende.

—Eso lo tienen todos los libros que se publican en el país. De manera que eso puede ser lo malo, pero no lo extraordinario. Lo extraordinario de este librito consiste en que el autor no quiere que se venda. El fenómeno asume gran interés cuando se piensa que, si se corre por ahí la voz, esa resistencia del autor a vender su obra puede ser la causa de que se venda. El autor no podría evitarlo ni siquiera quemando la edición. Lo único que conseguiría con su obstinación sería que se vendiese a un precio inusitado.

—¿Y qué?

—¿No le parece sugestivo el precedente? Yo creo que convertirlo en instrumento de propaganda comercial, la consecuencia sería que en adelante, cada vez que un escritor se presentase a un editor con los originales de un nuevo libro, el editor le diría lo siguiente: "¿Quiere usted venderlo, o no? Esto conviene saberlo desde ahora, porque si quiere venderlo hay que poner en el libro una notita, diciendo que el autor no permite que se venda. En cambio, si lo que se propone es regalárselo a los amigos le ponemos el precio de venta. Ahora falla pocas veces". Claro está que el escritor se quedaría confuso al oir eso. "Usted delira" — le contestaría; pero el editor tendría razones para replicarle: "El que delira es usted".

Mi amigo marcó una pausa. Luego me dijo:

—Usted no delirará, pero a lo mejor resulta que resuella por la herida.

—También eso puede ser. Es una herida de dimensión colectiva, por la cual son muy pocos los escritores nuestros que no resuellan. Sólo que yo prefiero rehuir derivaciones que nos empequeñezcan la cuestión. La cuestión es que este libro del señor Nano Lottero es un libro extraordinario. Aquí lo tiene.

Se lo entregué a mi amigo, que desenfundó los lentes para leer el título. Leyó:

—"El cofre de mis angustias".

Le pregunté:

—¿Quiere usted leerlo antes?

Me contestó:

—¡Oh, no! De ninguna manera. Usted primero.

Pero como en aquel momento se acercó otro amigo, no pudimos seguir este diálogo que de repente adquiría una nueva vida con aquella ceremonia de cumplimiento.

JAPON

Aureo espejismo, sueño de opio.
¡Fuente de todos mis ideales!
¡Jardín que un raro Kaleidoskopio
Borda en mi mente con sus cristales!

Tus teogonías me han exaltado
Y amo ferviente tus glorias todas:
¡Yo soy el siervo de tu Mikado!
¡Yo soy el bonzo de tus pagodas!

Por ti mi dicha renace ahora
Y en mi alma escéptica se desparrama
Como los rayos de un sol de aurora
Sobre la nieve del Fusiyama

Tu eres el opio que narcotiza,
Y al ver que aduermes todas mis penas,
Mi sangre-roja sadertotisa—
Tus alabanzas canta en mis venas.

¡Canta! En sus cauces corre y se estrella
Mi tumultuosa sangre de Oriente,
Y ese es el canto de tu epopeya,
Mágico imperio del sol poniente.

Surgen los salmos de mis cantares
Cuando tus altas glorias celebro
Y arde en las urnas de tus altares
Fósforo ardiente de mi cerebro.

En tu arte mágico-raro edificio,
Viven los monstruos, surgen las flores,
Es el poema del Artificio
En la obertura de los colores.

Rían los blancos con risa vana,
Que al fin contemplas indiferente
Desde los cielos de tu Nirvana
A las naciones del Occidente.

Distingue mi alma cuanto en ti sueña
— Cuadro sombrío y aterrador —
La inmóvil sombra de una cigüeña
Sobre un sepulcro de emperador.

Templos grandiosos y seculares,
Y en su pesado silencio ignoto
Budhas que duermen en los altares
Entre las áureas flores del loto.

De tus princesas y tus señores
Pasa el cortejo dorado y rico,
Y en ese canto de mil colores
Es una estrofa cada abanico.

Se van abriendo, si reverbera
El sol y lanza sus tibias olas,
Los parasoles, cual Primavera
De crisantemas y de amapolas.

Amo tus ríos y tus lagunas,
Tus ciervos blancos y tus faisanes,
Y el lampo triste con que tus lunas
Bañan la cumbre de tus volcanes.

Amo tu extraña mitología,
Los raros monstruos, las claras flores
Que hay en tus biombos de seda umbría
Y en el esmalte de tus tibores.

¡Japón! Tus ritos me han exaltado
Y amo ferviente tus glorias todas:
¡Yo soy el siervo de tu Mikado!
¡Yo soy el bonzo de tus pagodas!

Y así, quisiera, mi ser que te ama,
Mi loco espíritu que a tí te adora,
Ser ese astro de viva llama
Que tierno besa y ardiente dora
La blanca nieve del Fusiyama.

JOSE JUAN TABLADA

MARGOT

Por Curro Vargas

El comedor de los de Vélez era una verdadera maravilla de pulcritud y de orden. La mesa, matemáticamente centrada en el medio de la habitación, hacía juego con el aparador y el chinero, separados por una distancia absolutamente igual a la que había entre dos cuadros de enfrente. Un reloj negro, redondo, de esfera grandísima y muy visibles números, equidistaba de los dos cuadros, siendo el ojo, la pupila vigilante y tirana de aquel hogar férreamente disciplinado. Don Pedro Vélez había sido un magnífico coronel, un fanático de las Reales Ordenanzas y del Código de Justicia militar. Cuando los años le dieron el retiro y D. Pedro no pudo seguir mandando con voz atronadora en el cuartel, tomó el mando de su mujer y de su hija y convirtió su casa en un cuarto de banderas o plaza fuerte.

En el hogar de los Vélez, sólo faltaba el cornetín de órdenes... Todo a hora fija, exacta, invariable. Silencio prolongado. Laboriosidad sin tregua. Seriedad absoluta y absoluta subordinación.

Mediaba ya la tarde. El comedorcito, donde hay tres personas en aquel momento, está tan callado que cualquiera lo creería desierto.

Margot, una gentil morena de diez y ocho años, de espléndidos cabellos como la endrina y ojos tan negros como la pena, ha bostezado lánguidamente por quinta o sexta vez...

—¡Siempre cosiendo!... Siempre escuchando el tic-tac uniforme de ese reloj maldito! — pensaba la muchacha.

Pero una mirada de su madre hízola bajar rápidamente los ojos, y entre sus dedos finos y sonrosados la aguja adquirió un movimiento rápido...

Inclinada sobre la costura, Margot reanudó aquel soliloquio *in mente*, un soliloquio que rebosaba tedio.

—¡"Bombita", duerme...; mamá cose...; papá fuma y lee el periódico!... ¡Mañana, papá leerá y fumará..., mamá coserá..., el perro dormirá... y yo seguiré siempre, siempre, metiendo y sacando la aguja en una tela fina o gruesa, blanca u obscura!... ¡Es demasiado triste esto!...

Y la linda chicuela, abismada en esas meditaciones, tiró tan fuerte del hilo, que el hilo se rompió. La inquieta mirada maternal fijóse en ella, y sin despegar los labios, doña Angustia puso un nuevo carrete sobre la falda de su hija. El tic-tac del reloj continuaba desgranando minutos y medias horas con agobiante lentitud... La aguja corría sobre la tela con un ligero crujido, y el pensamiento de Margot devoraba distancias fabulosas en las llanuras sin horizonte de la fantasía...

Un movimiento nervioso de su mano echó a rodar las tijeras, que al caer produjeron un chasquido.

Don Pedro, sin dejar el periódico, se afirmó los lentes, levantó la cabeza venerable, se acarició la perilla y, dirigiéndose a su esposa, hubo de decirle:

—¡Angustias, hay que tener cuidado con esta chica y mimarla menos!... ¡Ya ves como tiene la cabeza!... ¡A pájaros!...

La voz de D. Pedro era más severa que las palabras. Los ojos de las dos mujeres volviéronse a fijar en la costura, y las hojas del periódico sucesiva, metódica y lentamente vueltas, acompañaron con su roce, el tic-tac del reloj y el ronquido de "Bombita".

Margot no pudo reprimir otro bosteza, acompañado de un profundo suspiro.

—Mañana... mi vida... ¿será siempre así, tan igual como los siete platos que hay en el aparador?... ¿Y como las botas de reglamento que usa mi padre?... ¿Y las horas?... ¿Transcurrirán idénticas, descoloridas, como los botones del chaqué de papá?...

Por el mirador entreabierto penetraba en aquellos instantes la brisa de mayo, un beso de aromas, un soplo de aquel airecillo embalsamado por las rosas del Parque del Oeste. La mágica varita del ensueño hizo palpitar más de prisa el corazón virgen de Margot.

—¡Si Ricardo estuviese aquí!... ¿Que hará?... ¿Cómo no viene?... ¡Es pronto aún..., es muy pronto..., las cuatro nada más!...

Un ligero ruido hizo estremecerse a las mujeres, que miraron inquietas a uno y otro lado. Don Pedro tomó la palabra en el acto.

—¡Pues señor — exclamó, —, la verdad es que resulta un poco difícil tener tranquilidad en esta casa!—...

Y dirigiéndose esta vez a su hija, añadió:

—¡Ese estrépito, habrá sido, como de costumbre, obra tuya! Una señorita debe ser más seria, más equilibrada, habituándose a una correcta disciplina en sus movimientos y en todo. ¿Lo tendré que repetir otra vez?...

Y don Pedro, doblando solemnemente el periódico y guardando los lentes en su estuche, pidió a doña Angustias el sombrero; guardó la pipa que usaba hacía treinta años; dejó caer sobre Margot una mirada de descontento, arqueando las cejas un poco más que de costumbre, e hizo mutis por el pasillo. A los pocos segundos la puerta de calle se cerraba y unos pasos medidos y lentos resonaban en la escalera...

—¡Por fin! — suspiró Margot abandonando la costura y sentándose infantilmente en un taburetito a los pies de su madre.

Doña Angustias recibió una tempestad de besos y de mimos.

—¡Bien..., bien...; pero sé formal, hijita! — decía la buena madre devolviendo de besos y de abrazas.

—¡No te pongas seria!... ¡No quiero verte seria, mamá!... ¡Deja respirar a tu Margot!... Piensa que soy joven...; todo lo que es joven juega, ríe corre, se divierte! ¡Sólo es Margot la que vive como si fuese la abuela de Matusalén!...

Doña Angustias, sonriendo, puso sus manos sobre los hombros de su hija y no pudo contener un suspiro.

—¿Por qué suspiras, mamíta?... ¡Tu Margot no es mala! ¿Verdad que no?... ¿Es que para ser buena hay que ser una muñeca del bazar?... ¡Anda, dímelo! ¡Yo quisiera, queriéndote mucho, mucho, saltar, reir, vivir otra vida!...

—¡Abandonarnos! — murmuró la madre con doloroso acento.

Y entre las dos mujeres se hizo una pausa, un silencio meditabundo y triste. Sí; "vivir otra vida" era dejar aquella casa, aquel reloj, aquella costura, aquellas cuatro paredes; ver otro mundo, otro mundo sin el ordenancismo de don Pedro y la tiranía de la aguja... Y de llevar a Margot lejos de aquella casa que a ella se le antojaba presidio del espíritu y calabozo de la alegría hubo de encargarse Ricardo, un buen muchacho, trabajador, de una familia honorabilísima, en estrechas relaciones de amistad con los de Vélez. Ricardo era un espíritu sin complejidades, uno de esos hombres que representaban una cifra social.

Sencillo y enciclopédicamente culto, Ricardo sabía lo preciso para codearse con los ignorantes, y verdaderamente cultos, no haciendo mal papel.

La fórmula, un poco prosaica y vulgarota de sus ideales, o que él apellidaba de ese modo, era ésta: ganar dinero, tener una fortuna el día de mañana y una vejez apacible con ese dinero. Y su ideal iba ciertamente en camino de realización. Representante de algunas casas de automóviles extranjeras, había logrado excelentes beneficios, y merced a un continuo viajeteo, una documentación cosmopolita muy a flor de piel, pero muy a propósito para alternar con un cierto aire de hombre vivido.

Casarse con Ricardo era, pues, para Margot casarse con el "príncipe sin nombre" que se pasea donjuanesmo en los imaginativos soliloquios de muchas virgencitas casaderas... Y se casaron, pese a las protestas del coronel, que en esta ocasión, echó de menos, más que nunca el Código de Justicia militar...

Los novios habían emprendido un viaje por Europa. Las primeras cartas de Margot eran himnos cálidos a la felicidad. ¡Todo era hermoso y fascinante para ella! Ricardo era un modelo de maridos, un angel y un Apolo en una pieza. "¡El matrimonio es un edén!'", decía Margot.

Y doña Angustias, al leer las cartas, sonreía, mientras don Pedro limitábase a hacer un áspero comentario:

—¡Esa chica no dice más que tonterías!... ¡Sigue tan "indisciplinada" como siempre!...

Don Pedro murió al año de efectuada la boda de su hija.

Ricardo y Margot estaban por aquel entonces en Bruselas.

¡La viudedad !He ahí todos los recursos que le quedaron a doña Angustias. Reduciéndose, suprimiendo gastos, consiguió quedarse en la misma casa en que vivían hacía diez años. Y un día...

Margot sorprendió a su madre con una carta llena de lamentaciones. ¡Aquella vida no era vida! ¡Qué trajín! ¡Qué fatigoso desfile de cosas diferentes, que, después de todo, se parecían mucho! ¡Hoteles, ferrocarriles, teatros, ciudades!... ¡Qué barahunda tan molesta! ¡Qué aburrimiento de... no aburrirse!... Además, Ricardo no era el Ricardo de antes..., el modelo... A Ricardo le acometía el mal humor algunas veces; no sonreía a todas horas; ponía apestosos los cuartos por fumar demasiado; quería mandar "casi" como el difunto coronel... ¡Un horror!

Cierto anochecido, doña Angustias se hallaba sola en el comedor. Llamaron a la puerta.

—¿Dónde estás?... ¿Dónde estás, mamita?... ¡Mamita!

—¡Aquí, hija de mi alma!...

Fué un abrazo tierno y larguísimo.

—¡Ay, mamá. qué bien me encuentro !¡Qué paraíso es esta casa!... ¡Aquí me quedo, mamá!... ¡Aquí me quedo para siempre!...

Ricardo interrumpió.

—¡Para siempre, no; para una temporada larga.

Margot dió otro abrazo a su madre.

Y cuando doña Angustias quedóse a solas con su hija le dijo, estrechándola contra su corazón:

—¡Hijita, bien venida seas! ¡Dios ha querido oírme cuando le pedía que me devolviese a mi Margot, a mi niñita buena y tan querida... ¡La felicidad o la desgracia nos la creamos nosotros mismos, no lo dudes!... ¡Es preciso saber formarse cada uno la vida, "su" vida, y esta "ciencia" es la que desde hoy vamos a estudiar juntas!... ¿No te parece?...

Y Margot, abrazándose al cuello de su madre, la besaba mucho, besando también con la mirada aquellos muebles, aquellos cuadros ¡y hasta la esfera de aquel reloj que ella tenía en otros tiempos por el más odioso de los verdugos!...

MÁXIMA

El verdadero medio de no estar sujeto a la turbación es considerar las cosas que son de nuestro gusto o de nuestra utilidad, o aquellas que amamos, como ellas son en sí mismas. Hase de comenzar el examen por las que importan menos. Por ejemplos cuando manejas una olla de barro, piensa que es una olla de tierra la que manejas, y que puede quebrarse fácilmente. Porque, habiendo hecho esta reflexión, si acaso se quebrare no te causará alteración. Asimismo, si amas a tu hijo o a tu mujer, acuérdate que es mortal lo que amas, y por este medio te librarás del impensado sobresalto cuando la muerte te los arrebate.

Epitecto.

La eterna lucha contra el microbio

Constantemente va descifrando la ciencia el misterio del hombre y de su mecanismo interno, pero a la par hace importantes progresos en el conocimiento de su mortal enemigo el microbio de las enfermedades.

A medida que el hombre ha ido evolucionando, se fué encontrando con nuevos gérmenes nocivos, que le enfermaban y acaban por matarle.

No hace mucho tiempo que la ciencia descubrió el bacilo botulinos, un microbio que resulta de comer carne y pescados podridos.

Este gérmen es tan mortífero, que una sola gota de toxinas obtenidas de él, sería suficiente para matar a todos los hombres del mundo. Cuanto más complicado se hace el organismo humano, más variadas clases de bacterias le atacan, lo mismo que el moderno automóvil tiene más motivos de desarreglarse que una carretilla de mano.

Estos diferentes invasores emplean diferentes tácticas de ataque, y la lucha consiste en encontrar medios para anularlos.

El contraataque más efectivo, quizá sea la fiebre que no es una cosa tan mala como muchos creen para que sea necesario que el médico acuda al momento para cortarla, sino que es una estratagema del organismo humano para destruir ejércitos de gérmenes.

Estos gérmenes viven en nuestro cuerpo a sus anchas, bien hospedados, hasta que un día se enfadan y pagan con sus ataques mortíferos la hospitalidad que les ofreció su bienhechor.

En cierto estado de un ser pequeñísimo, llamado el equinodermo, el microscopio revela unas pocas células que van de un lado para otro, como el policía en sus paseos, sin hacer nada, al parecer. Pero si se le inyecta una materia extraña, las células se acercan a él. Si la materia inoculada no es suficientemente grande, las primeras células que llegan a él lo devora.. Si el ser es muy grande para ser devorado por una sola célula, varias le rodean aprisionándolo, no permitiendo que otras se acerquen para comérselo.

En los gusanos y crustáceos, estas células errantes, se han convertido en primitivos leucocitos, parecido a los corpúsculos blancos de la sangre del hombre.

Los primitivos leucocitos han aprendido a perseguir y devorar a los microbios.

En una herida la salida de la sangre afluye y arrastra consigo las inmundicias y los pimeros microbios que encuentran a su paso.

Los gérmenes nocivos tratan de ahondar las heridas y reproducirse allí, pero pronto acude un ejército de leucocitos que le hace frente.

En el equinodermo tiene que ir hasta el campo de batalla, pero en el hombre son transportados rápidamente por ese ferrocarril interno que tenemos dentro del cuerpo y que se llama aparato circulatorio.

Además el cuerpo humano dispone de fábricas y laboratorios que fabrican lo que podíamos llamar antivenenos, que debilitan a los microbios, retardan su multiplicación y hacen que los leucocitos puedan alcanzar la victoria con gran facilidad.

Algunos invasores, como el bacilo de la tuberculosis, se cubren con



ELLA. — ¡Hombre, con ese vestido cualquiera tiene buen cuerpo!

envolturas impermeables, que como las máscaras contra los gases, les protegen del enemigo.

En algunas partes de nuestro cuerpo, como por ejemplo en la córnea del ojo, la Naturaleza no ha puesto vasos sangíneos para que no dificulten el órgano de la visión. Por consiguiente, esta parte del cuerpo tiene que arreglársela con los elementos que prestan los órganos vecinos.

Todos sabemos que basta media hora para que cualquier parte del cuerpo se inflame, en cambio para que se produzca la inflamación en la córnea del ojo, hacen falta veinticuatro horas.

Como los soldados que defienden nuestro cuerpo se comen a los enemigos que los atacan, es necesario que éstos no tengan un mal gusto que repugne, porque como podemos figurarnos, algunos de estos bacilos se ha procurado un gusto incapaz de agradar a ningún paladar y los leucocitos no quieren atacarles. Entonces, nuestros internos laboratorios preparan las "opsoninas", una especie de salsa apetitosa y bien condimentada, que hace desaparecer el mal sabor del microbio, y el leucocito se lo come tan a gusto.

El proceso vital crea calor constantemente y si la sangre no calentase todo el cuerpo hasta en su superficie, pronto moriríamos.

En casos de fiebre, el sistema nos da alta temperatura y mientras ésta va subiendo los vasos sanguíneos se encogen, reduciendo la radiación del calor, poniéndonos pálidos, aunque intensamente sintamos mucho calor. Los nervios de la piel, privados de su dosis ordinaria de sangre, avisan al cerebro para decirle que tienen frío y nosotros tiritamos con escalofríos para producir más calor.

Cuando la fiebre ha alcanzado el punto que el cuerpo desea, la piel se colorea fuertemente y el sudor se produce para conservar el calor interior dentro de sus límites. Tan pronto como la infección que ha causado la fiebre ha desaparecido, la calentura desaparece ella sola.

Mucha gente se maravilla de que haya tantísima variedad de microbios que ataquen al hombre.

La piel y sobre todo las mucosas, tanto internas como externas del cuerpo, están plagadas de innumerabes variedades de microbios. Estos parásitos, viven de nuestras secreciones y por lo general no nos causan daño alguno. Son como esos vagabundos que se sientan a las puertas de las casas, que nada piden, sino que se contentan con los que les queremos dar buenamente, pero si nos descuidamos y les dejamos entrar ya no se contentarán con lo que se les dé.

Estos gérmenes igualmente no necesitan sino que se deje la puerta abierta: una heridita, una inflamación, para meterse dentro de nuestro organismo y empezar a hacer de las suyas.

Una de las grandes ventajas de estos gérmenes nocivos, es su extremada pequeñez, pues muchos no son visibles ni al miscrocopio. Sobre la punta de una aguja, millones de estos seres podrían celebrar un baile sin que las parejas se tropezasen unas con otras.

Los microbios que prefieren vivir en el cuerpo de ciertos insectos, como los mosquitos y los piojos, tienen grandes facultades para introducirse en el cuerpo humano y destrozarlo.

Cuando el ejército del crimen ha sido destruido por los microbios defensores del hombre, la Naturaleza se hace el propósito de defenderse en lo suceivo de otros enemigos iguales a los que ha vencido y para ello da a la sangre una buena cantidad de anticorpúsculos que hagan inmune al cuerpo contra determinada clase de enemigos.

BEETHOVEN

Por Oreste Ciattino

En conmemoración, en homenaje a este máximo entre los genios musicales, revistas y periódicos, publican artículos, monografías, ensayos y resúmenes.

Poco de nuevo, nada de mal, como en toda conmemoración de grandes, acerca de los cuales escribiéronse enteras bibliotecas.

Por lo que se refiere a este limpidísimo y supremo genio de la música, los más selectos espíritus contemporáneos dedicáronle páginas esquisitas. Víctor Hugo, Wagner, Tolstoy, Maupassant, Romain Rolland, d'Annunzio escribieron sobre la figura inmensa del autor de la Novena sinfonía, que Berliez dijo ser "el punto culminante de la música moderna".

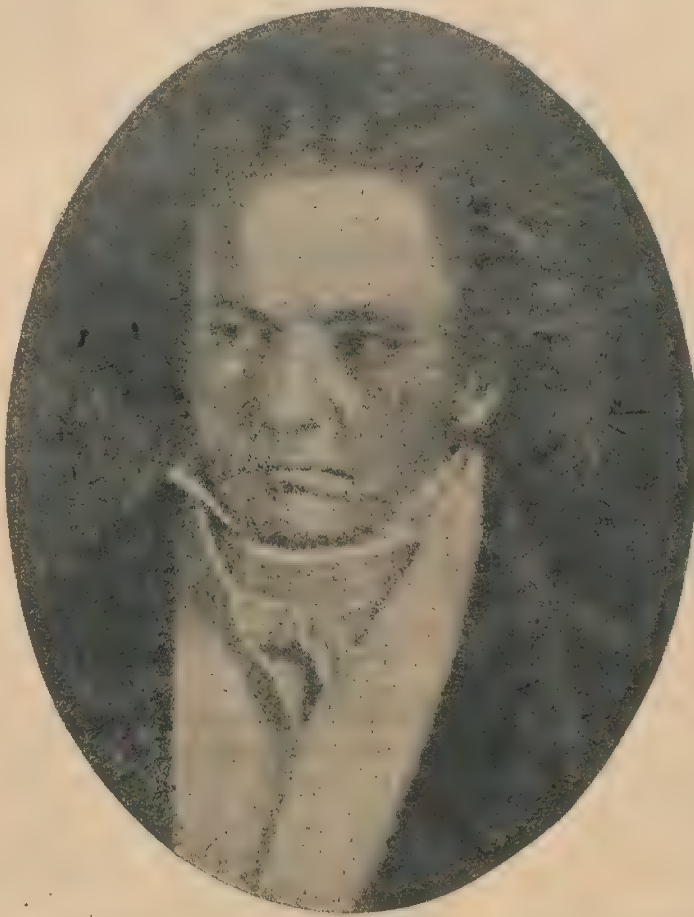
En el arte de Beethoven prorrumpe gallarda la lucha titánica de un alma con el destino, de un alma en que las adversidades, lejos de oprimir, dan nuevas fuerzas, de un alma que de un mismo desgarrador dolor, sabe traer el heroísmo de animar e infundir coraje a los hombres aflijidos.

Si cada forma de arte nace de una especial emoción estética que el hombre prueba y luego se esfuerza en reproducir, tanto que para excitar su propia sensibilidad, el artista plástico o literario se dirige hacia objetos representados por los sentidos o por la inteligencia, el músico creador, en cambio, pide la chispa inspiradora, tan sólo a los misterios de su psiquis.

Para Beethoven, las armonías, sus armonías no cantaban más que en su alma. He ahí el triunfo, el milagro del idealismo y no sé cuál otro arte, pueda pretender competir con la música, este maravilloso privilegio, de despejarse del signo sensible que le es propio, en forma de existir en el espíritu y por el espíritu.

Un soberbio himno a la música de Beethoven, de este magno di[...]no", según la expresión de Wagner, ha elevado Víctor Hugo:" Beethoven — dijo el poeta francés — es una paloma que siente el infinito. Inclinado sobre la sombra clarovidente y mística de la música, escuchando la armonía de las esferas, Beethoven ha marcado el canto de los cielos. El es un ejemplar portentoso de la potencia del alma. Esta música es un rayo de palomas. ¿Ha sido creada por el cuerpo? No: es su alma que crea la música por sí misma. ¿Habéis visto la floresta oscura con las ramas gigantescas en los que la noche se agarra como un gavilán en su nido? La sinfonía de Beethoven tiene de estas profundidades asombrosas, y si un ruiseñor se pusiera a escuchar, creería sentir el canto de un compañero. Pero el ruiseñor equivocaría. Aquel canto supera al propio. Este sólo está en la oscuridad; Beethoven está en el misterio".

En la gigantesca personalidad del genio de Bonn, son características, además de las peculiares cualidades del artista, la que puede llamarse "llama moral" que encendió en el gran músico luces espirituales, y que le hicieron anteponer el culto de la conciencia a toda otra necesidad, y el "hábito de la bondad" que lo acompañó hasta su muerte.



L[...] Van Beethoven, genial músico alemán y uno de los más grandes compositores que registra la historia de todos los pueblos y todas las épocas. Nació en Bonn (Prusia) el 17 de Diciembre de 1770 y murió en Viena el 26 de Marzo de 1827. Con motivo del primer centenario de su fallecimiento, cumplido el sábado de la semana anterior, ha sido honrada su memoria en todos los pueblos civilizados.

Toda su vida ha sido una ascensión de gloria y un calvario de dolor, por cuanto, en la flor de la edad alcanzóle la más cruel de las enfermedades, la sordera, y probó la perfidia humana bajo todas sus formas, y si bien derrocha amor en todas las cosas, en todo momento, no halló nunca una persona que le tuviera un poco de afecto, que le donase, por una hora siquiera, la divina sensación de sentirse amado ;de ahí que él conociera la angustia mortal y el júbilo que está sobre el dolor, la oscuridad del abismo y la luz blanca de las cumbres.

Beethoven es un panteista en el sentido más amplio del término. Cuando él habla de Dios, se dirige efectivamente hacia una consideración panteística del Universo: Dios para Beethoven es el Amor, como resulta de múltiples trozos de sus cartas. Pero, a su vez, el contenido esencial del "amor" es la "bondad". La bondad en el pensamiento y en el sentimiento de Beethoven es la percepción del infinito y de lo eterno.

Ella es el signo y la prueba que el hombre bueno, aun en su forma individual. transeunte, palpita euritmicamente con lo eterno, del cual él viene y hacia el cual, fatalmente vuelve.

El hombre bueno, es tal en cuanto la materia de que está constituída su forma individual está compuesta de la misma indefinida materia de la que consiste el Universo La bondad es el simple modo de ser de esta materia. Al contrario, la maldad deriva de una especie de degeneración, anomalía en virtud de la cual el malvado está construído de una materia "diferente".

Para Beethoven, la bondad es sobre todo, armonía, equilibrio, sistema y la maldad, desarmonía, desequilibrio y tiniebla de la conciencia.

Beethoven ha sido una de las más profundas expresiones espirituales de aquel siglo XIX que, como ningún otro, fué ávido de luz y sediento de las supremas justicias que presintió los supremos alcances del progreso, y produjo a su terminación amplias catástrofes, excitaciones y odios, [...]llaciones de valores morales. Precisamente, por esto, los que no han extraviado la fe en la ascensión de la humanidad, en zonas de más grande amor y de verdadera fraternidad recuerdan con el ánimo grato, al genio de Bonn en el primer centenario de su muerte.

Beethoven queda como un seguro faro espiritual. No podría ser de otra forma, quien, como él, tuvo por Dios al amor y por religión a la humanidad.

Nuestro pensamiento se inclina aquí con sincera reverencia y con profunda conmoción; pues ante la soberbia figura de hombres como Beethoven, nosotros sentimos que no todo es egoismo, no todo es bajeza, mercantilismo, chalaneo, sino que aun existen y se imponen las ideales virtudes de la bondad y de la fraternidad humana.

El camino solitario

¿Dónde podría descubrir Beethoven esa raza de hombres, a los que hubiera deseado tender sus manos por encima de las movedizas olas de la música? ¿Dónde encontrar esos hermanos, cuyo corazón debía ser tan grande que pudiese verter en él el soberano torrente de su armonía? ¿Dónde hallar esas criaturas humanas cuyos cuerpos debían ser de unas proporciones tan bellas y estar nutridos de tan fuerte savia que pudiesen soportar sus ritmos melodiosos sin desfigurarlos ni menospreciarlos? ...

¡Ah! ¡En ninguna parte! ¡De ningún lado llegó en su ayuda el Prometeo fraternal que hubiera podido mostrarle aquellos hombres! El sólo debía ponerse en camino para ser el primero en descubrir el país de los hombres del porvenir.

RICARDO WAGNER

Curiosidades

Cerca del 98 por 100 de los habitantes de China son analfabetos.

* * *

Se asegura que el monte Hércules de Papua (Nueva Guinea), es el más alto del mundo, pues alcanza una altura de nueve mil novecientos noventa y nueve metros. El monte Everest o Gaurisankar (Himalaya), que hasta ahora se creía que era el más alto, sólo tiene ocho mil ochocientos ochenta y nueve metros de altura.

* * *

Ciento cincuenta gramos de leche de vaca equivalen, en fuerza nutriva, a un huevo de gallina o a cincuenta gramos de carne.

* * *

Un hombre alto y delgado requiere más alimento que un hombre bajo y gordo, aunque los dos sean del mismo peso. Lo afirma un médico japonés basándose en la teoría de que la cantidad de alimento que el cuerpo necesita no depende de su peso, sino del área total.

* * *

El azúcar es el único producto que se vende al consumidor en estado de completa pureza química.

* * *

La ciencia de las impresiones de la mano como medio de identificación, tuvo sus comienzos en China, donde, desde mucho tiempo atrás, se pintaba la mano del postulante a su pasaporte, y se le hacía imprimir las líneas palmares sobre un papel.

* * *

Los huesos de un reptil prehistórico hallados en el territorio de Tangayika (Africa), tienen un tamaño tan grande que fué necesario emplear diez y seis hombres para levantar uno de ellos.

* * *

En Egipto se han descubierto libros y cuadros que describen la primera batalla naval conocida en la historia. La batalla fué entre los entonces incivilizados griegos y los cultos egipcios. Resultaron victoriosos los griegos.

* * *

Existe diferencia entre los que pesan los objetos en el Polo y en el Ecuador. Un kilo, en el Polo, pesa 996.5 gramos en el Ecuador, cuando se pesa con una balanza de resorte.

* * *

Toda el agua del mar contiene oro, pero en cantidades tan pequeñas que todavía no se ha descubierto ningún procedimiento para aprovecharlo.

* * *

En Groenlandia, debido a la atmósfera seca y fría, no se conoce una sola enfermedad infecciosa.

* * *

Por medio de un aparato especial se ha logrado hacer visibles las ondas portadoras de los despachos telegráficos y telefónicos en las comunicaciones inalámbricas.

Se han realizado pruebas entre el Laboratorio Naval de Investigaciones y la Institución Carnegie, de Wáshington, con resultado completamente satisfactorio.

* * *

A los animales tropicales del Jardín Zoológico de Londres, se les aplicó el pasado invierno los rayos de sol por medio de los rayos ultravioletas.

* * *

Los monos de Pattani, una provincia del sur de Siam, están amaestrados para subirse a los cocoteros y lanzar cocos a sus dueños.

Se ha observado que el murciélago no puede emprender el vuelo desde una superficie perfectamente lisa.

* * *

Entre los indígenas del Tibet es costumbre, cuando se tienen invitados, atarse la lengua como prueba de respeto.

* * *

La lluvia diaria de la tierra se eleva a cerca de 16 millones de toneladas por segundo.

* * *

Suecia no ha tenido ninguna guerra desde el año 1809.

* * *

Entre las clases de árboles de vida más larga, figuran el olivo y el sauce, ambos siempre verdes; la edad máxima del primero es de dos mil años, y del segundo, dos mil quinientos.

* * *

En proporción a su peso, el ala de un pájaro es veinte veces más fuerte que el brazo de un hombre.

* * *

A principios del siglo XIX se calculaba en setecientos millones la población de todo el mundo. Actualmente es de mil seiscientos sesenta y nueve millones; ha duplicado en unos ciento veinte años. A este paso...

* * *

En un cementerio norteamericano, había hace años una lápida que decía: "Aquí yace Jhon Emerson, el mejor sombrerero del Estado de Ohío. Sus herederos siguen al frente de la fábrica".

El baile de la media Cuaresma



Con gran entusiasmo y mayor lucimiento, llevóse a cabo en el teatro Coliseo, el anunciado baile de la media Cuaresma, organizado por la comisión del corso oficial, bajo los auspicios de la municipalidad. El intendente municipal, doctor Carlos M. Noel, acompañado por los miembros de la comisión organizadora, ocupando el palco oficial durante la realización de la brillante fiesta.



El jefe de nuestra Comuna, a punto de condenarse entre dos irresistibles diablillos terrenales.



Un detalle de la fiesta, cuya acertada organización determinó un completo éxito.





Dos grupos de bataclanas de los escenarios porteños, que llamaron la atención de la concurrencia.

LAS REGATAS EFECTUADAS EN EL TIGRE



Un grupo de señoritas pertenecientes al Club Hispano - Argentino, presenciando el desarrollo de las pruebas.



Héctor Scandone, del Canotieri Italiani, ganador de la tercer regata.



Pedro Datos, Alejandro R. T. Bell, Alberto F. Simons, "stroke" Ernesto Black y timonel Manuel A. Mattos del Buenos Aires Rowing Club, que obtuvieron el triunfo en la segunda prueba.

Inauguración de la iglesia de Santa Ana



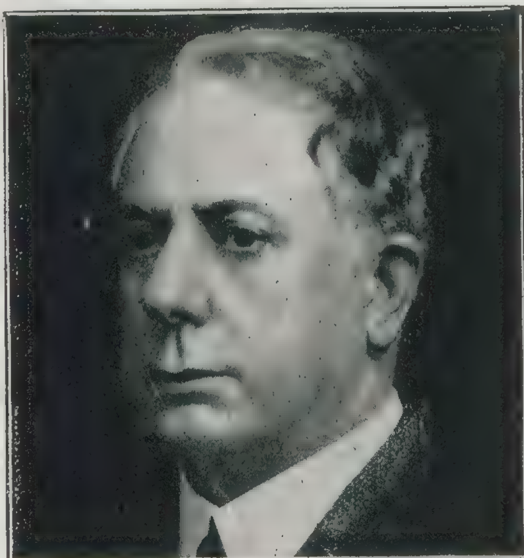
El arzobispo de Buenos Aires, monseñor Bottaro, durante el lunch servido con motivo de la inauguración de la nueva iglesia parroquial de Santa Ana, en Villa del Parque.

La explosión ocurrida en Vélez Sarsfield



Un detalle del estado en que quedó la casa de la calle Bacacay esquina Concordia, después de la terrible explosión, en cuya catástrofe perecieron ocho personas.

Bibliografía



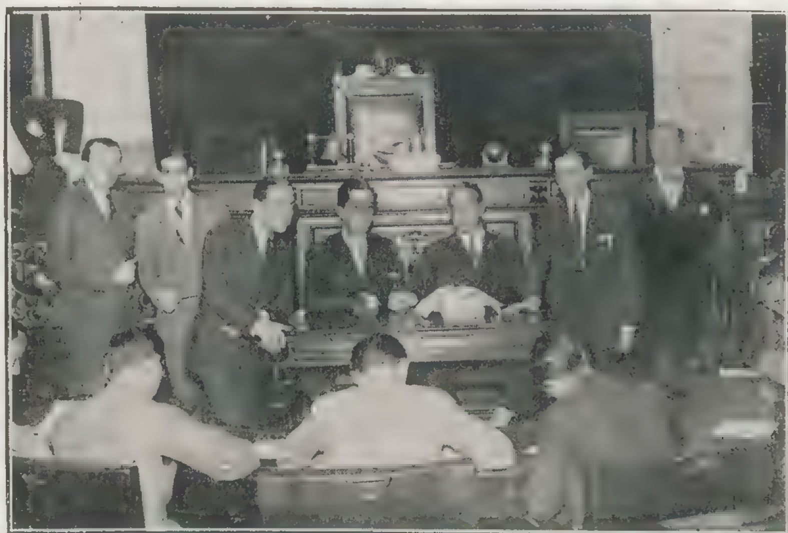
Doctor José Bianco, autor del libro "Don Bernardo de Irigoyen. Estadista y pioneer. (1822 - 1906)", recientemente aparecido.

Fiesta familiar



Celebrando el cumpleaños de la señora Pierina M. de Oneto, se realizó, en su quinta de Villa Progreso, una animada fiesta. — Vista parcial de la concurrencia.

Concurso de taquígrafos en el Senado Nacional





Con objeto de llenar la vacante de taquígrafo que existe en la Cámara de Senadores, realizóse en el recinto de dicho cuerpo legislativo, el concurso convocado para elegir el aspirante que debe ocupar dicho puesto. A la izquierda: la mesa del jurado examinador. A la derecha: vista parcial de los concurrentes, entre los que por primera vez, se nota la presencia del elemento femenino.

Ecos del carnaval en el interior de' país



LOMAS DE ZAMORA. — Señoritas Rafaela de Walker y Margot y Rosa Hidalgo que obtuvieron los tres primeros premios en el concurso de disfraces organizado durante las fiestas de carnaval y llevado a efecto en el Teatro Español.



ADROGUE. — Grupo de niños que tomaron parte en el concurso de máscaras infantiles realizado en el Hotel "La Delicia".



CORDOBA. — Señoras y señoritas que integraron la comision organizadora del corso de Alta Cordoba, reunidas en la casa del señor Alfredo Perez Peralta.

Teatros



Eva Franco, primera actriz de la compañía nacional que actúa en el Teatro de la Comedia

De Santa Rosa (Pampa)



Cabecera de la mesa en el gran banquete con que se festejó la proeza realizada por el aviador De Pinedo. Asistieron al acto el gobernador del Territorio, los jueces doctores Jaramillo y Pérez, otras autoridades y numerosos miembros de la colectividades extranjeras

Fots. Quiroga.



MARPLATENSES


Señor José Durand (hijo), doctora Clelia M. de Durand y señorita Aida Montesano.


Señora Ana Victoria Figueroa.


Doctor P. A. Tesone y señorita Delia S. Capurro


Señor Agustín Marsano con su esposa e hijo y señor Alfredo Roccatagliatta


Señorita María Estrella Gutiérrez y Lía Cimaglia y señor Fermín Estrella Gutiérrez


Señorita Carmen Canals y señores Esteban Balbi y Manuel Canals Serra


Señoritas Marta y Lía Panelo Morillo.


Señoritas Trini Palacios, Celina Arozena, Lila y Elvira Sáenz y Elsa Goñi.


Señorita Silvia Ibáñez Bustos.


Señores E. Noguera y G. Kraft (hijo)




Señorita Carmencita Clerice




Señores Jerónimo Goadito y Francisco Lainati.

Fots. IRIS y BIXIO.

Los más bellos lugares
: del turismo europeo :

Coire, capital del cantón de Grisons, cabeza de línea de los ferrocarriles Reticos es una de las más renombradas regiones de Suiza, por sus conocidas estaciones climatológicas de Davos y Arosa y el famoso St. Moritz con sus deportes de invierno. El trayecto de dichos ferrocarriles es sumamente pintoresco, pues durante el recorrido de Coire a St. Moritz el turista no se cansa de admirar las bellezas, de la naturaleza y las audaces obras de ingeniería. — Vista parcial de Coire.

L. V. DE BOCCARD.





Un detalle del parque nacional suizo, situado en el valle de Engadina.



Bellísimo paisaje en las cercanías de la conocida estación de deportes de Arosa.



Típica construcción de madera utilizada como estación del ferrocarril de Coire a Arosa. Fots. L. V. de Boccard



Pintoresca escena de la vendimia en Malans, donde las muchachas, con sus característicos trajes locales cooperan en estos trabajos.



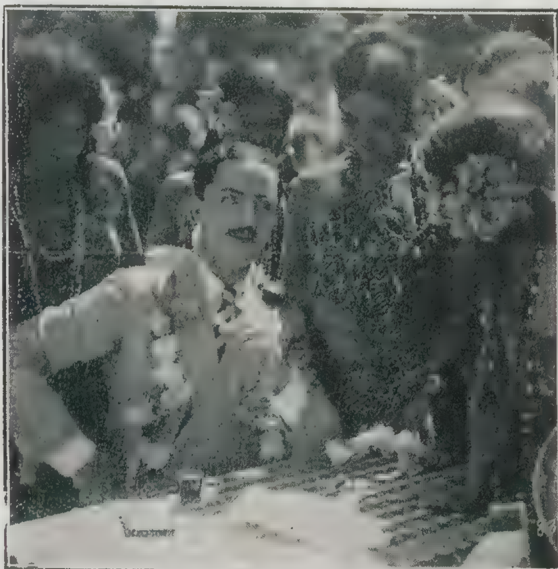
Actualidades cinematográficas







Tres escenas de la notable producción U. C. I. ''Cyrano de Bergerac'', que, con carácter extraordinario, estrenará el 5 de abril la New York Film, inaugurando la temporada cinematográfica. Son intérpretes de la obra de Rostand: Pierre Magnier, Linda Malva, Angelo Ferrari. La cinta, — que es en colores —ha sido dirigida por Augusto Genina.



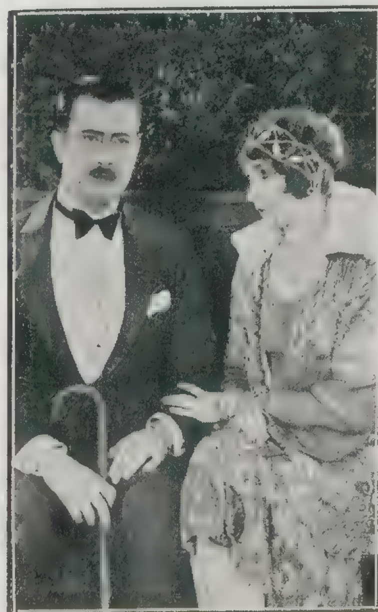
William Powell que con Gilda Grey son protagonistas de ''Aloma la hija del mar'', que la Paramount estrenará mañana.



Tom Mix en ''El oro sin dueño'', que la Fox estrenará el jueves proximo.



Escena de ''Mi esposa oficial'', cinedrama Ajuria, interpretado por Irene Rich, Conway Tearle, Stuart Holmes, que la General estrenara el viernes próximo.



Escena de ''El infierno del Oro'', que interpretan Pat O'Malley, Mae Bush, June Winton, y que la Universal estrenará el jueves.





Margueritte de la Motte y Rod La Roque en ''Dados rojos'', que Glucksmann exhibe desde el domingo último.



De Villavicencio



Señor Pedro Cantón y señora





Familia de Teisseire.



Señora de Viotti y su hijita





Señora Celina C. de Roldán



Señora Emma Díaz de Baez y su hijita Trini.



Señoritas Inés Grosso y Margarita Nogués



Ellas...



Ellos...



Señora Ana Pattone y su hija Cholita



Señor Calixto N. Bardou y familia



Señor J. Waisman y señora.



Señor P. N. Rosas, señorita Adela Funes de Rosas y nena Beatriz Blanquita de la Reta.





El doctor Morsaline y señores Gómez y Pattone con sus familias.

Fots. Capra.

INFORMACIÓN GRÁFICA DEL INTERIOR



RUFINO. —Grupo de concurrentes al baile realizado en los salones del Club Belgrano



Durante el banquete efectuado en honor de los señores J. Neville y G. Hanman, altos empleados del Ferrocarril Pacífico.



Enlace de la señorita Amelia Bertoneri con el señor José Bulgheroni



Señorita Rosa Squadrone que recientemente contrajo enlace con el señor Ernesto Vacari.



NEUQUEN. — Demostración ofrecida al juez letrado del Territorio doctor Eduardo Ortiz, en Huahum (San Martín de los Andes)



MENDOZA. — El gobernador doctor Orfila y otros altos funcionarios, recibiendo en la estación del F.C.P. los restos del señor M. Molina, procedentes de Buenos Aires.



El intendente municipal de Mendoza señor Manuel Molina, fallecido en la capital federal.



SAN FERNANDO. — La familia de Gorlero Pizarro partiendo en excursión al Delta.





POTRERILLOS (Mendoza). — Las señoras de Mattauschek y de Rusconi y el señor Herbert Masttauschek, durante un paseo campestre realizado a Potrerillos.

Cómo amaba Mercedes

Por José Victorino Lastarria

Al entrar a la estancia, Alejo respiró, ensanchando sus pulmones con aquel ambiente embalsamado que se respira en el hogar de una mujer bonita y elegante. Se apretó los ojos, casi los enjugó, volvió en sí, y no viendo a nadie se apoyó en el sillón de Mercedes. Levantó un pañuelo que había caído, lo acercó dulcemente a sus labios, respiró su aroma y quedó extasiado. El pañuelo se le desprendió y volvió a caer en el momento de aparecer Mercedes, radiante y llena de contento, en la puerta de su dormitorio, saludándole con toda la expansión de una mujer que comprende que es adorada.

—¡Qué mal cumple usted! — dijo Mercedes tomando su asiento y señalando otro a Alejo. — ¿Ahora no más se acuerda usted de que me prometió ser mi lector?

—No he tenido tiempo — murmuró Alejo avergonzado.

—¡Hola! ¿Le falta a usted el tiempo para mí? Y de noche, ¿qué hace usted?

—Señorita — dijo Alejo con viveza, — no sé disimular, no soy para rodeos. No he venido de...

—De cortedad — acabó Mercedes.

—Algo más: de vergüenza, de miedo tal vez.

—¡Miedo! ¿A qué, a quién? — preguntó Mercedes un poco sobrecogida.

—No lo sé. Es lo cierto que no deseo otra cosa que venir aquí y, sin embargo, no puedo. Hay algo que no me explico y que corta a cada instante mi determinación.

—¡La falta de costumbre! Es que todavía no sabe usted visitar, no sabe usted tener amistades — exclamó riéndose Mercedes; pero, observando que Alejo se avergonzaba, agregó: — ¿Quiere usted que yo sea su maestra? Venga aquí como a su casa, y le aseguro que en muy breve tiempo se acostumbrará usted al trato de señoras. Yo no soy de sociedad, no tengo mundo; pero al fin soy diferente de sus condiscípulos; únicas personas a quien usted trata; quizás, quizás podré acertar a iniciar a usted en el trato de las damas. Sería una dicha para mí que usted más adelante, cuando sea un joven notable en los estrados, se acordase de que una pobre ermitaña como yo, le dió las primeras lecciones.

Esto, dicho con candor y amabilidad, cayó sobre el espíritu de Alejo como el riego en una flor marchita a las horas en que el sol se pone. Su cabeza se irguió, se estremeció de vida y de placer, sus ojos se purificaron, y su voz sus palabras brotaron entonces seguras y sonoras.

Alejo tuvo confianza. Replicó a las ofertas de Mercedes con gracia y desenvoltura; pero calló, quedó meditabundo y serio. Una idea le había asaltado. "¿Puedo yo ofender a un mujer tan noble, tan buena, tan afectuosa conmigo, siendo esta mujer la esposa de otro?"

—¿Que tiene usted? — le dijo Mercedes; — parece que piensa usted en la ruina del mundo.

—Tal vez pienso en lo que lo arruina — replicó Alejo.

—¿En el odio, en las venganzas, en los crímenes de ambición, de la codicia, de la gratitud?

—¡En los de la traición! — agregó con énfasis el estudiante, y Mercedes palideció.

—¿Cuándo se hace traición — exclamó Mercedes serenándose.

—Cuando se falta a la fe jurada, cuando se promete para no cumplir, cuando se finge para engañar — contestó Alejo.

—¿Y si jura usted o promete sin saber lo que hace, por obedecer?

—Yo distinguiría. Cuando se jura o promete sin saber lo que se hace, yo absolvería la falta. Pero cuando se jura o promete por obedecer, porque obedeciendo sacamos algún provecho, entonces queda ligada nuestra voluntad y no podemos faltar sin hacer traición.

—¡Qué severo es usted, Alejo!

—Más, yo he salido de mi cuestión. No hablaba de esa especie de traición. Me refería a la que se hace engañando. ¿Le parece a usted, Mercedes, que uno sería inculpable, fingiendo amistad para conseguir la satisfacción de otra pasión, como la de la codicia, por ejemplo?

—¡Seguramente que no! Pero parece usted un estudiante de moral. Yo tenía un hermano muy querido, que cuando estudiaba moral en el Instituto, me hacía leer sobre las pasiones el cuaderno impreso por su profesor D. Miguel Varas, y allí se hablaba de la amistad como usted me está hablando.

—Justamente. Ese es mi estudio ahora.

¿Pero no cree usted que mi observación es justa?

—A no dudarlo, Alejo. Más, ¿quiere usted decirme como es que usted ha saltado tan alto, para salir de una conversación tan llana como la teníamos?

—¡Qué quiere usted! no sé hablar de otra cosa que de lo que tengo entre manos. Y como usted me brindaba tan sinceramente su amistad, no extrañe que al jurar acá, en mi pecho ser su verdadero amigo, haya yo remontado el vuelo hasta hablar de las traiciones que pueden hacerse a un juramento.

—¿Luego usted estaba jurándome amistad entre sí?

—No, precisamente. Estoy dudoso, no me atrevo todavía a hacerle a usted ese juramento.

—¿Es posible, Alejo? ¿No se atreve usted a ser mi amigo?

—¡Ah! No diga usted eso, Mercedes. No sé lo que seré para usted. Seré un esclavo. No más por ahora. No me pregunte ni me exija más. No sabría que responder, qué hacer. ¡Hablemos de otra cosa!...

Mercedes, disimulando un suspiro con una risa de encantadora gracia, tomó el libro que estaba en su costurero, y hojeándolo dijo:

—"Sampreer; a Julia". Vaya, mi esclavo, mi favorito esclavo blanco, lea usted ahí...

Alejo leyó con amor y dulzura, una carta de la "Julia" de Rousseau, mientras Mercedes plegaba unos encajes, dándole furtivas miradas y revelando a cada paso, las impresiones y observaciones que le sugería la lectura.

Al acabar la carta Alejo exclamó:

—¿Se podrá engañar así a una niña inocente y pura? ¿No es esto hacer traición?

—El hombre que seduce por darse el placer de una conquista — dijo Mercedes, es simplemente un infame, algo más que un traidor. El que ama de veras, el que en amores no hace el oficio del cazador, acechando la tórtola para dispararle, es otra cosa...

—Y el que ama sabiendo que no debe amar, que no puede amar, llega a ser tan infame como el que finge amor para seducir — agregó Alejo.

—¿Pero se puede vencer un amor verdadero por la sola consideración del deber? — preguntó Mercedes.

—Ahí está la virtud, la fuerza de espíritu para vencer al corazón, para sofocar los afectos extraviados.

—¡Bella teoría! ¡Pero cuán difícil en la práctica! Yo creo que nadie es más filósofo que el amor, Alejo, para ergüir y contestar las razones del deber.

—No lo he experimentado. Tal vez eso depende de la fuerza moral de cada cual, de las circunstancias de cada caso. Yo no sé qué hacer. No sabría que hacer si amara a una mujer que no fuese libre para corresponderme...

—A una mujer casada. Yo, por ejemplo. ¿No es esto?

—Sí, por ejemplo. Si yo la estimara y la respetara como la estimo a usted y la respeto, no me atrevería a amarla. Tendría fuerza para no amarla.

—¡Sólo por estimación, no por respeto al matrimonio! ¿Es así?

—Mercedes, el matrimonio es un pacto, un compromiso de lealtad entre los esposos, con el cual nada tienen que ver los extraños, sobre todo, si no deben amistad al marido.

—¿Eso le enseña a usted su profesor de filosofía? ¡Jesús! ¡qué teorías!

—No precisamente. Es lo que discurro.

—¡De modo que si usted no estimase a la esposa, ni tuviese amistad con el marido, se permitiría amarla!

—Creo que no podría amarla sin estimarla. Desde que la amara de veras, la estimaría y huiría de hacerla faltar a su deber. Pero si mi amor fuera pura galantería, tal vez procedería de otro modo.

—Parece que usted ha pensado mucho sobre el asunto. ¡Tiene ideas tan fijas!

—Lo he pensado, y he tenido gran interés en pensarlo.

—¿Y se ha puesto usted en el caso de un matrimonio descompuesto, que exista sólo en el nombre?

—Sería inútil. Estimando y respetando a la mujer a quien se ama, la situación es igual, porque tanto vale hacerla faltar a su esposo, como hacerla faltar a la sociedad.

—Le repito a usted que es muy severo, Alejo.

—Tal vez de palabras. No sé si podré practicar mis ideas.

—Justamente, ese es un punto que discutí muchas veces con mi

pobre hermano. El tenía convicciones fijas. Salido del mundo, se echó de lleno a la gran política. No le veíamos en casa, sino al levantarse. Algunas mañanas estaba profundamente triste. —¡Cómo tiene uno que modificar sus ideas en el mundo! — me decía — no te puedes imaginar, Mercedes, cuánto tengo que sufrir. Casi nadie piensa como yo; a cada paso tengo que hacer cosas que no apruebo. Eso sólo prueba tu debilidad — le replicaba yo. — Sometes tus convicciones al interés de los demás, en lugar de convencerlos. Pero no es posible vivir con los demás — me decía él, — sin cederles, sin seguir la corriente. — Eso harán los egoistas, los especuladores — objetaba yo;— un hombre de carácter puede condescender. puede sacrificarse, pero en sus conveniencias, más no en sus ideas; es preciso hacer lo que se dice y decir lo que se hace.

Alejo escuchaba con admiración aquellas palabras de Mercedes, las cuales caían una a una estereotipándose en su mente.

Mercedes calló, enjugando una lágrima que le arrancaba el recuerdo de su querido hermano; y Alejo, sin poder reprimirse le arrebató una mano y estampó en ella un ardiente beso.

—¡Sí! — dijo, — juro practicar siempre mis ideas, y en esto seré, Mercedes, su fiel discípulo, más que en aprender el trato de las damas.

—Será usted, Alejo, un desgraciado. El mundo no sufre a los hombres que tienen ideas propias, y se subleva contra toda superioridad. ¡Testigo ese pobre muchacho, cuyo recuerdo me hace llorar todos los días!

—¿Adónde está ahora?

—En el destierro.... ¡Tal vez para siempre!...

—¡Ah! ¡si yo pudiera reemplazarle! — exclamó Alejo con viveza.

—¡Imposible! — dijo Mercedes sollozando.

—Sí, imposible es ocupar su lugar en el corazón de usted, Mercedes; pero no es posible que yo la ame a usted como él, más todavía, si un hombre puede adorar a una hermana....

El horizonte de aquellos los interlocutores se había estrechado, se había obscurecido. Cuando ambos volvieron en sí, Alejo estaba de rodillas inundando de lágrimas las manos y el regazo de Mercedes.

Mercedes le miraba con lánguida sonrisa y con ojos velados por el llanto y profundamente dulces...

Aquella primera visita había fijado de un modo definitivo las relaciones de Alejo y Mercedes.

Esta le amaba como ama una mujer de gran corazón y de espíritu independiente, con pasión y sin reserva, Alejo amaba a Mercedes como a una hermana de alta superioridad, con acentrada veneración y no poca admiración.

Ambos amores estaban en contraste, pero sólo era Mercedes quien lo notaba y quien se sentía contrariada.

Alejo aprendía mucho con su trato, y ella se habituaba poco a amarlo como hermano, y se enorgullecía de su superioridad sobre aquel niño, cuyo corazón disciplinaba, y a cuyo espíritu abría anchos orizontes.

La intimidad crecía. Muchas veces Alejo después de hacer una larga lectura que encantaba a Mercedes, o después de discutir con ésta los temas de sus estudio, reclinaba la cabeza en el blando regazo de su amiga y se dormía, sintiendo un beso en la frente o desmayándose bajo la cariñosa mano de Mercedes que resbalaba por sus cabellos y jugaba con ellos.

Pero en ocasiones, el corazón se sobreponía al espíritu, y entonces Mercedes era la que más se dejaba arrastrar por él, en tanto que Alejo era el que con más severidad refrenaba sus ímpetus, pues su voluntad era poderosa. De esas luchas ardientes, mudas pero violentas, Alejo salía siempre satisfecho de haber cumplido su juramento de venerar al ídolo de su alma. Mercedes le admiraba y sin decir por qué, ni sin que viniera al caso, terminaba siempre con esta exclamación, que Alejo no comprendía y que le era ya habitual:

—¡Tú vas a ser un gran hombre!

No sabemos cuanto tiempo duró aquella escuela de amor y de virtud, entre esta mujer extraordinaria, que unía a todas las graciosas y dulces debilidades de su sexo un espíritu elevado, y aquel estudiante que se estrenaba en la vida, equilibrando las fuerzas de su corazón con las de su alma, para hacerlas marchar unidas y más poderosas. Lo cierto es que aquella gimnástica hizo un hombre de un niño de diez y ocho años.

Alejo no aspiraba más que a ser digno de Mercedes, e idolatraba en ella.

Y bien lo probó en cierta ocasión.

Era el mediodía de un domingo de verano, y los salones del café de Hevia, estaban llenos de gente que tertuliaban o jugaban al billar. El café de la Nación había decaído con el partido pipiolo; uno que otro rezagado se veían en sus mesas, mustios y hablando generalmente en secreto.

El gobierno pelucón triunfaba en toda la línea, persiguiendo sin piedad a los vencidos, dispersándolos o encarcelándolos. En el café de Hevia no se oía más que su elogio, y eran naturalmente sus más ardien partidarios, los políticos del café.

Entre éstos, figuraba como el primero, por su locuacidad y arrogante presencia, un joven que acababa de volver a Chile, después de haber derrochado una fortuna en el extranjero, y que pretendía recobrarla al calor del sol que se levantaba. Era un espadachín de primera fuerza, y entre sus muchas aventuras, la que le allegaba más fama, era la de haber dado muerte a dos hermanos que, pretendiendo vengar el honor de una hermana seducida por él, le habían desafiado, cada uno en distinta ocasión y en países diferentes. Todos le respetaban o le temían, y el gobierno le trataba como a uno de sus mejores adeptos.

Aquel domingo el brillante seductor jugaba guerra, en una mesa con Alejo y otros, habiendo colgado su frac verde de botones de oro, para lucir su camisa de estopilla ricamente bordada.

Se hablaba más de política que de los lances del juego, y el seductor tenía la palabra, justificando el destierro de muchos pipiolos notables, sobre todo el del hermano de Mercedes, a quien maldecía cada vez que lo nombraba. Alejo le había replicado varias veces con moderación y firmeza, y sus réplicas habían enardecido al novel pelucón, que dando suelta a su lengua, agregó:

—Una cosa buena tenía ese infame gallego, su hermana gemela, a quien le hice el amor algunos días, y me gustó; para qué lo he de negar.

—¡Un caballero no habla así de una señora! — dijo Alejo con serenidad, mirándole de frente.

—¡Pero sí de una mujer! — replicó con insolencia el politicastro, a tiempo que Alejo le quebraba la punta de su taco en la cabeza.

El agredido tiró un estileto italiano, y se lo perdió en el hombro izquierdo al estudiante, cayendo en el acto derribado y con la cabeza abierta por la masa del taco que éste le descargó con violencia.

Toda la concurrencia del café se agolpó al sitio de la catástrofe, y

A UNA JOVEN

Dios concedió el aroma a las flores. La rosa que se marchita sobre vuestro seno, no exhalaría ese perfume que, como incienso divino, sube hasta vuestro lindo rostro, si su tallo, del agua, del aire y de la verdura, de toda la creación, no tomase algún elemento, si por algún punto no se hubiera sumergido profundamente en el seno misterioso de la tierra. Allí, por medio de un trabajo lento, cuyo secreto mecanismo sólo Dios conoce, de la frescura de la ola que corre, de la claridad y la luz del día, del soplo de lo que fluye, de lo que vegeta o se arrastra, del espíritu que vive en la obscuridad subterránea, humo, onda o vapor, se apropió algo; la calma del antro sombrío, del diamante sus luces, del bosque la sombra y acaso algún hábito inefable del mar lejano. Es un viviente alambique preparado por Dios, en el que se refunde y se rehace la tierra con los bosques, los campos, las nubes y las aguas; y el aire, penetrando en la humilde raíz, resignada a este trabajo desconocido, para la hermosa flor guarda ese perfume tan suave, que desde la naturaleza llega hasta vos, que os encanta y que conmueve vuestro espíritu, porque el alma de la flor habla al corazón de mujer.

VICTOR HUGO

MÁXIMAS

—Antes de desear una cosa con vehemencia deberíamos averiguar si el que la posee es feliz con ella.

—Si conociéramos a fondo algún objeto, nunca lo desearíamos con pasión.

—Es tal el hábito que tenemos de ocultar a los otros los que somos, que al fin acabamos por engañarnos a nosotros mismos

—El hombre que no siente satisfacción en sí mismo, excusado será que la busque en otra parte.

—Es más fácil parecer digno de los cargos que no poseemos, que de los que desempeñamos.

—Nos gusta mucho más que nos imiten, que no que procuren igualarnos. La imitación es señal de estima, pero la competencia lo es de envidia.

Los celos son, hasta cierto punto, racionales y justos, pues van dirigidos a la conservación de un bien que nos pertenece, o que, cuando menos, así lo estimamos nosotros; pero la envidia es un extravío que no puede sufrir con paciencia el bien de los demás.

—La envidia se destruye con la verdadera amistad, y la coquetería, con un amor sincero.

—Nuestra envidia sobrevive siempre a la felicidad ajena que la enjendró.

—Nada hay tan contagioso como el ejemplo.

—A veces nos hacemos más agradables por nuestras faltas que por nuestros méritos.

—Las mayores faltas son las de los grandes hombres.

—Facilmente excusamos en nuestros amigos las faltas que a nosotros no nos afectan.

ROCHEFOUCAULD

la atención general se contrajo al caído, creyéndole muerto.

Alejo salió sin ser sentido, y después que pasó la primera sorpresa, y se vió que el caído estaba vivo y sin peligro, todos los circunstantes buscaban al estudiante para felicitarle, y no se alzaba una voz que no fuera en su defensa.

Entretando, él había llegado a casa de de un amigo, que tenía la gracia de ser uno de los dos únicos estudiantes de medicina que había en aquel tiempo, y allí sentado en una silla, medio desnudo, había recibido la primera curación de su peligrosa herida, para tomar después la cama, haciendo decir en su casa que le había atrapado el contagio de la escarlatina, que hacía poco, había diezmado la población de Santiago.

Ramiro, constante parroquiano del café, conoció aquella aventura a las pocas horas, pero guardó silencio.

Mercedes, ignorante de lo sucedido, comenzó a inquietarse de la ausencia de Alejo, cuando pasó sin verle tres días. ¿Es posible — decía ella — que haya salido de vacaciones mi Alejo sin despedirse? ¿Adónde se ha ido? En la semana anterior todo fué ocuparse de sus exámenes, pero llegaba aquí por momentos a noticiarme sus triunfos. El día en que dió su examen final en público, y a presencia del presidente y los ministros, vino a descansar en mis faldas. Desde entonces no le he visto a derechas. Ahora ha desaparecido. ¿Habrá mandado por él su familia sin dejarle tiempo de venir?

Tales conjeturas quitaban a Mercedes su tranquilidad, su sueño. Los días corrían y ella no tenía noticias de su querido. Al fin arriesgó un billetito primorosamente escrito y doblado con amor; pero se lo devolvieron con la respuesta de que Alejo no estaba en casa. Le fué imposible resistir más: bajó su escalera y corrió a la casa vecina, en la cual no tenía relaciones. Entró temblando de amor, de dudas, de vergüenza, y se quedó estática, desvanecida, cuando supo que Alejo tenía la escarlatina y que estaba asistido con esmero paternal en casa del doctor Morán.

Sin ser dueña de sí misma, Mercedes salió de allí, y a poco despertó en los umbrales de una casa situada a las espaldas del templo de la Merced, donde era recibida con exquisita urbanidad y conducida al lecho de Alejo.

El momento fué solemne. Ambos se abrazaron en silencio, y pasados algunos minutos, Mercedes se desplomó en la silla de la cabecera sollozando. Los circunstantes guardaron silencio respetuoso, pues conocedores de la ventura del café, respetaban aquellas lágrimas, que juzgaron derramadas por la gratitud, no por el amor.

Alejo se había desmayado. La fiebre le devoraba, la inflamación de su herida era mortal. Los médicos estaban en junta, el doctor Morán sostenía que debía abrirse de nuevo la herida y prolongarse, so pena de perder al enfermo; y agregaba que si su hijo hubiera hecho aquello desde el principio, el joven estaría ya sano.

—¡Lo salvaremos, padre mío, lo salvaremos! — repetía el hijo; pero los demás doctores opinaban que la operación, aunque indispensable, era sumamente peligrosa. Sin embargo, el anciano Morán no desmayaba. Con el Ascendiente que le daba su talento, su lenguaje enfático y persuasivo, sus ojos vivaces y expresivos, su cabeza de nieve que formaba contraste con el color moreno de su semblante, dominó a la junta e hizo adoptar su parecer.

Todos los doctores llegaron al lecho del enfermo, cuando él había vuelto de su desmayo y cambiaba algunas palabras con su madre, una señora joven y hermosa y con Mercedes, cuya belleza se realzaba con el dolor. El doctor Morán principió por hacer salir a la primera y a los demás circunstantes, pero Mercedes persistió en permanecer al lado de su amigo, y éste lo exigió también, diciendo que estaba dispuesto al trance.

Hechos los preparativos, el viejo doctor exclamó con voz acentuada:

—"¡Nun opus, Eneas! Nunc pectore firmo."

—Eso me sobra — replicó Alejo. — Tengo mucha voluntad de vivir — y tendió a Mercedes su mano derecha con una sonrisa encantadora.

Mercedes estrechó aquella mano de fuego con efusión, y al sentir el rasgo de la horrible cuchilla, dada con mano firme por el anciano, reclinó su frente sobre la de su querido, y casi selló sus labios con su boca de rosas.

Alejo no había hecho más que suspirar, pero de nuevo se había desmayado. Mercedes cayó de rodillas y sin color.

El doctor Morán la alzó con dulzura y la condujo afuera, persuadiéndola con amabilidad de que debía retirarse.

Mercedes se encontró sola en el patio. Todas las puertas estaban cerradas y no se atrevió a tocar a ninguna. Una hora pasó allí enjugando sus lágrimas, hasta que salieron los médicos de la junta a montar a caballo para retirarse.

—¿Vive? — preguntó, temblando, el más anciano.

—¡Todavía! — le respondió éste, agregando que nada se podía asegurar hasta que pasaran veinticuatro horas; pero que era necesario mucho silencio y que nadie se acercase al lecho del moribundo...

Mercedes salió desolada tras de los médicos a la calle. El sol reverberaba en las dos aceras. Todo estaba sólo. No se oían más que los galopes de los doctores que se retiraban por diferentes rumbos.

Cuando llegó a su casa, el postigo de la puerta de calle estaba entornado. Subió a su aposento y se echó en un sillón, sin sentido y agobiada de calor y de fatiga.

¿Quién no conoce esas horas de dolor, en las cuales no se vive ni se muere? Todos los instintos se apagan, el alma no tiene más que una sola idea, si tiene alguna.

Una especie de vapor envuelve nuestro ser, una noche tenebrosa, en la cual no reluce más que una sola estrella, la del dolor.

El tiempo pasa lento y pesado; pero el corazón no lo siente, y aun lo halla corto para su pesar.

Así había pasado aquel día infausto para Mercedes, y las sombras de la noche habían obscurecido su salón, sin que ella lo notase.

Más de repente, un prolongado silbido la despierta y sobresalta. Fija su oído, y terminado el silbido, cantaba el sereno del barrio:

"¡Ave María purísima! ¡Las diez han "dao y nublaaao!"

Mercedes salta de su sillón y en pocos momentos más, penetraba en puntillas en la casa del doctor Morán.

Todo estaba en silencio y a obscuras. Pero en la puerta del aposento que conducía al de Alejo, a un lado había un brasero encendido con tetera encima de las brasas, y al otro lado una mujer sentada en una silleta pequeña.

Mercedes se acercó lentamente, la mujer se levantó y rspondió a sus preguntas, noticiándola de que el enfermo estaba malo, y que solamente entraba a su cuarto la madre y el doctor joven, que no se separaba de su lecho.

Mercedes rogó a la mujer que le permitiera estar con ella y ayudarla a trasnochar.

La mujer le cedió su sillita de paja y se sentó a su lado en el suelo.

El silencio era profundo. La noche estaba borrascosa y el calor sofocante. A menudo relampagueaba, y la luz eléctrica iluminaba aquellos dos bultos negros.

La mujer, como acabando de rezar, se santiguó, y suspirando dijo por lo bajo:

—La noche está de muerte.

Mercedes se estremeció y preguntó:

—¿Cree usted que morirá Alejo?

—Así dicen, señorita, y tendremos otra ánima que pene en esta casa, además de las muchas que ya hay.

¿Aquí hay ánimas que penan?

—¡Ah! no se puede figurar su merced cómo nos tienen; pero el patrón no cree, y cada vez que la señora le cuenta alguna mano, se echa a reir y nos trata de tontas y majaderas. Yo creo que este caballerito enfermo se va a morir, porque desde que está aquí entran hasta de la calle las ánimas.

—¡Cómo es eso! — replicó con viveza Mercedes.

—Sí, señorita. Nunca se había visto lo que ahora. Algunas noches se aparecen aquí en el patio, sin saber cómo, un fantasma que pregunta por el enfermo y desaparece. Nadie sabe quien es, ni se le puede ver la cara.

—¿Vendrá esta noche?



PINOS

Al doctor Ricardo del Campo,
respetuosamente.

Monjes de la esperanza
los litúrgicos pinos,
de bienaventuranza
bordean los caminos
en muda procesión.

Rígidos pinos,
silentes capuchinos,
peregrinos,
de todos los caminos
que llevan al perdón.

S. RAPISARDA.

—Puede ser, porque hace dos o tres noche que se aparece. Vea, señorita, hablando del Rey de Roma: allí la tiene en el zaguán. ¡Madre mía del Cármen, favoréceme; ¡Jesús, Jesús!...

Un hombre alto y muy seco, acechaba desde el zaguán, y los primeros rayos de la luna que entraban por la puerta de la calle dibujaban su sombra.

Luego, paso a paso, se acercó a las dos mujeres, y en voz muy baja preguntó: —¿Cómo está el joven?

La cuidadora, haciendo la cruz con una mano y tapándose los ojos con la otra, le respondió:

—No pasa de esta noche.

El fantasma quedó inmovil y medio inclinado hacia las mujeres. Mercedes se cubrió con su mantilla.

Momentos después, el fantasma estiró su largo brazo, y asiendo del puño a Mercedes, la levantó y arrastró con ella a la calle, diciéndole:

—¡Tú no debes estar aquí, imprudente!

La luna menguante se elavaba sobre los Andes entre nubes negras, cuyos bordes teñía de ópalo y záfiro e iluminaba la vereda del Sur de la calle de la Merced.

—Vamos a la sombra — dijo Ramiro, sin soltar el puño de Mercedes, que temblaba de coraje.

—¡Me persigues hasta en mi dolor, hombre siniestro! — dijo Mercedes casi llorando.

—No, cálmate Mercedes. Comprende. Piénsalo bien. ¿No basta que yo sea el órgano de tu gratitud?

—¿Mi gratitud? ¡Quieres decir de mi amor! ¿Tú el órgano de mi amor?...

—Espera. Sé que amas a ese muchacho; pero ¿puede convenirte a tí ni a mí que el mundo crea que él ha hecho eso porque es tu amante? ¡Qué gracia tendría entonces! Por el contrario, nadie sabe que te conozca, y todos creen que ha obrado de puro noble y valiente. Precisamente, por eso, paso siempre a informarme de su salud, y hoy he estado al morirme de cólera al saber que tú habías venido.

Mercedes calló. No entendía ni una palabra de este lenguaje, y pensó un momento que su marido estaba loco. Pero a medida que éste insistía en persuadirla de que no debía ver a Alejo, comprendió que había algo de muy grave, que ella no conocía y se interesó en la conversación de Ramiro.

Cuando llegaron a la casa, ya Mercedes estaba instruida de la aventura del café, y su corazón latía con violencia.

El español entró a su aposento, diciéndole con toda la dulzura de una fiera:

—Prométeme mujer, no ir otra vez a casa del enfermo. Yo te traeré noticias de él...

—¡No puedo! Me moriría si no fuera a verlo siquiera una vez al día...

—¡Pues, muérete! No irás; yo cargaré la llave de la puerta — dijo Ramiro, cerrando con ímpetu la de la alcoba.

Todo quedó en silencio en la habitación. A lo lejos se oía el triple y sonoro tañido de la campana de las Capuchinas, que llamaba a los maitines de la media noche.

Mercedes sintió la necesidad de Dios, y cayó de rodillas a pedirle favor, a rogar por la vida de su amigo.

La república de los animales

En un rincón del Africa unos cuantos
Señores animales
Formaron a su gusto una república,
Empresa nada fácil.
La paz, el orden imperaba en ella,
Y todo allí arreglábase
Con su peso y medida. De recursos
Algo falto, no obstante,
El estado se vió. Como al bien público
Atento siempre estábase,
El modo se trató de hallar entonces
Un subsidio importante,
Sin que por él en mucho los impuestos
Antiguos se aumentasen.
Un buey sobre este asunto consultado,
Expuso su dictamen.
—Paréceme, señores, oportuno
Se decrete al instante
Un contigente extraordinario, dijo,
Aquí a los animales,
Sobre sus faltas, vicios o defectos;
Y pienso es razonable
Que los unos se juzguen a los otros.
Este impuesto, pues, trae,
Dos bienes al Estado, pues a un tiempo
Moraliza las clases.
—Me parece muy bien. Consejo es ése
Que en verdad honra os hace,
Un viejo zorro dijo. Mi propuesta
Aceptad, si es que os place.
Un impuesto imponed sobre las buenas
Y nobles cualidades,
Cada cual en su causa siendo a un tiempo
El juez inapélable.

ARDENE

Los cultos paganos y un antiguo templo de los Caballeros de las Cruzadas

Un descubrimiento del que mucho se espera para aclarar algunos de los misterios ocultos de la remota Edad Media se ha llevado a cabo, no hace mucho tiempo en la antiquísima ciudad de Grigenti, en la isla de Sicilia.

Los arqueólogos han encontrado en la antigua iglesia de los cruzados, San Biaggio, un completo santuario de la diosa pagana Démeter y de su hija Perséfone.

Este curioso templo tiene unos treinta metros escasos de largo y unos trece de ancho.

El santuario es uno de los más antiguos que se han encontrado en las ruinas de aquella ciudad, y al momento se nos presenta la cuestión de qué idea llevaron los constructores de la iglesia para incorporar a él, un templo pagano.

El culto de Démeter, la diosa Madre de los griegos, fué, en ciertas de sus fases, como de las más terribles y crueles de las religiones antiguas.

Los sacrificios humanos eran una de sus principales características, y en el templo recién descubierto se han encontrado dos altares redondos de piedra, uno de los cuales estaba destinado para las ofrendas de sangre, como lo indica un agujero en la parte baja, por el que corría la sangre de las víctimas sacrificadas.

El culto a Démeter iba asociado al de Plutón, el dios de los muertos y de los infiernos, que viene a corresponder a Satán.

Una de las partes del ritual del culto de Démeter se considerará hoy día, como el culto al demonio; pues se trataba de aplacar las furias de Plutón.

El antiguo mito de Démeter y de su hija Perséfone, es que la última había conseguido llamar la atención de Plutón.

Un día en que la bella Perséfone se hallaba paseando con sus ninfas por los valles de la tierra, ésta se abrió y el dios de los muertos apareció en su carro, se apoderó de Perséfone y se la llevó con él a las oscuras regiones de donde era el Señor.

Cuando Démeter se enteró de la desaparición de su hija, la pena y la desesperación se apoderaron de la madre, y en su luto no hacía sino llorar, y como a la par Démeter era también madre del mundo, el espíritu de la Naturaleza, del que dependía, no sólo la vida de todos los vegetales que había en la tierra, sino de todos los seres vivos que la habitaban, el luto se extendió por todas partes, no tardando en producir desastrosas consecuencias. Las plantas se marchitaron, las fuentes y manantiales se secaron, y con esto, empezaron a morirse de hambre y de sed, aves, bestias y hombres.

Por último, al ver que la especie humana estaba a punto de extinguirse, los demás dioses intervinieron, y lograron que hicieran las paces, Plutón y su poderosa suegra, conviniendo en que Perséfone había de vivir con su madre la mitad del año, y los otros seis meses, con su nada atrayente amo y señor.

Tal es el mito del rapto de la bella hija de la Madre de la Tierra.

Algunos han visto en esto la historia de un mito natural; una cándida explicación del cambio de las estaciones.

El invierno está representado por la época que duró el luto de Démeter. En la primavera Perséfone, cuyo, es su espíritu, regresa a la tierra, y las flores de la vida vuelven a correr de nuevo, para luego, después de unos meses de paz y tranquilidad, volver al invierno al regresar de nuevo Perséfone a los abismos infernales.

Sea como fuere, es indudable que el culto a Démeter, a Perséfone y a Plutón estaba extendidísimo.

Se sabe que el culto a Démeter, y por consiguiente, el de los otros dos personajes tan ligados a ella, persistió en Sicilia hasta una época relativamente cercana comparada con los otros mitos, y en realidad, algunas de sus ceremonias, aunque bastante alteradas y modificadas, pero fáciles de reconocer, se siguen aun practicando en la isla.

Los sacerdotes cristianos vienen constantemente luchando por hacer desaparecer todo rastro de paganismo, pero los antiguos dioses están allí muy arraigados.

Mucho se espera aún de las excavaciones que se siguen llevando a cabo en Girgenti, bajo la dirección de notables y entendidos arqueólogos.

ANÉCDOTA

Insultado por dos comediantes del Teatro Francés— Desessarts y Naudet — Camilo Desmoulins no respondió a la doble provocación sinó con un ademán de desprecio. Se explicó claramente en su diario:

—Necesitaría — dice pasar la vida en el Bosque de Bolonia si estuviera obligado a dar satisfacciones a todos aquellos a quienes mi franqueza desagrada. Que me acusen de cobardía, si gustan... Estoy persuadido de que no está lejos el tiempo en que no han de faltar ocasiones para morir más útilmente. Entonces el amor de la patria hará que renazca en mí el valor que me hizo subir por un madero al Palacio Real, y ser el primero en usar la escarapela nacional".

Amarga confesión

Por Esteban F. Garzón

Especial para "Fray Mocho"

En aquel hermoso, verde valle serrano, donde el sol entra sólo después de la hora meridiana, corrió como una llamarada de eter, entre sus pocos habitantes, la llegada de la última dueña de la casita blanca que se levanta junto al río, en uno de sus recodos, rodeada de álamos y sauces.

Ansiosa de un aire puro de montaña, que penetrando en sus pulmones de niña clorótida llevara a su sangre agostada un torrente de vida, llegó — por imperioso mandato médico — aquella tarde, la pobre niña, la de los ojos azules, sedosa cabellera, mejillas térreas, con un suave blancor rosado en el centro; enjuta, brazos finos adosados a una esbelta figura, ya en decadencia, que va siguiendo por la senda de la vida en mala hora, indecisa, insconciente...

Con ese agotamiento a cuestas que va clamando piedad, con esa incertidumbre del vivir, que no aleja, ni transforma la fina caricia, ni la holgura de los mimos que sólo el indecible afecto maternal sabe prodigar, descendió del amplio y muelle automóvil, apoyándose, suavemente, en el brazo fuerte de su prometido. La limpia, la sencilla casita serrana, que, como un sueño, se alza junto al río, entre grupos de árboles verdes y frondosos, pareció abrirle los brazos invitándola a pasar, las puertas de par en par abiertas, engalanada la entrada con frescos macetones de flores y enredaderas...

Sonrió. Luego, se detuvo un momento para decir:

—Aquí, aquí; no más adelante... Un sillón y una almohada me basta... Calló... y su pecho liso, cortado en una dura línea vertical se agitó, angustioso, sin ritmo, mientras ella cubría sus labios, secos y pálidos, con un fino pañuelo de hilo. Esperó un momento, de pié. La palabra anudada en la garganta, en medio de aquel silencio ocasional, la disimulaba un enronquecido alentar que fluía de aquel pecho cansado que, persistentemente, incoaba una tos seca, áspera y breve...

Tosía, tosía...

* * *

En el blando sillón, caída inerte sobre el brazo del pajizo mueble, la cabeza blandamente reclinada sobre la almohada, extendía su mirada vaga, silenciosa hacia el borde del río, viendo como corrían numerosas las aguas de oro, ya azotando de piedra en piedra, ya besando con sus labios húmedos las zarzas y las verdes gramas de la orilla. Sonreía, apenas, cuando aquel hombre joven, fuerte, que cambiara su vida por aquel frío dolor, le decía una palabra de consuelo, de amor y de esperanza, rumoreada a su oído, casi imperceptible, suave como una débil nota musical.

De pronto, retiraba el transparente pañuelo de sus labios, tintado en sangre, clavada ansiosa la mirada en él, palidecía, estremeciéndose y, luego, serenamente, alzaba los ojos al cielo en actitud de un mudo ruego, que sus cárdenos labios dejaban traslucir en un breve temblor fibrilar. Su compañero, amargado en aquel sufrir, común, receloso se acercaba a la doliente y ponía suave sus manos en aquella cabeza ardorosa, rompiendo el silencio de la plegaria con la bondad de una caricia, con la bondad de un beso... Ella, volvía los azules ojos, sonreía como un frío rayo de sol que se va, llevaba de nuevo el fino batista a los labios y en silencio, dos lágrimas desbordaban de sus párpados.

Después, tosía, tosía...

Lentamente, las horas fueron pasando.

La quietud ha triunfado; la tos ha ido acallándose y el sueño reparador, con sus finos dedos de terciopelo, ha cerrado aquellos párpados desvelados, sorprendiendo en la misma posición a la pobre enferma, reclinada suavemente sobre aquel lecho improvisado; ha vencido, mientras los últimos rayos del claro sol de primavera se han alejado besando su pálida frente, su boca angustiosa, sus rubios cabellos... Duerme! Duerme sonriente, como si graciosas visiones poblaran el sueño de aquella divina cabeza de niña mimada.

Ya no tose más; duerme...

El, el fuerte, el buen amigo vela de pié, a su lado, sin desmayar un momento en su noble afán, tan firme como inoficioso.

La blanca, redonda luna plena, asomándose furtiva por encima de la alta cumbre vecina, al parecer sorprendida, inquieta envía haces de brillante luz sobre aquel grupo silencioso que, en su movilidad, parece esculpido en un trozo de frío mármol...

La niña duerme...

* * *

El nuevo día ya parpadea entre las últimas sombras. Aclara. Los pájaros sonríen en su primer cantar.

Ahora, la doliente enferma, la buena niña, abre sus celestes ojos; está despierta... Ha pasado la noche bajo un dosel de cáñamo. La brisa del alba, ha abierto a besos sus párpados; la fragancia exquisita de las silvestres flores serranas, ha embriagado su espíritu. Sonríe; confiada y decidida se yergue ansiosa y el aire puro de la mañana le alienta y desata la sonora palabra en los labios.

Su compañero, la interroga. Ella le dice:

—Me siento muy bien. Estoy contenta...

Es una hora de dicha, es una hora que se vive. Una caricia vá y otra vuelve. La esperanza que, en estos casos, es soplo de vida, abre sus alas y vuela a las cumbres de la existencia. Todo resplandece; ya no hay sombras; parece que hubiera huído con la noche.

El sol, que aun no ha entrado al valle, cae como en un reflejo de polvo de oro sobre las ramas, sobre las hojas. El río parece correr más rumoroso en su lecho de piedras; los pájaros, a quienes parace que la vida les sobrara, en bandadas legionarias unos silban, otros cantan, dejándose caer desde las frondas al suelo, donde escarban la tierra arcillosa y pinzan con sus agudos picos sabrosas orugas...

La madre, la buena madre que no se engaña, ha vuelto al lado de la niña enferma, se ha acercado podigando fortuna y hechizando con sus suaves mimos. Ha puesto en aquel concierto de esperanzas, para no ser cruél, un dulce gesto y un beso de confianza.

Pero serena, ha dicho, después:

—El médico, el médico del lugar... quiero que venga; que venga esta tarde...

RAMO MARCHITO

I

Mañana de lluvia del mes de noviembre,
¡qué triste mañana!
se llena el ambiente cálido y pesado
de un olor profundo a tierra mojada...

Es tan menudita la lluvia que sólo
sobre el fondo obscuro de las arboladas
se la ve que cae, en finos y largos
hilillos de plata...
Igual que esta lluvia fresca y bienhechora
de esta gris mañana
es el llanto acerbo, silencioso, eterno
de mi pobre alma...

II

Tú me juzgas malo, pero bien comprendes
que nó soy tan malo,
que si soy blasfemo y pongo en las nubes
mis gritos airados.
es porque no puedo soportar la vida
pasivo y callado...

Si la vida fuese de amor y de gloria
tranquilo remanso,
si todas las cosas rindieran un fruto
bello y sazonado,
dime, Hermana, dime, ¿podría yo entonces
ser así, un profano?...

III

¡Oh, déjame que salga, aunque me cueste
la poca vida que me resta ¡Hermana!
¡Es tan frío y obscuro el cuarto éste
y tan clara y azul es la mañana!

A través de los líricos cristales
descubro el cielo de un azul profundo...
¡Un milagro de amor son los rosales!...
¡Todo es belleza en la extensión del mundo!

A mi afán no se opongan tus temores
No quieras que en mis íntimos dolores
recrudezcan mis odios sin medida,

que si a un paso me encuetro de la fosa,
¡deja que muera de una muerte hermosa
para saldar, así, toda mi vida!

JOSE M. BRAÑA

Vino. Traía la sonrisa del consuelo en los labios. La doliente le conocía y no puso ningún reparo. Por lo menos, le traería alguna esperanza... Quieta, tranquila, observadora, se dejó tomar el pulso, luego cubrir con una blanca servilleta la espalda, auscultar despacioso, inquisitivo. Después, le acomodó bajo la axila un fino termómetro que, despiadado, fué a contar y luego, chismear el calor insólito que enrojecía aquella frágil hoguera humana.

La enferma, prudentemente, calló y, en su astuta previsión, no hizo ni siquiera un gesto de duda.

Cuando el médico la dijo: está bien; "gracias" — ella, dió vuelta la cara, le miró fijamente y, en aquel instante de hondo silencio, el médico, el grave señor, que bien sabía de aquel rudo batallar del dolor, ni habló, ni contrajo las gruesas cejas, ni escondió la mirada; fué un duelo cara a cara, abierto, recio, mudo, silencioso...

Después de un momento, el médico tendió su dura y blanca mano, como si quisiera dar término a las hostilidades del singular combate. Ella, se dejó asir la suya, suave, tibia, minúscula, mientras caían, desbordando de sus párpados, dos lágrimas que inquietas sin doblez parecían decir:

—¡Ya lo sé!...

A lo que el médico haciendo un gesto de impaciencia, con una frase breve, sencilla, casi impostora, respondió:

—¡Dios solamente!

Asintió la enferma sin protesta, con una sonrisa que era un destello de luz de aquella conciencia exaltada, que pugnaba por vencer dentro de aquel corazón rendido. Intervino, oportuno, en aquel instante, el buen compañero prometido, con un dulce gesto y una bizarra expresión:

—¡Curiosa! ¡Eso, es para mí!

Se estrecharon de nuevo las manos. Todo volvió a quedar como si nada hubiera sucedido, en concordia, en dulce paz y en un ingenuo consuelo. El médico, cobrando dominio de sí mismo, dijo su última palabra:

—Volveré, mañana.

* * *

Y volvió, sí. Más austero, más silencioso que antes. Una horrible certidumbre sombreaba su espíritu mientras una cruel, una inútil obligación le acercaba, día a día, a la enferma, y un secreto extraño, el secreto del dolor ajeno se desvelaba íntegro en sus labios. El hecho, era indiscutible. Pocos días más y aquella vida, preciosa, que aun soñaba con las visiones color de rosa, habría cerrado para siempre el broche de su pálida flor.

Después del exámen cuotidiano, del sagaz y rápido interrogatorio que hacía sobre las horas pasadas, de todo cuanto concernía a la enferma, su comida, su sueño, sus ansias, sus desvelos, el médico — con un breve gesto displicente — llamó a la madre de la enferma y en un aparte frío, sereno, grave, puso un nuevo puñado de luz en la conciencia de aquella cariñosa mujer, mientras hacía el aseo de sus manos, diciéndole:

—La mala nueva, señora, se nos ha echado encima implacable; si tiene algo que disponer, en favor de nuestra enferma, ha llegado el momento de hacerlo... Mañana, podría ser tarde...

La madre, angustiosa, palideció y cerró los labios para llorar en silencio. Cualquier movimiento de aflicción, cualquier gesto de dolor habría sido suficiente para provocar el rudo desastre. Mordió, despues, su blanco pañuelo de encaje, desbordaron dos lágrimas de los ojos y con suaves, silenciosos pasos salió de aquella habitación, resuelta a luchar, a dar la cara, frente a frente a lo irreparable, que llegaba con todo su cortejo de angustias.

En aquel preciso momento, avanzaba el anciano sacerdote amigo, el reflexivo hijo de Loyola que, oportunamente, había sido avisado; cruzó el patio de la casa con su figura austera, envuelto en su negro traje talar, la mirada serena, los ojos listos, los oídos atentos hacia la pieza donde se alojaba la enferma.



—Estoy encantado, señora, de que yo haya podido reconocerla; pero si era el doctor a quien usted quería ver, le advierto que vive en el piso de arriba.

No la había visto, aquel día en la acostumbrada posición del sillón; una idea de dolor agitó su espíritu y, presitiendo no alcanzar viviente a la pobre niña, forzó su andar pausado y siguió avanzando. La buena madre, lo encontró. Un sollozo, comprimido en largo rato, se quebró en sus labios, como una copa de cristal que choca. El buen sacerdote, la miró con fijeza y colocando el índice sobre sus labios, impuso un hondo silencio.

Ella, alcanzó a articular:

—Padre, padre, nos la lleva Dios...

El, respondió:

—Mi buena señora... Fiat voluntas tua!...

—¡Así sea!... sollozó la madre.

Un momento después, la pobre madre, que había alcanzado a percibir el acento de dos palabras, entrecortadas, suaves como una queja doliente, habló al sacerdote:

Le llama, padre; venga, ofrézcale la gracia de Dios... pobre... tan buena, tan sincera!...

Avanzó la madre, primero; después, el consejero espiritual. Sus breves pasos, el leve roce de aquellos pies en puntillas, fueron alcanzados por los finísimos oídos de la enferma; los cansados ojos, se volvieron aún hacia ellos.

La madre, acercándose, se inclinó sobre el lecho, acarició y besó la húmeda y fría frente. El confidente espiritual, posó en una banqueta y tomando las blancas manos de la doliente entre las suyas, le miró ansioso. Ella, entonces, con palabra breve, temblorosa, dijo:

—Ya sé, padre, que m...m...

—No; nunca, calla... Eso, sólo lo sabe Dios y El no tiene confidencias con nosotros, pobres pecadores...

—Es cierto, voy a pedir perdón.. Padre... nuestro... que estás en ...los cielos, perdónanos... Una angustiosa fatiga selló los labios de la enferma. Calló y una mueca de impotencia se dibujó en sus labios.

—Siga, rece... niña, para ser perdonada. ¡Hágalo por mí... padre!

—No, no puedo...

El leal sacerdote, continuó la piadosa oración. Terminada, empezó:

—Creo, en Dios Padre, todopoderoso...

—Sí, creo... interrumpió la enferma. Los finos labios, en expresión sibilante, temblorosos así lo dijeron. Se agitó rítmico el pecho y su pálido rostro se iluminó en una sonrisa divina.

La buena madre, hincada junto a la cama, los codos posados sobre el lecho, cubierto el rostro con ambas manos, repetía, apenas inteligible, la dulce oración. Detrás de la madre, también de rodillas, el joven prometido, frío y silencioso, como un mármol, paladeaba su dolor a solas.

Un instante de pausa. Después, el buen padre religioso abrió su brevario y en tres páginas, sucesivamente, leyó otras tantas veces votos de paz y de resignación. Para terminar su cometido, volvió sus ojos hacia la doliente, apretó de nuevo la frías y suaves manos, balbució dos palabras más de aliento que, haciéndola cobrar ánimo, pudo decir:

—Sí, fuí buena; quise y amé a mis padres, a mi Dios amé...

—Bueno, hija mía, compréndelo, Dios te espera.. cuando te llegue la hora de partir, hazlo tranquila, decidida... confiada en su divina grandeza... Dí, de nuestra parte, a nuestra gran señora, a nuestra Santa Madre de Dios, todo cuanto puedas, sumisión, respetos, cariños... de rodillas a sus pies, besa sus blancas manos, por nosotros pobres pecadores que no podemos hacerlo; que su luz divina... ilumine eternamente tu alma para mitigar tus culpas...

El buen sacerdote, con acento sereno, pausado iba, a cada palabra,

EL IDEAL

¿Cómo quieres, madre, que no tome en cuenta esta mañana, si el príncipe va a pasar por aquí? Dime tú cómo me peine, madre; qué vestido me voy a poner...

Sí, madre, no me mires así; ya sé yo que él no alzará sus ojos a mi ventana; ya sé yo que sólo lo veré un momento, y que será como cuando viene, sollozando, la nota que se aleja de una flauta... Pero el príncipe va a pasar por aquí, madre, y yo quiero ponerme para ese instante lo mejor que tengo.

Madre, ya el príncipe pasó... ¡Cómo brillaba el sol de la mañana en su carroza! Yo abrí el velo de mi cara, me arranqué del cuello la cadena de rubíes, y la arrojé a su paso...

Sí, madre, no me mires tú así; ya sé yo que el no cogió mi cadena; ya sé yo que la aplastó una rueda de su carro; que sólo quedó de ella una mancha grana en el polvo; que nadie sabe que el regalo era mío, ni para quien era...

Pero el príncipe pasó por aquí, madre, y yo le eché a su paso mi mejor tesoro.

RABINDRANATH TAGORE



dando a su voz una inflexión de dominio, de sinceridad, de tono magistral, inapelable; hablaba con esa seguridad plena de varón iluminado, que sólo se adquiere con la madurez de los años, con una practica profesional intachable, con una dura disciplina, con una moral inconfundible, única... Hubiera deseado que sus palabras, que le habían sonado a su oído tan ciertas, tan precisas, tan sinceras, las hubiera escuchado el propio patriarca...

Eso, mucho más, pensaba en pleno convencimiento, en un éxtasis supremo, transportado por encima de las cosas mundanales, enceguecido por una aureola de luz divina, cuando, de pronto, como un extraño empuje, como en un arranque inconsulto, inaudito, la fisonomía de la enferma suavemente se fué iluminando; abriéndose, dilatándose los húmedos ojos, desplegándose vibrantes los pálidos labios; irguióse el inerte cuerpo, las manos caídas, hasta ese instante, se alzaron entonces en un gesto de irreverente protesta y clavando la mirada angustiosa en la dolorosa imagen de un Cristo, crucificado, que se destacaba pendiente en el fondo de la pared inmediata de la habitación, como un grito espantoso del alma, dijo:

—Dios, Dios mío, no; no puede ser... ¡qué injustica!... ¡nunca! ...yo, yo le amo!...

Y, luego, volviéndose con moderado gesto irónico, casi sonriente hacia el anciano hijo de Loyola, que atónito la miraba, en humilde tono suplicante continuó:

—Padre, padre, vaya por favor usted... de rodillas ante nuestra Santa Madre, ruegue... yo, no puedo... yo me quedo... yo le amo!...

Después, sólo un leve estertor que se apaga. Fué apenas un rumor. Plegar de ropa... ¡Nada!

Federico el grande y el recluta

Federico el grande, rey de Prusia, dedicaba su mayor atención al ejército, cuya fama era legendaria en Europa.

Formaba parte de ese famoso ejército, una guardia especialmente destinada a la persona real y compuesta de 100 hombres, todos de colosal estatura: era un cuadro soberbio y único, que brillaba en las grandes revista que Federico pasaba en Potsdam, cuando no se hallaba 'en el sendero de la guerra".

Difícil había sido formar ese cuadro, por cuanto si se daba con hombres gigantes, no todos consentían en alistarse bajo las órdenes de un monarca, cuya severidad infundía pavor.

Y esa dificultad aumentaba cuando por muerte de alguno o imposibilidad física para seguir prestando servicios, había que reemplazar con la mayor celebridad al que saliera del cuadro para no volver más.

Entonces se veía en serios apuros el sargento reclutador, pues sabía que Federico no admitía una pulgada menos en la talla del sustituto.

Ocurrió cierto día, que falleció uno de ellos, y el pobre sargento empezó a sudar la gota gorda, porque la guardia debía de formar en una gran revista en honor de un príncipe de la Confederación Germánica, que iba a tener lugar muy en breve.

El sargento había recorrido todos los sitios de Berlín, donde pensaba poder encontrar al hombre que reuniese la condición requerida, es decir, 5 pies y seis pulgadas de alto, sin dar con él.

Afligido, se fué a consultar el punto con su muy amigo y consejero, el "chef" de la real cocina. Al penetrar en ella, sintió palpitar su corazón de alegría: ahí estaba un coloso lavando platos, rubio y derecho, como los apreciaba el rey. De seguro que este era "su hombre", puesto que su estatura sobrepasaba la de los demás ayudantes y pinches; ahora sólo faltaba que el lavaplatos quisiera cambiar de profesión.

Se le acercó el sargento, preguntándole si no le agradaría entrar al servicio del monarca en una profesión más elevada que la que desempeñaba.

Puesto al corriente del asunto, contestó que aceptaría si supiese hablar en alemán, porque hacía poco que había venido de Francia, su patria, sabiendo que Federico era muy francés de espíritu.

—¡No se aflija por esto, replicó el sargento, mi amo gasta pocas palabras, y cuando ve una cara nueva, no hace más que tres preguntas: la edad, desde cuándo entró a servir y si está satisfecho del rancho y del trato. Ya vé que no se puede ser más lacónico, y del mismo modo mi amo gusta que le contesten.

Las tres preguntas que le he dicho, son las que invariablemente hace el rey; yo le voy a enseñar las respuestas en alemán, y usted sale del paso con toda comodidad... y yo también. Pocas palabras, mi amigo, tendrá que contestar: tan cortas serán como las preguntas.

El lava platos se dejó convencer, porque no sólo se sentía capaz de desempeñar un oficio menos vil, sino que le halagaba la paga, mucho más crecida, por cierto, que la asignada a sus funciones de pinche.

* * *

Llegó el día de la revista en honor del príncipe. Todo Berlín se dió cita en el campo de maniobras de Potsdam.

El rey-filósofo, como era de esperar, notó inmediatamente, al revistar su guardia, que había una cara nueva. Se acercó para informarse, según lo anunciara el sargento; pero ya sea por distracción o adrede, en vez de principiar por indagar la edad del nuevo soldado, le preguntó desde cuando había entrado a su servicio.

—Hace 23 años, contestó muy cuadrado el francés, pensando que era la primera pregunta.

Sorprendido Federico, al observar el rostro juvenil que tenía por delante, repuso:

—¿Qué edad tienes?

—Un mes, Majestad.

El monarca podía suponerlo todo, — menos que hubiera en el mundo un hombre bastante osado para burlarse de él. Pero como estaba de buen humor ese día, se contentó con decir, riendo:

—Tu o yo debemos estar locos.

—Uno y otro, replicó muy sereno, el recluta, con la certidumbre de contestar la tercera pregunta, o sea la relativa al rancho y trato.

OTOÑAL

Se hallaba en sus pupilas reflejada
la angustia del ambiente...
Y las hojas caían lentamente
sobre la gris calzada.

Su blanco y dulce rostro se inundaba
de infinita tristeza.
Sobre su fina mano, la cabeza
doliente se inclinaba.

Junto al clave rimaba su elegía,
con la mirada errante...
y de pronto sonó la suspirante
y triste melodía

Como aves heridas, las congojas
de Schubert desmayaban
en sus manos de ensueño que ensayaban
reflejar la caída de las hojas.

El clave sollozaba tristemente.
La dulce melodía
derramaba letal melancolía...
Las hojas iban cayendo lentamente.

El otoño vagaba de tristeza
en la tarde muriente...
Y las hojas caían lentamente,
perdida su belleza!

FRANCISCO COSTA DOLDAN

(Paraguay)

La ciudad más triste del mundo

Como para desquitarse los periódicos franceses de las exigencias de los Estados Unidos con respecto a la deuda y las extravagancias e insolencias de los ricos turistas, vienen dedicándose a hacer un examen crítico de la vida y costumbres de los yanquis en su propia tierra.

Consecuencia de esta tendencia es un artículos publicado en "Le Journal", por Jacques Deval, quien acaba de regresar a Francia y que describe a Nueva York como un conjunto de trivialidades vulgares, que sólo pueden consignarse por medio de números y como una ciudad de abstinencia y disolución.

"Fuera del Central Parck, escribe Deval, todos los árboles y los verdores de esta ciudad de seis millones de habitantes, cabrían bien en la tienda de una florista. No se ven pájaros en los rejados ni perros en las calles, ni gatos en los portones y zaguanes, ni flores en las ventanas, ni sonrisas en los rostros de sus moradores.

Londres es melancólico no sin grandeza. Berlín es tedioso pero amable. Nueva York es aburrido sin ser noble, carece de lugares tranquilos adonde uno pueda refugiarse: es una ciudad por la cual ni el más localista de sus habitantes puede sentir nostalgia cuando se encuentra lejos de ella. Se ven mujeres hermosas, es cirto, acompañadas por jóvnes de buen aspecto, pero no se encuentra allí ni rastros del deseo latino de agradar a los demás.

Nueva York es la más triste y la más desolada ciudad del mundo No hay medio posible de llevar allí una vida dichosa. Todas las mañanas abría mi periódico, tan voluminoso como un directorio de teléfono, temiendo encontrarme con la siguiente noticia: "En pleno día se vió a un hombre sonreir en la calle: la policía intervino al punto".

La "vampiresa" rubia de las hormigas negras

Hay cuatro cosas que son pequeñas sobre la tierra, pero de una extrema sabiduría". — dijo Salomón. — Y dió a las hormigas el primer lugar entre las cuatro. "Las hormigas no son seres fuertes, pues preparan su manutención durante el verano".

Lo que el sabio rey quiso decir con esto fué, que las hormigas eran previsoras, criaturas de lejana visión, que miran siempre hacia el futuro.

Una de las cosas más asombrosas es que las hormigas negras tienen sus "vampiresas" rubias, que las hunden en la degeneración.

Las blondas sirenas del reino de las hormigas son de dos clases: una es el insecto conocido por Elidia, y la otra, el llamado Simfilia; de entre esos dos, el último es el más buscado por las hormigas.

Las Simfilias tienen poros en algunas partes de su cuerpo y están cubiertos con fino vello dorado. Esos poros segregan un líquido que es, para las hormigas, lo que el alcohol es para el ebrio de calidad; rondan a las sirenas y en el momento oportuno absorben la secreción de sus cuerpos, para, al poco tiempo, caer por completo, privadas de conciencia al pie de la habitación de sus amistosas enemigas.

El profesor Ewers, de Munich, ha encontrado una especie de hormiga carpintera que hace muy pequeña la entrada a los nidos. Las hormigas de cabeza más grande y más dura son elegidas para guardias. La entrada se mantiene cerrada por la simple postura de una de esas centinelas, cabeza de hueso, contra el agujero; allí se asienta con los ojos cerrados y no hay quien pueda entrar ni salir. Si una hormiga quiere entrar, se aproxima y golpea la cabeza con sus patas, de la misma manera que una gente golpea la puerta, al mismo tiempo que le dice en lengua hormiguera: "Déjame entrar". El guardian abre los ojos, y si queda plenamente convencido de que la hormiga que demanda alojamiento pertenece al nido, hace la cabeza a un lado y la deja entrar. Si sucede que la que pide entrada es una hormiga extraña, el guardián permanece inmóvil, simplemente.

Otro extraño descubrimiento hecho por el profesor Ewers, refuta la creencia general de que la hormiga siempre está trabajando y nunca se detiene más que para el necesario descanso.

Uno de sus juegos se parece al de la pelota. Algunas hormigas suben a la cumbre de los montículos de tierra, llevando pequeños granitos redondos. Una vez en la cumbre los sueltan para que rueden por la falda y después que han llegado casi al pie de los montecillos, cada una de las hormigas se lanza en persecución del propio grano. Aquella que es capaz de agarrar primero su pelota es, aparentemente, la vencedora. Todas ellas regresan de nuevo a la cumbre del montecillo a reiniciar el juego.

Dos hormigas o más, se forman en hileras parecidas a las de los jugadores de futbol, aventándose un granito las unas a las otras, alternativamente de atrás hacia adelante. No hay una utilidad concebible en estas prácticas, y el profesor Ewers se ha visto forzado a admitir que se ponen a jugar.

El profesor Ewers ha contemplado durante horas sus enemistades y luchas, en las cuales no había que lamentar ni "fouls", ni golpes peligrosos. Cuando uno de los contendientes parecía hallarse en extremo excitado, sus "segundos" corrían hacia él y le golpeaban suavemente con sus tentáculos.

Algún masaje era el que recibían, porque inmediatamente la hormiga, demasiado excitada, se calmaba y reanudaba la pelea de acuerdo con las reglas. En la misma forma los segundos alentaban a sus principales cuando alguno de ellos daba muestra de debilidad — y es eso, sin duda alguna, el equivalente de la esponja y la botella de agua de los "rings" donde se boxea por dinero. — Más adelante, no solamente los "segundos", sino también los espectadores, mostraban la excitación de que estaban poseídos, golpeando una pierna contra el órgano que une la cabeza con la parte posterior del cuerpo, y produciendo un sonido que el profesor cree ser el equivalente del aplauso humano.

Algunas, veces sin embargo, al despecho del cuidado de los "segundos", una hormiga pierde por completo el control y entonces la lucha toma aspectos sangrientos. Cuando esto sucede los espectadores parece que se dividen en bandos y tiene lugar una revuelta general, en la que muchos fácilmente resultan heridos.

En tales casos, el método de restaurar la paz es de un espartano carácter. Los mantenedores de la ley y del orden, agarran a algunos revoltosos y les arrancan la cabeza sin mayores preámbulos.

El profesor Ewers hace notar, de manera muy especial, el hecho de que, aquellas que toman parte en los matches de boxeo, son por lo general hormigas que han estado trabajando la mayor parte del tiempo en el interior de los hormigueros, y cree que esos concursos celebrados al aire libre son con el objeto de proporcionarles ejercicio al aire puro. Algunas veces se verifican hasta veinticinco de esos "matches" al mismo tiempo, y cada una de las hormigas tiene sus "segundos" y está rodeada por sus partidarios.

Todavía hay otra extraordinaria prueba de inteligencia — dice el profesor Ewers, — dada por cierta hormiga tropical, que techa sus nidos con hojas. Estas hojas tienen que ser unidas para que el techo sirva. Las mandíbulas de las hormigas adultas están conformadas de tal modo, que no pueden penetrar a través de las hojas; pero las jovenes, que se hallan en el estado de larvas, estan cubiertas por un capullo de fina seda, semejante a la del gusano de seda, y además uno de los extremos del capulo está provisto de una especie de punta bastante aguda.

Las hormigan agarran esas larvas con sus bocas, desatan un poco de la seda del capullo, y empujan la larva, de uno a otro lado de las hojas, a igual que una aguja. Al tiempo que la aguja penetra, la seda realiza su función de anudar. El nido se termina de hacer en esta forma, sin que sufran daño alguno los pequeños ocupantes del interior de estas agujas animadas.

Las hormigas tienen "vacas" también, que dan una leche especial. Estas "vacas" son una variedad de la Elidia y la piel de ellas exuda un líquido dulce. Las hormigas juntan esta "leche", lamiendo el cuerpo de las "vacas". Un número apreciable de estas "vacas" son guardadas en establos en el interior del nido y alimentadas de la misma manera que se alimenta a las verdaderas vacas en los establos; pero con pedacitos de hojas y fragmentos de frutas, y algunas veces se las deja salir del hormiguero.

Evidentemente no sería eficaz dejar a cada hormiga que quiere beber "leche", entrar al establo y ordeñar las "vacas". En consecuencia, ciertas hormigas jóvenes son elegidas para convertirlas en botellas vivientes de leche. Se las rellena de miel hasta que sus estómagos se convierten en redondos globos. Entonces se las agarra y se las cuelga de las patas y el cuello, en el techo.

Cuando entra una hormiga sedienta, ella no se encamina al sitio en que se encuentran las "vacas", sino que trepa hasta que se halla al lado de uno de esos toneles vivientes. La barrica abre entonces la boca y la hormiga sedienta la alcanza, succionando la "leche" que necesita beber. Cuando las hormigas están vacías, otras trabajadoras están prontas a reemplazarlas. Después que esas hormigas han sido colgadas una vez — dice el profesor Ewers, — muy rara vez bajan, si eso llega a suceder. Allí colgadas se las llena y se las vacía hasta que mueren.

FRAGMENTO

Tenía Apio cuatro robustos hijos y cinco hijas, una casa amplia y gran número de clientes; sin embargo, era ciego y anciano. Más como tenía una alma tensa a la manera de un arco, aunque decayendo no sucumbía a la vejez. Conservaba no solo autoridad, sino también poder absoluto en los suyos, sus ciervos le temían, le reverenciaban sus hijos, le amaban todos. Regía en aquella casa la regla y la disciplina paternal. Tal es la ancianidad honrada, si se ampara por sí misma, si sostiene sus derechos, si no se sujeta a potestad ajena, y si, hasta el último aliento, conserva el poder en los suyos. Así como juzgo bueno que el adolescente tenga algo de anciano, así apruebo que el anciano tenga algo de adolescente, porque el cuerpo puede ser anciano, más el alma nunca. Tengo en mis manos el libro séptimo de Los orígenes, recojo todos los monumentos de la antigüedad, retoco todo cuando es posible las oraciones de las causas célebres que defendí, comento el derecho de los augures, de los pontífices y el civil, cultivo mucho la literatura griega, y, a la manera de los Pitagóricos, para ejercitar la memoria, hago recuerdo en la tarde de cuanto he dicho, hecho u oído en el día. Estos son ejercicios del ingenio, tareas del entendimiento, en las que, no obstante el gran trabajo, actividad y atención, no echo de menos las fuerzas del cuerpo. Veo a los amigos, voy al Senado y con frecuencia llevo asuntos bien y largo tiempo estudiados; y de estas cosas cuido, no con las fuerzas del cuerpo, sino con las del alma.

CICERON

Plantas que predicen terremotos

La "abrus precatorius en una planta de Cuba, constituída por un largo tallo y numerosas ramitas de hojas delicadas. Esta planta es sumamente sensible a las influencias eléctricas y magnéticas: sus hojas cambian de color o se cierran y las ramitas adquieren curiosas posiciones. Dice una opinión científica que se puede predecir las convulsiones de la naturaleza, interpretando los movimientos de la planta bajo la influencia de las corrientes eléctricas.

Pleito curioso - Comisión por buscar esposa.

Ante los Tribunales del Sena, en París, se ha visto estos días un curioso pleito.

Un funcionario publico que había quedado viudo, deseando contraer nuevo matrimonio se dirigió a un amigo suyo que era corredor de alhajas, y le encargó que le buscara una novia. Este le dijo que no tendría inconveniente en ello, siempre que el mismo día en que se celebrara la boda, el funcionario le diera 3.000 francos por su comisión.

El viudo se comprometió a ello en documento privado.

El corredor de alhajas, presentó a su amigo a una joven bastante bella y con buena dote; pero el viudo no quiso aceptarla por esposa alegando que tenía un modo de marchar poco gracioso.

No se desanimó por eso el corredor de alhajas, y al poco tiempo le presentó a otra dama tambien joven, también guapa, también con algún dinero, y que además marchaba muy graciosamente.

Esta vez acertó, y celebróse la boda.

Pero el funcionario negóse a dar los 3.000 francos, alegando que era demasiado dinero para dos presentaciones.

El corredor de alhajas, acudió a los tribunales, y han dado su fallo, que es como sigue:

"Considerando que el hecho de aproximar a dos personas, con objeto de que contraigan matrimonio, no es en modo alguno inmoral, sino al contrario perfectamente honrado, y:

Considerando igualmente que no se ha comprobado que haya habido fraude alguno en el contrato, se condena al demandado a pagar los 3.000 francos que se le reclaman".

Si no se llega a retrasar el entierro la sepultan viva.

Noticias de Prezezany (Galitzia) dan cuenta del siguiente extraordinario suceso:

Murió en dicha localidad una señora apellidada Russ, esposa de un rico comerciante.

El médico que la asistió durante la dolencia firmó el certificado de defunción.

Y la familia encargó a una agencia fúnebre el cuidado de preparar el entierro y los funerales.

Como la hija mayor de la difunta vivía a varias leguas de distancia, la inhumación fué aplazada durante veinticuatro horas, para dar tiempo a que llegase.

La hija llegó toda bañada en lágrimas, y pidió que la dejaran ver el cadáver de su madre.

Acompañada del esposo de la muerta y de otros familiares penetró en la estancia mortuoria, y entonces presenciaron una escena emocionante.

Cuando la hija lloraba y se inclinaba sobre el cuerpo para besarlo por última vez, la difunta abrió los ojos, apoyó las manos en los bordes de la caja donde yacía, sentóse y manifestó su extrañeza por ver tanta gente en torno suyo, dando muestras de tan grande aflicción.

Le dijeron que la creían muerta, y entonces se levantó, echó a andar, fué al comedor de la casa y pidió el desayuno.

Cuando se hubo desayunado reflexionó sobre lo que había estado a punto de ocurrirle, y dirigiéndose a su hija repuso:

—Gracias a tu ausencia, hija mía, no me han enterrado viva.

Tres autoridades se disputan a un famoso bandido que en su celda tiene una ametralladora.

La atención pública de Estados Unidos sigue con interés un conflicto de jurisdicción que tiene en pugna a las autoridades de tres condados del Estado de Illinois. Se trata de lo siguiente:

Un criminal muy conocido, llamado Carlos Birger, llevaba campando por sus respetos varios meses en el condado de Williamson. Había cometido numerosos robos y asesinatos, y últimamente, al frente de una banda, había entablado una lucha a muerte con otra partida de bandoleros.

Un día hizo caer a esta última banda en una emboscada, y la destruyó casi totalmente. Llegó a ser tan temible que fué necesario emplear la milicia y aviones de bombardeo para capturarle.

Fué entregado al cheriff del condado de Salin; pero los sheriffs de otros dos condados limítrofes reclamaron al bandido, diciendo que los crímenes habían sido cometidos en sus demarcaciones y que, por lo tanto, a ellos correspondía custodiarlo y mandarlo juzgar.

El sheriff de Salin negóse a entregarlo, y entonces los otros dos amenazaron con ir a sacarlo de la prisión a viva fuerza.

Para protegerlo contra sus compañeros, el sheriff de Salin ha entregado a Birger una ametralladora, que el bandido ha colocado en la ventana de su celda, y con la cual puede barrer la plaza que hay delante del edificio.

Para que pueda usar la mortífera arma le ha dado además numerosas cintas de balines.

Carlos Birger, conmovido por esta prueba de confianza, ha prometido por su honor que no se escapará y que no empleará la ametralladora sino contra los policías de los condados vecinos.

Anteayer se presentaron dos grupos de éstos delante de la prisión; pero al ver que el bandido les amenazaba con su ametralladora y les decía a voces que iba a hacer fuego contra ellos, se retiraron prudentemente.

Los periódicos de Chicago incitan al gobernador de Illinois a que intervenga en el asunto y evite este escándalo, que es objeto de todas las averiguaciones.

Estaba mudo y la gripe le devuelve el uso de la palabra.

Los periódicos alemanes dan cuenta de un extraño suceso que ha ocurrido en Bad Nauheim.

Un agricultor alemán llamado Jorge Langsdorf, siendo soldado cuando la gran guerra, fué enviado en septiembre de 1916 al frente del Somme, atacado a la sazón por los ingleses y franceses.

En el curso de un combate, un enorme proyectil francés hizo explosión a su lado, y a consecuencia de la conmoción Jorge quedó mudo.

Desde entonces no había recobrado el uso de la palabra.

Días pasados, Jorge sufrió un fuerte ataque de gripe y se acostó, víctima de una fiebre elevadísima.

Le acometió el delirio, y durante él, tuvo terribles alucinaciones. Quería arrojarse de la cama y salían de su boca sonidos inarticulados.

Creía que estaba en la guerra y que iba a morir víctima del bombardeo de los franceses.

De pronto se incorporó, arrojó lejos de sí a los que le sujetaban y se puso a correr por la habitacion. Los que trataban de volverle a la cama observaron con asombro que pronunciaba palabras perfectamente articuladas. Le metieron en un baño y lograron calmarle, y entonces se puso a hablar con volubilidad.

Llegó el médico y dijo que la fiebre, al determinar en él un delirio con alucinaciones, le había vuelto el uso de la palabra.

Jorge está ya convaleciente y alegre por haber recobrado el habla.

Quema veinte mil liras en billetes y su esposa lo hace encerrar.

En San Remo (Italia), un diamantista llamado Pietro Boldelli, hace algún tiempo se mostraba muy melancólico y decía que este mundo es una mentira y que hay que huir de la riqueza.

Ayer se apoderó de las llaves de un cofre, quitándoselas a su mujer, abrió éste, sacó veinte mil liras en billetes de Banco, que componían todas las economías del matrimonio, y les prendió fuego.

Cuando las llamas consumían los últimos restos de los billetes, llegó la mujer y empezó a dar gritos de desesperación, pero él le dijo:

—No hago más que seguir las huellas de los grandes santos y de nuestro Señor Jesucristo. Tanto éste como San Francisco de Asís recomendaron la pobreza. Yo quiero salvar mi alma, y por eso destruyo este dinero, que es un elemento de corrupción.

La mujer, no satisfecha con este razonamiento, se fué al juez a contarle lo que le pasaba. Este hizo que el diamantista fuera reconocido por los médicos y después ha dispuesto su ingreso en un manicomio.

EL TARAMBANA

Por Felipe Torcuato Black

Nuestro medio ambiente social, por el hecho de ser ampliamente cosmopolita, donde todas las razas del universo, confundidas y entremezcladas al infinito, van lentamente deformando los tipos raciales originarios, y produciendo un ejemplar complejo, donde se advierten los rasgos de sus progenitores inmediatos, mezclados a su vez con otros seres complejos del mismo ambiente, dan como fruto inequívoco algunos seres con una psicología heterogénea, difícil de estudiar, exijiendo por lo menos una labor de paciencia como si fuera un problema de palabras cruzadas.

* * *

Sin embargo merced a las clasificaciones espóntaneas que la opinión pública y los observadores particulares han hecho de diversos individuos ya están clasificados muchos tipos de nuestro ambiente: el atorrante, el malevo, el lunfardo, el cafiolo, el chorro, el reo, el pobre gato, el fifí, el pipiolo, el miché, el paparulo, el otario, el pato crónico.

* * *

Así como a través del microscopio se consigue aislar algún microbio de los que viven y se desarrollan en el organismo, nosotros, estudiando el organismo social, hemos aislado un bicho raro, que no es ni bacilo, ni microbio, ni gonococus. entonces ¿qué es?... ¿Es una especie de bicho de parra? No; porque el bicho de parra se convierte en mariposa y esta transformación de belleza, obliga nuestra admiración.

¿Es un bicho canasto?. Tampoco, por la misma razón que el anterior y el bicho raro que nosotros hemos estudiado produce más repulsión que simpatía. Es un gusano, una sanguijuela, un chuncaco, un alacrán, un cienpiés, una catanga, una avispa, un bicho baboso, una cucaracha o un mamboretá?. Sí y nó; es decir, el animalito raro que nosotros hemos observado tiene un poco de todos estos últimos bichos.

Además, tiene algunas de las características de los animales de otros órdenes.

Por ejemplo, tiene mucho del monito titín, del loro, del gato, del perro faldero y del papagayo.

Y del hombre, ¿qué tiene?

Del hombre? — tiene el aspecto, la forma, los modales y costumbres; tiene su origen, como que ha sido creado por él y con él convive y se confunde; pero le falta el alma del hombre perfecto y por fin le faltan y le sobran condiciones y defectos, que dentro de la tolerancia de la vida humana constituyen más o menos el justo medio del concepto que se tiene del hombre normal de la actualidad y que nosotros creemos haber estudiado con una gran paciencia y una recomendable constancia.

Nos referimos al tarambana.

¿Qué es el tarambana?

El tarambana, según la Academia de la Lengua, es una persona loca y tonta, es decir, medio tonto y medio loco.

¿Cómo?, dirán ustedes : *"o es loco o es tonto"*. No puede ser las dos cosas al mismo tiempo.

Bueno, pués: aunque ustedes no quieran creerlo, el tarambana tiene la locura y la tontería por mitades armoniosamente metidas en su cerebro: como el aceite y el vinagre.



—Conozco un medio segurísimo, infalible, de ganar con el juego.
—¿Y es?...
—Arrimarse a los señores que ganan.

ANÉCDOTA

Un día tres amigos se paseaban por París.

—Tomaría con mucho gusto un buen almuerzo — dijo uno.

—Yo me contentaría con almorzar aunque no fuera espléndidamente, agregó otro.

El tercero concluyó:

—Y yo con algo, aunque fuera muy sencillo, y le daría el nombre de almuerzo.

Desgraciadamente los dineros comunes eran muy escasos. De repente, uno de ellos exclamó:

—¡Tengo una buena idea! Seguidme. Y los llevó a ambos ante un editor de música a quien se dirigió en estos términos:

—Señor: venimos a proponerle a usted un negocio: que nos compre una romanza , de la cual yo he escrito la letra y el señor la música que yo voy a cantarle, siendo el único de nosotros que tiene un poco de voz.

—Cantadla y después veremos — respondió el editor.

El joven cantó y el editor debió quedar satisfecho, porque pagó la romanza en quince francos. Los tres amigos corrieron al restaurante a pedir el almuerzo soñado.

El autor de las palabras se llamaba Alfredo de Musset, el músico Mongran y el Cantor Dupré. En cuanto a la romanza tenía por título "La Andaluza". Pagada en quince francos, produjo... cuarenta mil.

Ahora, como su vida, por la falta de eje y de freno moral, es una constante agitación, ha concluído por mezclarse la locura con la tontería y ahí tienen ustedes un ejemplar raro y absurdo, que nos damos el placer de presentar al distinguido auditorio con el título de *tarambana.*

Loco y tonto hemos dicho.

Vamos a analizar por partes:

El loco es un ser privado de razón; los psiquiatras lo estudian desde su punto de vista y lo clasifican de este modo: sub-alienado, es decir, medio loco; sin agregar las tareas hereditarias y las adquiridas que se anotan en el boletín anamésico del manicomio, los paisanos le dicen: *ído* y los lunfardos tos llaman *"espiantaos de la azotea"*.

Esto en cuanto a la media locura.

Ahora veamos la palabra *tonto.* Dice la Academia: tonto, mentecato, necio, poco inteligente — Payaso de los circos, destinado sobretodo a recibir las bofetadas; lo que nosotros conocemos con el nombre de *Tony.*

Investigando las subdivisiones del tonto, nos encontramos con la palabra mentecato, del latín (mens), (entendimiento) y *captus* que que quiere decir *tomado*, por extensión *"tocado"*.

El *mentecato*, es un tipo que presenta los aspectos variados del *zonzo*, del *majadero* y del *necio.*

El *necio* a su vez, es ignorante, mal criado, terco y porfiado.

Algunos confunden al *tarambana* con el *tilingo;* pero tilingo es sinónimo de tonto y, por consiguiente el tilingo es la mitad del tarambana. Se distingue desde que da el primer vagido, porque el tarambana, como los poetas, nace, no se hace.

Desde chico se distingue por tirar piedras a los tranvías y a las vidrieras.

El, es el niño mimado, que, cuando hay visitas penetra en la sala con la cara sucia, las medias caídas, una cacerola al hombro y con el gato tomado de la cola.

Es el escolar que insulta y se burla de la maestra o del viejo maestro, hasta hacerse expulsar del colegio. Es el estudiante haragán y camandulero que no estudia y que se presenta con toda audacia a rendir examen, *por si pasa*, fingiendo estar muy nervioso y afectado por alguna pesadumbre, hasta que fracasa estrepitosamente, riéndose de su propia derrota, él mismo.

El tarambana se distingue en cualquier sitio en que se encuentre, por su actitud inquieta, absurda y enojosa. En medio de una concurrencia, de una tertulia, de un velorio, de una misa, de un baile, de un festival, donde haya reunido un nucleo de gente culta, con el objeto de ver o escuchar alguna manifestación de belleza, de arte o de cultura, el tarambana está dando la nota discordante y molesta.

Por lo general, se acerca a una señorita, a la cual comienza por contagiarle parte de su tarambanismo, sobre todo la parte de tontería, que él sabe manejar hábilmente.

A los pocos minutos, el tarambana, ha convertido a una niña correcta y prudente, en un instrumento de su tarambanería, infiltrándole, al oído, la falta de tilinguería que le sobra.

La simpleza, la bobería y la necesidad, son sus características.

Aunque sabe simular y fingir, pretendiendo pasar por persona sociable, al final pone de relieve su psicología de torpe y de sinvergüenza.

Para los Clubs y Asociaciones, es una verdadera calamidad, por ser el exponente de malacrianza y de mal disimulada grosería.

El tarambana no tiene personalidad: es, en el fondo, un infeliz, que con sus torpezas pretende pasar por gracioso, para ocultar su desgracia y su desventura moral.

Se hace el pillo y en el fondo es un infeliz, pero no deja, por eso, de ser torpe, perverso, indecente, hipócrita y cobarde.

El se hace el atolondrado para pasarlo bien; la astucia, el disimulo y la bella(-) quería descarada, le bailan en los ojos en cuanto se descuida.

¡Pobre de la señorita que tenga a su lado a un tarambana, de esos que hacen chistes en voz baja y le hablan al oído, y la obligan a reir, haciéndolas pasar también por tarambanas femeninas!

El tarambana tiene sus varientes, es el joven inquieto y mal criado de las reuniones, es el señor que se las da de serio y hace el viejo verde, a fuerza de dinero.

Puede el tarambana, ser un poco más loco que tonto; o viceversa; ser un poco más tonto que loco; este último ejemplar, es el más numeroso de la especie y se distingue por estar riéndose constantemente, perennemente, porque sí, sin razón ni motivo, como los idiotas, o fingiendo, taimado, malandrín y bribón, una ingenua estupidez que su alma miserable sabe representar muy bien.

El tarambana tiene todas las fallas del ser humano fracasado moralmente; es envidioso, burlón, torpe, malsin, majadero; a veces imbécil, y cuando le parece, cretino.

Como buen hipócrita, el disimulo es una de sus armas favoritas.

El tarambana es cobarde; no afronta jamás una situación de hecho; pero, poniéndose en la situación más ventajosa, se hace el loco, o se hace el tonto.

Como producto espúreo de nuestro ambiente, le falta la hombría, la dignidad y la decencia, que él sabe disimular siempre.

Al exponer el estudio del tarambana, lo hacemos, especialmente, en obsequio de las chicas casaderas.

Cuando se les acerque un joven, como perrito faldero, a hacerles gracias y empiece a canturriar una declaración al oído, tengan cuidado; vayan sumando la serie de palabras que susurre, pretendiendo hacerlas pasar como chistes, y si pasan de diez por cada cuarto de hora, cuidado con él. No sea que mañana en el afán de casarse, no se fijen bien, y al día siguiente de la boda, se vuelvan disparando al hogar paterno y al caer desesperadas en brazos de la madre, se vean obligadas a confesarle entre sollozos:

—Ay ma... mi... ta, mi marido me ha resultado un... tarambana.

Animales que lloran

Numerosos experimentos verificados con gran cuidado, han venido a demostrar que algunos animales lloran como cualquier persona racional. Ceofroy Saint Hilaire, F. Cuvier, E. Tonnent y otros han comprobado que los chivos tienen glándulas lacrimales, las cuales funcionan en caso de gran pesar.

Los ciernos tienen también órganos semejantes en los ojos. Si se examinan los de un ciervo herido, se verá que llora realmente por el dolor que la herida le produce y el miedo que la persecución le causa.

Los cabritos lloran también, cuando se les separa de la madre para destetarlos.

Otro animal que llora es el oso. Cuando estos animales presienten su muerte, lloran copiosamente en silencio, y poco antes de exhalar el último suspiro, sollozan como pudiera hacerlo un hombre. Si a una jirafa se le hiere de gravedad, llora, aun cuando no sea el dolor muy grande: parece que deplora, más que el sufrimiento, el que se le haya estropeado la piel o que acaso le repugne la vista de la sangre.

Los elefantes, cuando están en cautividad, lloran incesantemente, porque no les gusta estar presos.

Cuando uno de estos paquidermos trata de escapar varias veces y no lo consigue, gime y llora desesperadamente.

Si se atormenta a una foca, llora demostrando su disgusto, pero jamás demuestra ideas de venganza.

El delfín es notable. Es sabido que cambia de color al morir, pero lo que no todos saben es que llora. Cuando va a fallecer, sus ojos demuestran que experimentan una gran pena.

La ciencia de los coreanos

Un misionero yanqui que acaba de regresar a su país de Corea, en donde ha residido algún tiempo, dice que los antiguos coreanos fueron grandes inventores y hombres de ciencia. Según él, emplearon buques acorazados de hierro contra los japoneses en 1597 y husaron tipos de imprenta de metal, mucho antes de que se descubriese la imprenta en Europa. La pólvora la conocían desde el año 200, antes de Cristo.

A principios de la era cristiana, ya había en Corea, fundición de bronce y de latón y parece ser que los ingenieros que construyeron la gran muralla de China, eran coreanos.

Confesión de una hija del siglo

Por Xenia

He cometido un robo, pero, como el aventurero Raffles, no es para mí, sino para los demás.

A ustedes las jovencitas del día, de melena Eton y falda corta, a ustedes las mamás, que quieren ser como sus hijas y a todos los hombres que, renegando del siglo actual y de su desastroso modernismo, viven pendientes de sus caprichos, debido este hallazgo en que, por su realismo y verdad, han de hallarse muchas y muchos, ya que Lucy, escribiendo para sí misma, ha desnudado su alma, quizás para igualarla a su cuerpo, cuando en los bailes y en las playas, luce los últimos modelos franceses y neoyorquinos:

"Tengo veinte años y me pesan como cien, como mil, cual si fuera un nuevo judío errante que ha vivido una eternidad.

Si alguien supiera la amarguísima, cruda decepción que hay en el fondo de mi alma, si sospecharan en qué turbias sensaciones se revuelca mi corazón, el lodo que lo cubre, se apartarían de mí con horror.

Pero, ¿quién ha de creer, quién ha de pensar, siquiera, que bajo mi blanca frente, tan serena, tras la mirada pura de mis ojos celestes, se agitan la vanidad, la hipocresía y la dureza de un corazón perdido?

Y no me siento culpable de ser así. Nunca me hablaron el lenguaje que tal vez hubiera tocado alguna fibra sensible de mi ser; siempre pusieron ante mis ojos, todo cuanto he deseado y no tuve capricho que no viera satisfecho. La vida, contemplada por mí, desde esa altura, fué siempre brillante y suave como las telas de mis trajes y el centelleo de mis joyas.

¿La amistad? Puedo afirmar que no existe. Por eso, el día en que se me reveló esa triste verdad, conté con la última amiga, y, desde entonces, todas las que conozco, que invito a mi yate, que llevo a las fiestas, las uso como damas de compañía cuando me conviene y a manera de corte.

¿El amor? He aquí una palabra que hoy me hace reir.

Veamos. Tenía diez y seis años cuando dejé el colegio. Sabía ya, muchas cosas que no sospechaban mis abuelas a esa edad, en tiempos pasados, y me preparaba a hacer la guerra a mi hermana mayor. Y así fué. Todos los que giraban alrededor de Delia, como mariposas, enloquecieron por mi melenita rubia, mis ojazos y mis travesuras, que revestía de candor.

¿Cuántos fueron? Quizás no recuerde exactamente, si hasta ayer eran veinte o veinticinco. Ernesto, Guillermo. César, Julio, Enrique, Alfredo, Eduardo, Mario, Santiago.............

Todos pasaron por mi alma, por mi vida, sin dejar huella, como el agua que resbala sobre el cristal. Era una continua fiesta para mis días que se deslizaban entre los halagos vanidosos que me brindaba la adoración de los que se rendían a mí.

Jugaba con sus corazones, alentaba sus deseos y cuando se creían próximos a alcanzar la dicha, mis sonrisas se trocaban en desdén, y mi amable camaradería, en frialdad desconcertante.

Así heridos, algunos desesperados, incurablemente sombríos, huían de mi lado con la maldición en sus labios, otros, más fuertes, soportaban su derrota y un desprecio silencioso reemplazaba su adoración.

Yo reía. Yo bailaba. Muchos cocktails me daban la alegría que, en realidad, me faltaba siempre. Y entre el humo de mis cigarrillos rubios y la lectura de una novela de Colette, mi corazón, ciego y mudo para el sentimiento, latía tranquilo, sin sobresaltos, sin remordimientos...



—Soy muy desgraciada, Rosita. Amo y soy amada.
—¿Y te quejas?
—Es que se trata de dos hombres distintos.

Indiferente, insensible a todo cuanto no fueran mis caprichos, mis deseos, seguía mi vida brillante y vacía. Pero unos ojos negros, negros, tanto como eran celestes los míos, esclavizaron mi alma, mis sentidos.

En mi corazón se desencadenó con fuerza irreprimible, la pasión violenta, avasalladora. Y el tormento infligido a tantos otros, la sed que torturó a aquellos de quienes me burlé, volvióse contra mí, insaciable y enloquecedora. El, (no quiero ver escrito su nombre adorado y maldecido mil veces) me cortejó como cortejaba a las otras. Ni mi belleza, ni mi elegancia, ni mis riquezas le atraían. Era sólo una mujer más.

La inútil desesperación, martirizaban mi cuerpo y mi alma, ahondando cada día mi dolor. El sufrimiento desgarraba mi vida toda, tornando mis horas febriles y atormentadoras. Pero me humillé tanto, tanto, claudiqué ante él, de tal manera, de mi orgullo y mi vanidad, que viéndome a sus plantas, tan tristemente humilde e implorante, me dió el amor compasivo de su corazón.

Nada quedó en mi vida, que no le brindara, ni un solo pliegue de mi corazón oculté al suyo, y de mis perversidades, me acusé ante él, para absolverme en su cariño.

Fué como haber nacido de nuevo. Todo al influjo de mi amor profundo, único, indescriptible como la eternidad. La honda emoción, el delirio de ese que dió a mi existencia, un nuevo ritmo y me dejé arrastrar por ese ensueño olvidada del mundo y de las penas que había derramado en mi camino.

Ese veneno me envenenó al rodar. Y cuando en todo mi ser no había un sólo resquicio que no estuviera rebosante de "él" cual yo, otro día, fría despiadadamente, trocó su amor de piedad en cansancio, sin disimulo, y en indiferente desdén.

La mano que pudo haberme salvado, me hundió de nuevo en la miseria moral de que había salido, merced a su amor; el corazón que había hecho nacer en el mío alguna generosidad, sentimientos leales, mató lo poco bueno que él tenía, con la severa justicia de la ley de compensaciones...

Yo no lloro. Ni una sola lágrima hay en mi ser, que pueda verterla sin que sangren todas mis heridas, cuidadosamente ocultas. Río, fumo y bebo los cocktails de mi invención. Hago de la noche día.

Alguna vez, mi madre cree que debiera reposar, no bailar tanto. Pero mi madre no sabe nada, puesto que no ha sabido educarme.

¿Mi padre? Cuando en las pocas ocasiones que le veo en casa, observa que estoy seria, los codos sobre las rodillas y en la boca una larga, extravagante boquilla con mi cigarrillo rubio, cree que Lucy, la pobrecita, no tiene trajes o desea una joya. Nada más.

Guardo en estas memorias que jamás volveré a tocar, mi único y último amor. Y ahora, yo tomaré el desquite sobre todos los hombres que se acerquen a mí, pagando ellos el fracaso que me vuelve a la senda abandonada."

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre.	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre.	„ 5.00	Semestre.	„ 6.00	Semestre.	„ „ 4.00
Año.	„ 9.00	Año.	„ 11.00	Año.	„ „ 8.00
N.° suelto.	20 cts.	N.° suelto.	25 cts.		
N.° atrasado.	40 „	N.° atrasado.	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAPEL Y TINTA

«Patria», por Ricardo Chaminaud.

Entre los muchos libros de versos que continuamente se vienen publicando, algunos con falsos conceptos, otros escasos de emoción, el que ha dado recientemente a la publicidad el señor Chaminaud, es uno de los que más nos agrada.

Confesamos que nunca hemos leído nada de éste novel autor, y creemos que "Patria" sea su primer obra, y si así fuera, no dudamos que con este volúmen pone de relieve su espíritu altamente poético.

Indudablemente no seríamos sinceros si dijéramos que esta obra es definitiva, no, tiene sus imperfecciones como todo libro que se da a la publicidad, pero de su factura poética, se deduce un alma clara, emocionable, predispuesta a adorar la belleza, y que en libros ulteriores adquirirá una gran perfección.

Hay en este libro poemas bellos, como "Noche", "Coronilla" y otros que hablan en bien de su autor.

El poeta Chaminaud, va por una buena senda, y esperamos que las malas corrientes modernas no lo lleven a escribir extravagancias.

«El eco rusticano», por María Amalia Zamora.

Si muchos de los que publican libros cuidaran antes de darlos a la publicidad, de la factura que encierran, aquellos mantendrían una unidad, y no existiría esa desarmonía que se nota en muchos volúmenes. La obra debe meditarse, estudiarse y no ha de ser arrojada a los cuatro vientos, como un ramo de margaritas.

Esto he pensado leyendo el libro de esta nueva poetisa, quien tiene pasta para dar cosas bellas, si se apartara de esas rarezas de que adolece su libro en algunas composiciones, como "Los dones" y "Función matinal". En cambio tiene versos bien concebidos, armoniosos y meditados, como "El canto de fuego" y "Tristeza Otoñal". Aquí es donde se ve claramente el alma de la poetisa, que surge espontánea y dominadora de la belleza .

Confío en la obra futura de esta poetisa, que ella marcará un nuevo derrotero, siempre que abandone la orientación de los versos raros. Tiene alma, mucha alma, una emoción grande y una recóndita sed de amor por lo bello. Con esto está todo.

«Poemas», de Adolfo F. Guerra.

Hay un fondo filosófico en los poemas del señor Guerra, y un dejo de panteísmo, suave, acariciador. Tal vez la emoción empobrezca en ciertos momentos, debido a que se deja llevar por el impetu poderoso de su idea, por el fuego de su astro.

Creemos en su triunfo definitivo siempre que se limite a cantar las cosas de su corazón. Su libro es bello y merece leerse y son dignas de citarse "Cuando a tu lado sueños", "Mariposas azules" y otras.

Tratándose de un primer libro, es un exponente, de una cosecha mejor, porque en él hay grandes promesas de poemas futuros, que no dudamos las obtendrá.

«Savia nueva», por Alicia Porro Freire.

Entre las poetisas uruguayas del día se destaca, con perfiles vigorosos, Alicia Porro Freire, que se halla en el cuarto lustro de su vida. Su libro "Savia Nueva" editado por Máximo García, contiene las últimas producciones de la distinguida intelectual rioplatense.

Alicia Porro no imita a nadie. Su personalidad está delineada, más definida en cada producción. Extraña mezcla de dulzura y ligeros pesares, de optimismo y pesimismo, fluctuando constantemente entre la alegría y la pena. Su mirada va siempre hacia el porvenir. Por eso anhela la muerte dejando un brote vigoroso en la vida. Así lo dice en sus versos sencillos y hermosos.

En la producción, portada del libro "Savia Nueva" canta a la vida, al amor, presiente la vejez cercana y no quiere dilatar la espera del amado. La segunda producción también acusa ese estado de alma. Hay anhelos de morir. A mitad del libro encontramos otra página amorosa. "Yo no quiero morir", y no quiere morir, no porque tema a la justicia de los cielos, ni porque le espante el olvido, etc. No. Habla la poetisa.

"Es que siento que sufriré el martirio
de tener unos labios que no besen...
y dos ojazos que arderán cual cirios,
sin la esperanza de fundir siquiera
en la otra llama que su luz complete...
y dos manos exangües que, aunque quieran
acariciar tu varonil cabeza,
en mi regazo helado queden mustias,
enmohecidas, por letal pereza".

Así, con esta sencillez, con esta claridad despojada de artificios, Alicia Porro Freire vierte sus emociones, graba sus pensamientos. De todas las páginas del libro surge potente la sinceridad, que no se escurre frente al ejército de viejos prejuicios que, por muchos años, mantuvieron cohibida a la mujer, obligándola a disfrazar sus sentimientos, a contener sus impulsos.

Hay arte, hay buen gusto en los versos de la poetisa uruguaya. No hay relumbrones, no hay chispazos. Hay serenidad y hay verdad como en una confesión.

Alicia Porro Freire colabora en múltiples revistas americanas y su popularidad se va extendiendo.





«Una aventura en el desierto», por el capitán Estevez - Editorial Calpe, Madrid 1927.

"Una aventura en el desierto", es una obra digna de ser leída por muchos conceptos. Fresca está en nuestra memoria la inolvidable travesía de los valerosos pilotos peninsulares, a través del desierto, travesía que, después, de una serie de interesantes aventuras, se vió coronada por el más franco éxito.

En este libro, el bizarro capitán Estévez nos relata la odisea de su viaje, y, además, nos muestra el escenario político de algunas ciudades de oriente, lo cual le dá un noble valor.

Creemos innecesario decir que este volúmen ha obtenido y seguirá mereciendo un triunfo clamoroso. Para ello han contribuido especialmente el estilo impecable con que está escrito y el laudable don de observación que revela su autor en todo momento.

E. M. de O.

«El inglés de los güesos», por Benito Lynch. - Editorial Calpe - Madrid.

Hace alguno años leímos por primera vez esta obra. En aquellos momentos sentimos y experimentamos una profunda impresión ante la grandeza del argumento que la integra. Benito Lynch ha realizado con "El inglés de los güesos", una de las más grandes novelas americanas, obra destinada a perpetuarse en el concierto de nuestras letras.

Rara psicología, en verdad, la de aquel míster "Yemes", hombre de otra raza y otra religión, comparada con la ingénua de Balbina, tierno capullo de las pampas, abierto apenas al primer amor que mata y desespera. Luego, vemos aparecer al gauchito rastrero y traidor, y no podemos menos que observar en ese personaje algo así como a un símbolo. Porque no siempre nuestro gaucho es el hombre noble que cantó Martín Fierro y consagró, desde las tablas, Podestá. El gaucho tiene mucho de pícaro y solapado, como algunas veces de generoso y noble. Se advierte que Benito Lynch conoce a fondo la vida de los personajes tratados en esta obra, y, fruto de sus observaciones logradas sobre el terreno, es este volúmen incomparable.

La Editorial Calpe ha reeditado la obra en un elegante volúmen que ha sido distribuido recientemente.

E. M. de O.

«Exposición de la Poesía Argentina», por Pedro Juan Vignale y César Tiempo. - Editorial Minerva.

Pedro Juan Vignale y César Tiempo, han organizado definitivamente su "Exposición de la actual poesía argentina" que imprime la Editorial Minerva.

La antología consta de dos partes, la segunda de ellas consagrada de los poetas noveles que aún no han publicado en volúmen sus producciones.

Se publica, en la "Exposición" de Vignale y Tiempo, una caricatura de cada autor con su correspondiente autobiografía. Se ha dejado librado así al criterio de cada uno el relato de las minucias e inquietudes de su diario vivir.

"La exposición de la poesía argentina" llamará la atención y se impondrá porque está hecha con inteligencia y buen criterio artístico.

Noticias Literarias

El "Bundes Kalender" ha dado una versión de "Bajo la lluvia" y "Desamparados", traducidos al alemán por el señor Richard Stengel. Estos títulos pertenecen al poeta y crítico señor Fermín Estrella Gutiérrez y han sido tomados de su último libro de cuentos.

También este joven y consagrado autor ha despertado interés en el Brasil, donde Osorio Duque-Estrada, (de la Academia de Letras del Brasil) comenta sus dos libros de versos "El cántaro de Plata" y "Canciones de la Tarde" y traduce de los mismos, en "O Jornal do Brazil", algunas de sus poesías.

Julio Vignola Mansilla, que nos diera hace poco un hermoso volúmen de versos titulado "Las ánforas de Bronce" tiene en preparación dos libros más, "Sendero de Maya", poesías, y "Las ciudades dormidas", cuentos.

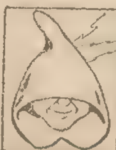
Soler Darás, componente de los grupos de renovación más avanzados, después de publicar "Terremotos líricos y otros temblores", se prepara a editar un libro de versos titulado "El contador de estrellas"

Alberto Bensadón está ultimando preparativos para publicar un volúmen de versos al cual aun no ha puesto título. Esta obra será algo nuevo dentro de la literatura nacional, pues se aparta de todas las escuelas conocidas. Es un libro donde el autor comprime toda su emoción de varios años de angustia e incertidumbre. Algunos de sus versos vieron la luz en conocidas revistas de esta capital.

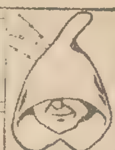
Editado por la librería "El Ateneo", aparecerá, en breve, un volúmen de poesías titulado "El Grial de la Angustia", originales del señor Arturo Lescano.







RADIOTELEFONIA



LA RADIOELECTRICIDAD EN LA GUERRA

Por cierto que una de las primeras aplicaciones que tuvo la radioelectricidad, fué la utilizada en las actividades combatientes de los hombres, pues es natural que un medio de comunicación que no estuviera al alcance del enemigo, como es la radio, debía ser considerado como de primordial importancia y tenerlo especialmente en cuenta.

Antes de la gran guerra europea el radio fué relativamente poco explotado, pues solo era utilizado con eficacia en los buques de guerra lo cual la utilizó desde sus comienzos, pero las grandes dificultades que traían aparejadas la utilización de las ondas largas y los costosos e incómodos aparatos trasmisores de chispa, la hacían poco apta, para el empleo en el ejército, es cierto que todos tenían aparatos, que se llamaban portátiles, pero eran de un manejo y un peso algo enormes, pues en general un aparato completo para transmisión y recepción, suponía la presencia de dos carros furgones y una antena plegable de cerca de 30 metros de altura, motores de nafta, etc., todo lo cual la hacía verdaderamente poco práctica para actuar bajo el fuego del enemigo.

A todo esto el alcance conseguido y la dificultad de la comunicación por medio de la chispa y los aparatos receptores de mínima sensibilidad, que por ese entonces se usaban, aumentando las dificultades, pero al estallar la gran guerra europea en el año 1914, ya los progresos que se habían hecho en la radio eran enormes, con respecto al estado de la ciencia y sobre todo, ese año marca la aparición del tubo audión, que señala una etapa inmensa en el desarrollo de la radio.

Los estados mayores de los ejércitos de las distintas potencias prestaron entonces, la mayor atención a este punto y destacaron numerosos sabios al estudio de estos fenómenos, llegándose así a descubrimientos realmente interesantes, que luego cuando vino la paz se aplicaron en las estaciones comerciales.

Los principales descubrimientos, fueron hechos, por los alemanes, ingleses, franceses y norteamericanos, utilizando, los inventos que estos hicieron los paises que con ellos estaban aliados. Ante todo la lámpara audion de De Forest que recién salía a la luz, fué objeto del mayor estudio y los alemanes especialmente construyeron lámparas para submarinos, que aún hoy causan admiración, por la forma que fueron construídas y los resultados que dan, pues a pesar que entonces se ignoraban las ventajas del filamento toriado, que permite obtener el máximo de eficacia con el menor consumo en el filamento, los rendimientos de dichas lámparas eran muy buenos.

Los receptores fueron también objeto de grandes estudios y entre ellos sobresalieron, no solamente los construídos por los alemanes y franceses, sino los hechos por los norteamericanos, que según ellos, descubrieron el super heterodyno, que luego fué reivindicado por los franceses, y cuya discusión aun no ha terminado.



Pero una de las características más salientes del asunto de radio en la guerra, era el espionaje, que se hacía por medio del radio, a objeto de pescar, todos los datos que fueran posible de las actividades de los ejércitos contrarios. Los alemanes seguramente habrán tenido un servicio perfecto en ese sentido, pero por publicaciones hechas por los jefes encargados de esto, en Norte América y Francia, han podido saberse datos muy interesantes.

Los franceses por ejemplo, tenían en las afueras de París, un laboratorio de radio que estaba especialmente ocupado, en la pesca de noticias de radio provenientes de las comunicaciones, de los distintos paises enemigos, a pesar de que parece imposible como los alemanes, pudieron haberse descuidado tanto, que no hicieran en clave sus comunicaciones, o que la clave fuera muy sencilla o qúe simplemente ignoraran que los aliados estuvieran también organizados en el espionaje de radio, la cuestión es que gran parte de las operaciones bélicas de los imperios centrales fueron conocidas por los aliados con mucha anticipación debido a este medio.

Uno de los detalles más interesantes fué, la pesca de las comunicaciones efectuadas, por el Zeppelin que hizo el recorrido desde Berlín a el Africa alemana, cuyo desarrollo de vuelo, fué conocido por los franceses punto por punto.

Pero indudablemente, la pesca que mayores ventajas trajo a los aliados y mayores desastres provocó en los imperios centrales, fué la referente a las comunicaciones que los submarinos efectuaban a las bases navales, acerca de sus actividades y lo que es peor al dar su posición en el mar, este dato obtenido por los americanos en la guerra, fué del mayor provecho, no solo para evitar que los transportes con tropas y víveres fueran hundidos, sino para hacer una completa destrucción de los submarinos, los cuales eran cazados entonces con la mayor facilidad.

Los americanos dicen que los submarinos alemanes, daban su característica y posición, en lenguaje claro, de manera que cualquiera podía interpretarlo, lo que llama realmente la atención.

Es claro, que la aviación recibió un gran empuje y su radio de acción eficaz en la guerra, se amplió considerablemente, cuando se instalaron a bordo los primeros transmisores, puesto que en esa forma, podían regular con facilidad el tiro de la artillería y dar datos e indicaciones exactas, sobre el movimiento de las fuerzas enemigas, sin embargo, las dificultades que debían experimentar los aviones para poderse comunicar, con la tierra por medio de las ondas de 600 metros, que eran las indicadas entonces, debían ser enormes y el aumento de peso, muy considerable de manera que solo algunos aparatos de observación y bombardeo, serían capaces de llevarlos.

La radiotelegrafía de los barcos, poco progresó durante la guerra, si se exceptúan los hechos por los submarinos alemanes como queda dicho, seguramente, como las distintas armadas, tuvieron un papel relativamente pasivo, durante la guerra, la inventiva no se preocupó de mejorar sus elementos de radio.

Actualmente las comunicaciones de radio de los ejércitos y de la marina, estan consideradas de la mayor importancia, pues se ha podido notar, que debido especialmente al desarrollo de la aviación, es cada día más difícil, la exploración de zonas por medio de patrullas que caminen, por ello el envío de una patrulla compuesta por muy pocas personas que por medio de aparatos realmente portátiles, se comunique contantemente con el estado mayor, es de la mayor utilidad sino indispensable.

El envío de órdenes, por un medio que no está al alcance del enemigo, como son las líneas telefónicas, está relativamente descartado, sino es cuando se trata de trincheras o líneas fijas, pero es absolutamente inadmisible tratándose de utilizarlo cuando el ejército está en marcha. Los aviones por otra parte deben estar dotados de aparatos de radio, como una condición imprescindible, para que ellos presten el servicio necesario, pues es fácil comprender que de nada sirve, que un avión haya hecho un reconocimiento, si al traer los datos, éste es derribado, quedando los datos ya sea en poder del enemigo o no llegando a poder del estado mayor interesado en obtenerlo.

Por cierto, que los progresos hechos en las comunicaciones de radio en los últimos tiempos, son enormes y las comunicaciones que se hagan en el futuro, estarán regidas por otros métodos, que los que se utilizaron durante la guerra. Ante todo el descubrimiento de la onda corta, por llamarlo así ha venido a hechar por tierra todos los métodos antiguos de comunicaciones y por consiguiente, los distintos aparatos empleados por ese entonces. Actualmente, no solamente la radiotelegrafía, tendrá vasto campo de acción en las comunicaciones, sino que la radiotelefonía y sobre todo la radio fotografía, jugaran un importantísimo papel, pues es indudable que un metodo que tenga la ventaja de poder colocar en manos del estado mayor, la fotografía de los hechos que se estan desarrollando, o la ubicación de las baterías, etc., y ello en forma instantánea, representará enormes ventajas, sobre el método de transmisión de la descripción de los sucesos, hechas por un operador muchas veces poco hábil para ello.

El secreto de las transmisiones hasta ahora no conseguido, será seguro uno de los puntos que más se estudiarán y con seguridad se encontrará la solución, puesto que ello es un punto muy importante en la actualidad, sino se desea que se repitan el caso de la pesca de submarinos antes citado. Hay actualmente varios métodos, para conseguir el secreto de las transmisiones, pero ninguno de ellos ha dado hasta ahora el resultado apetecido, será cuestión tal vez de un ensayo mayor de ellos.

En la marina, también se han desarrollado nuevos métodos de trasmisión y recepción, pero el principal invento, por así decirlo, que marca un rumbo importante en el desarrollo de la radio en la marina, es el del radiogoniómetro, aparato que como todo el mundo conoce, permite conocer el rumbo que lleva un barco, con la sola presencia de una estación de radio y ubicar la posición exacta del navío, con la presencia de dos estaciones costeras, cuya posición y distancia entre sí nos son conocidas

La utilidad de este método para la aviación, es también muy conocida, pero no nos explayaremos mucho sobre tal tema, que será cuestión de otro artículo, bástenos saber que desgraciadamente, el radio no solo sirve para que los hombres se unan y aumenten los conocimientos entre sí en beneficio de la civilización, sino que llegado el caso es uno de los más útiles auxiliares de la matanza y la destrucción, cosa que estuvo, seguramente muy lejos de la mente de Hertz el día que descubrió las ondas que llevan su nombre.

TEATROS

"UN BUEN MUCHACHO" EN EL NUEVO

La dirección artística del Nuevo ha orientado la actual temporada con un acertado sentido del éxito. En la convicción de que el sainete criollo con música, no es más que una amable aspiración que no puede tener todavía realidad, se ha propuesto presentarnos con aspectos y sabor local, una serie de producciones que no son originales, sino adaptaciones de piezas que en el exterior han consagrado su éxito. El libro de cualquiera de esas obras puede soportar muy bien un barniz que lo haga familiar a nuestros espectadores, sin más que la cita de ciudades de nuestro país y alusiones a tipos y costumbres criollos, quedando así naturalizada la pieza y en condiciones de llegar con facilidad y simpatía al público. En cuanto a la música, su emoción tiene como ningún otro arte, el don de la universalidad. Lo mismo agrada un pasacalle, una romanza o un cuplé en el barrio Latino de París que en un rincón de Nueva York o en el teatro Nuevo de Buenos Aires. Una música inspirada, alegre y pegadiza, recorre el mundo con más facilidad que un hidroplano.

Este es el efecto alcanzado por "Un buen muchacho" obra francesa de Barde, con música del maestro Ivain.

Amadori y Pelay, expertos en estas lides, han arreglado el libro de Barde y lo han coloreado en forma hábil y graciosa, manteniendo las situaciones de efecto que posee el original y agregando de su cosecha todo lo necesario para realzar las partes débiles. Lo han hecho con ingenio y fortuna, logrando que ha pesar de la sencillez de la fábula, resulte una intriga entretenida. En cuanto a la música, tiene valores propios.

En París, alcanzó muchas representaciones consecutivas y la popularidad de los discos, de las transmisiones de las orquestas de café y del silvo de los transeuntes o los berridos de las mucamas en los quehaceres domésticos.

La compañía del Nuevo dió una lucida interpretación a la obra, sacando de ella todo el partido posible. En primer término merece citarse la dirección musical del maestro Lozzi y en cuanto al elemento femenino de la escena, María Esther Pomar, Dora Galéz y Felisa Mari, que hicieron en sus respectivos roles verdaderas galanuras. El heroe masculino, fué Climent, muy bien secundado por Gomez Bao. Segundo Pomar dió a su papel todo el realce necesario y los de más se portaron bien.

"¡POBRES ALMAS!" SE ESTRENO EN EL MARCONI

La compañía nacional de José Gómez, que está finalizando su actuación en el Marconi, puso en escena por primera vez para nuestro público, la comedia dramática "¡Pobres almas!", cuya autora, doña Carolina Adelia Alió, viene cultivando entre nosotros desde hace largos años la novela y el cuento, habiendo logrado interesar a muchos lectores. La pieza referida fué estrenada por José Gómez en Mar del Plata, durante su jira última y el público la aplaudió.

Ante este estreno, cabe recordar cómo algunos escritores que han adquirido dexteridad en otros géneros literarios, se engañan a sí mismos al intentar la literatura teatral. En "¡Pobres almas!" se nota de inmediato que la aurora es novelista ante todo. Desde el argumento, una perfecta novela, hasta el final de la obra, se advierte que la mano que escribe no es mano de dramaturgo. Se ha abusado de la afirmación de que en el teatro todo es convencional, y esto parece querer decir que cualquier recurso es asequible. Precisamente, el convencionalismo en el teatro es algo de lo que se debe usar con cuidado.

La señorita Alió en "¡Pobres almas!", presenta dos cónyuges desdichados por falta de afecto, que buscan cada uno por su cuenta llenar su soledad espiritual y sentimental. Ambos son adúlteros y fruto de sus desvíos son dos niños, uno de los cuales, hijo de la mujer desviada y un morfinómano viene al mundo con taras hereditarias.

Se finge un cambio de criaturas, adjudicándose a la esposa adúltera el hijo de su esposo y otra mujer, mientras el infante tarado es alejado de la propia madre. Muerto éste, se descubre el ardid y la adúltera se arrepiente.

Hay tal vez en la comedia dramática de la señorita Alió un plausible deseo de dejar una enseñanza; pero la forma en que se desarrolla el proceso escénico le resta eficacia teatral, a pesar de los pasajes de fuerte dramaticidad que se suscitan a lo largo de los tres actos.

El público se interesó, sin entusiasmarse, por la novedad ofrecida por la compañía de José Gómez, quién fué celebrado en su papel, que compuso con su habitual discreción, siendo bien secundado por sus compañeros de escena.

MUIÑO

La compañía del Buenos Aires, que trabaja con salas bien concurridas, ha debido estrenar en estos últimos días "Arbol que nace torcido", pieza de Trongé que tiene el primer turno en la serie de novedades a ofrecer. Esperamos aludir a ella en el próximo número.

EN EL CERVANTES ESTRENOSE "TESORO MIO"

Posiblemente el autor de la segunda obra estrenada en el Cervantes desde que se presentó la compañía nacional de Fanny Brena, se propuso escribir una pieza amable, una comedia de esas que se ha dado en llamar de salón y ya se sabe que éste género de teatro se limita exclusivamente a hacer pasar al público unas horas de alegría, con las peripecias de los protagonistas. Teatro que no hace pensar, ello no obstante tiene sus bemoles y son pocos nuestros autores que lo intentan. El señor Juan L. Bengoa, con "Tesoro mío", ha hecho una comedia ligera pero muy agradable, poniendo todo el peso de la acción en una mujer, una chica norteamericana caprichosa, parecida en su psicología a la protagonista de "La chocolaterita", la deliciosa comedia de Paul Galvault. Esta chica, que quiere hacer su voluntad en todo momento, se enferma de repente y como es necesario hacer comparecer un médico y no se encuentra ninguno en el momento, se apela al recurso de hacerlo pasar por tal a un calaverón recalcitrante, quien a la postre se enamora de Betty, que así se llama la yanqui. Cuando su hombría de bien le obliga a descubrirse y revelar que no es médico ni cosa parecida, a Betty le da un ataque de nervios y se dispone a trasladarse a una puinta a sufrir su desencanto. En la quinta se encuentra con el galán cuyo padre había enajenado la propiedad a la familia de la norteamericana y aquí termina la pieza con la boda de los enamorados.

Como puede juzgarse por el asunto que bosquejamos, se trata de una película escenizada y así ha sido clasificada la pieza. Tiene buen humor, ingenio, una discreta combinación de situaciones festivas y está dialogada con agilidad y, a ratos, con "sprit". Estas condiciones son las que necesitan las obras de este jaez, de manera que "Tesoro mío", en su género, no será una obra maestra, pero cabe reconocer que es discretísima.

El público aplaudió la pieza y salió agradablemente impresionado, tributando aplausos a los intérpretes, entre los cuales sobresalieron la Brena y el actor Bataglia.

EL 2 DE ABRIL

...se reabre el Argentino, presentándose la compañía de Parravicini, quien ha incorporado a su elenco a la señorita Paulina Singerman, hermana de la aplaudida declamadora.

Como anunciamos, ese día será estrenada la nueva obra de García Velloso intitulada "Una cura de reposo", en la que se nos dice que Parra tiene un papel que hará descomponer al público de risa. Amén.

RATTI ENTRA A TALLAR

Después de haber abierto sus puertas la mayor parte de los teatros, Cesar Ratti, un poco rezagado, se instala en el Apolo y da comienzo a su temporada oficial.

El hecho tendrá lugar en la presente semana, posiblemente el 1o. de abril, dándose a conocer en el debuto dos piezas nuevas: una de espectáculo "Buenos Aires la reina del Plata", de Manuel Romero y la otra, un sainete criollo de Domingo Parra, titulado "Yo quiero un marido criollo". Se tiene confianza en el éxito de ambas y nosotros, por lo menos, tenemos confianza en Ratti.

EL CARTEL DEL VICTORIA

Sumamente variado e interesante viene siendo el cartel de este teatro. A una comedia en verso del gran manco gallego, Valle Inclan, sigue una pochade alemana o un drama benaventino y después una comedia francesa y más tarde una astracanada de Muñós Seca. Todas estas obras obtienen una lucida interpretación por la compañía de Pedro Codina que es homogénea y capáz de salir airosa lo mismo de una tragedia antediluviana que de un sainete irreal y más o menos azorinesco, parecido a "Brandy, más brandi", que tanto alboroto armó ultimamente en Madrid.

En estos días debió estrenarse "Béseme usted" pieza francesa traducida por José Juan Cadenas y se prepara con todo esmero la primera de "Los estremeños se tocan", juguete de Muñóz Seca.

EN EL NACIONAL

Vicente Martínez Cuitiño les ha puesto la proa a los del Nacional y será con ventaja para todos. "La proa" es una obra nueva que se está ensayando cuidadosamente y que ha de constituir el primer estreno de esta sala, tan pronto como le abra cancha "El rancho del Hermano" o Cortafierro", que se mantienen bravamente en el cartel. La reincorporación de Paquito Bustos a ese elenco, del que estuvo ausente varios días por enfermedad, contribuyó a dar animación a las obras por lo que no nos pueden decir en el Nacional la fecha en que subirá a escena la pieza de Martínez Cuitiño, la cual es de seguro éxito al decir de los peores alacranes del gremio.

ESTRENO EN EL SMART

Por cuestión de horas, no podemos comentar en este número el estreno de la pieza de José Antonio Saldías "Primavera en Otoño' que subió a escena en el Smart. En el número próximo nos ocuparemos de la obra y de la actuación de Blanca Podestá y sus elementos.

UNA BUENA FAMILIA

Una buena familia está resultando la del señor Pickaerpack, que tiene días de recibo en el Liceo todas las noches. El señor Casaux, debidamente teutonizado, hace las delicias del público y a su lado Pierina Dealessi se adjudica el record de la gracia de todas las alemanas solteronas. El público ha recibido esta obra con mucho más entusiasmo que la crítica, demostrando con su asiduidad que la encuentra muy divertida.

CHUCHERIAS

Dice el autor

Una actriz quiere papel
y no lo quiere el galán,
pero se lo dán a él
y a ella no se lo dan.

Cuando la pieza se estrena
finge el autor cualquier nana
porque no vale la pena
trabajar de mala gana.

Se reemplaza de improviso
al galán, con otro actor
y el reemplazante hace un guiso
de batata que da horror.

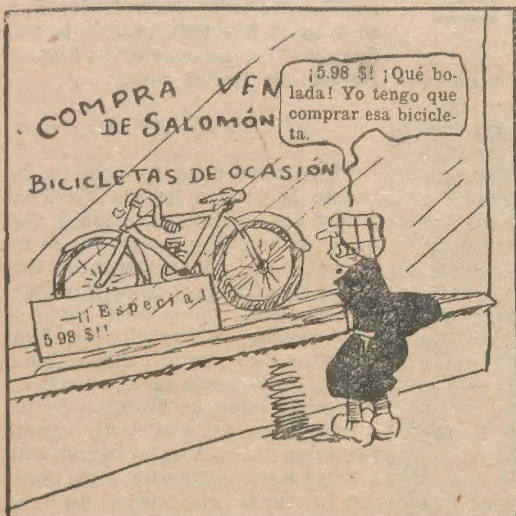
Se hace chacota imprudente,
se silba a todo el elenco
y luego dice la gente
que el autor es un zopenco.

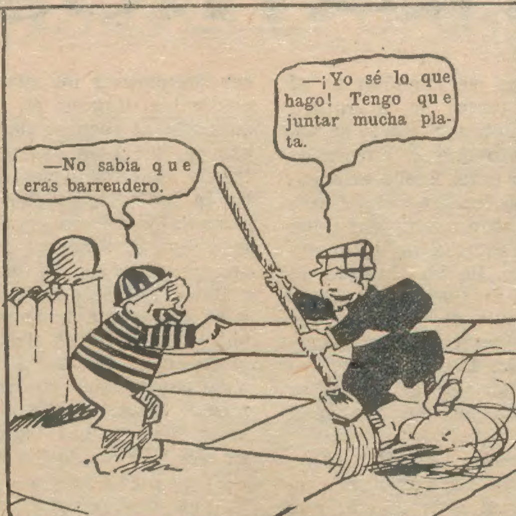
PINCHO.

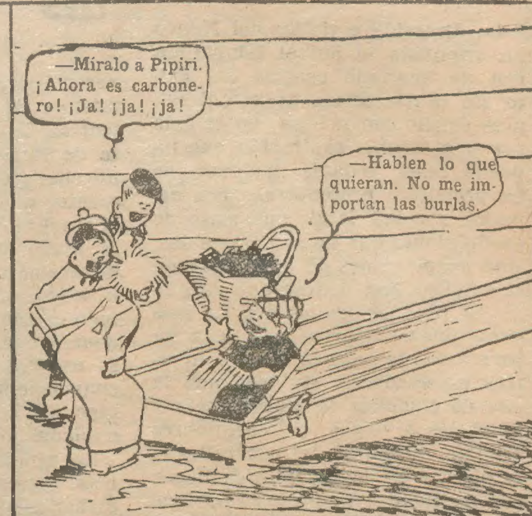
De ROSAS DEBUTA

Tal como informamos a nuestros lectores, el martes 29 se presenta de nuevo ante nuestro público el distinguido actor Enrique De Rosas, debiendo estrenar "Todo un hombre", de Miguel Unamuno, que hizo conocer en España durante su última excursión artística por el extranjero, donde tantos laureles se supo conquistar con la compañía que encabeza.

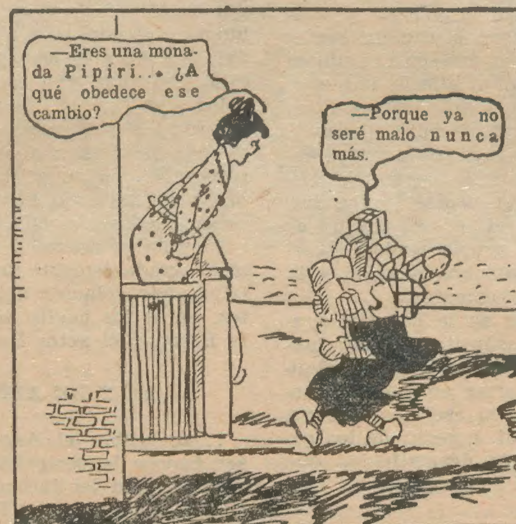
PAGINA INFANTIL — AVENTURAS DE PIPIRI







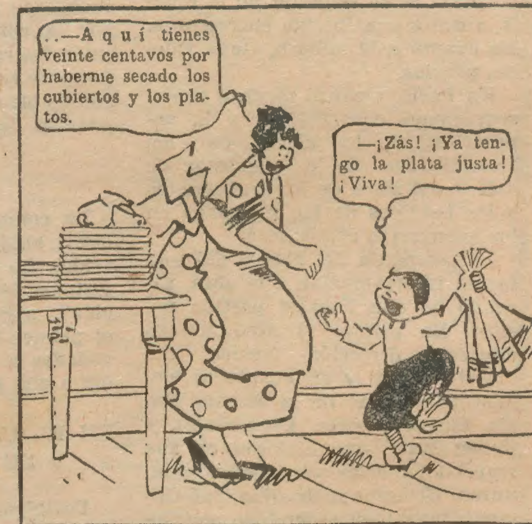


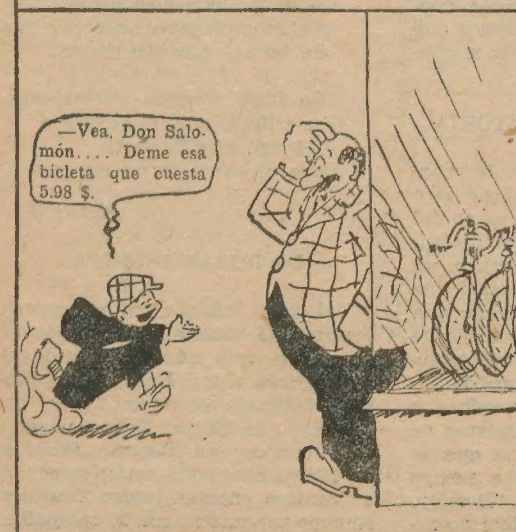


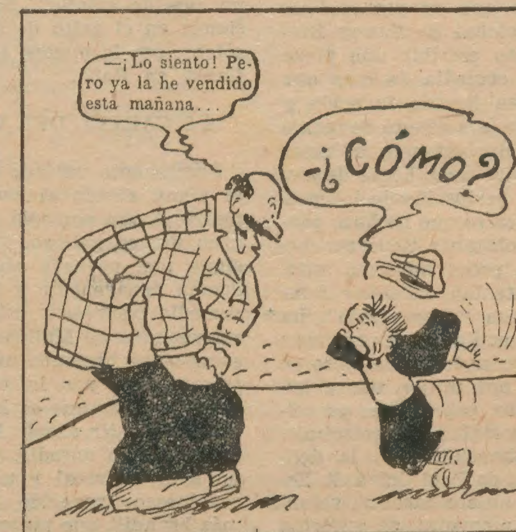


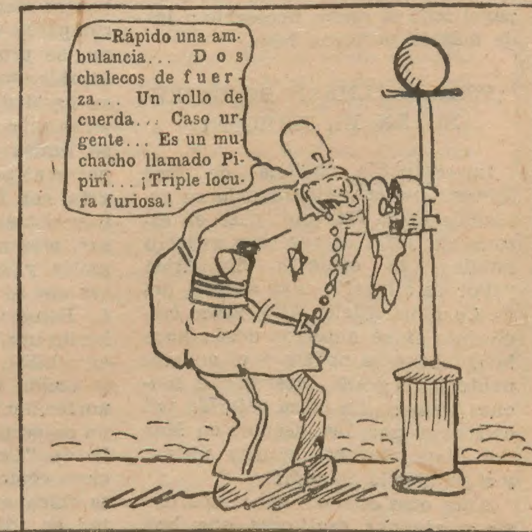














ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



LA BOGA DEL NEGRO. — MODELO MARTIAL Y ARMAND. — Traje para la tarde, confeccionado en crespón de China color negro, con bordado de seda en tonos vivos y larga franja de seda. En la espalda, una rosa que sujeta un faldón de crespón de China, de color negro.



MODELO MARTIAL Y ARMAND. — Traje para deportes, compuesto de una blusa de ''alpage'' blanco, con aplicaciones de cuadrados de raso azul con bordados negros y blancos. Falda de raso azul. La chaqueta que acompaña a dicho traje es de gabardina blanca, con cuello y puños de raso azul.



MODELO MARTIAL Y ARMAND. — Traje para el te, confeccionado en tafetán color negro, recamado con lentejuelas. Cinturón de gamuza, color negro, con hebilla de ''estrás''.

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746